



*Has cambiado
mi
vida*

Serie Australia

Sophie Saint Rose

Has cambiado mi vida

Sophie Saint Rose

Capítulo 1

Hanna sonrió a su escritora más veterana y le dio la mano sonriendo con sus preciosos ojos violeta. —Te llamaré en una semana para enviarte el cheque, Grace.

—Lo siento de verdad. Pero me ofrecen mucho más que vosotros y tengo que pensar en mi jubilación. Lo comprendes, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Te entiendo perfectamente, pero nosotros no podemos llegar a esas cifras. Sabes que tus últimos libros no se han vendido como esperábamos y si necesitas eso para empujar tu carrera, lo entiendo perfectamente. No te preocupes. —Le guiñó un ojo. —Pero seguirás invitándome a esos té tan ingleses, ¿verdad? Me pirran las pastas que haces.

Grace se echó a reír asintiendo mientras se ponía su ostentoso abrigo de piel de visón. —Voy a echar de menos venir a verte. Eres lo mejor de esta editorial.

—Los accionistas están de acuerdo.

—Te deseo suerte.

—Y yo a ti. —Abrió la puerta y Grace salió despidiéndose con la cabeza de su secretaria, que sonrió fríamente porque sabía de qué se trataba la reunión.

—Sally, a mi despacho.

Se levantó de inmediato y cogiendo un block entró a toda prisa. —¿Qué te ha dicho la bruja?

—Que se larga a Mackenzie. Le ofrecen dos millones más por libro.

Sally abrió sus ojos azules como platos. —¡Será bruja!

—Eso ya lo has dicho. —Divertida se desabrochó la chaqueta de su traje gris y se la quitó dándosela.

—Pues lo repito. —A toda prisa la metió en el armario. —¡Tú la has convertido en un best seller! ¡Si no llega a ser por ti, sus libros los seguirían leyendo sus nietos en la cocina donde hacía pastas!

Hanna suspiró sentándose en su sillón y apartó su cabello negro, metiéndoselo tras las orejas. Cortárselo por la barbilla había sido un error. —Ella también me ayudó en mi carrera —susurró pensando en que era un golpe para la empresa. Pero no podía competir con Mackenzie, que era una editorial internacional con sedes en todo el mundo—. He llegado aquí gracias a ella.

—¡Has llegado aquí porque eres la mejor en tu trabajo! Si hubieras aceptado la oferta de Mackenzie...

—No empieces, Sally.

—Es el segundo autor que te roba.

—Esto pasa en todas las editoriales. —Sonrió maliciosa. —Pero tranquila, que volverá.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque allí es un pececito más y está acostumbrada a mi trato de estrella. En cuanto le bajen las ventas de los libros, porque la traten como a un autor más, Mackenzie la echará a patadas. Se ha ganado el aumento con mi trabajo, pero se

darán cuenta de que sus libros ya no son tan buenos y querrá volver.

—Pero tú ya no la aceptarás.

—Por supuesto que no, porque yo ya tendré otra estrella en mi editorial.

—¿Qué estrella?

—Eso es lo que necesito. Avisa a los editores. Quiero todos los libros infantiles que hayan llegado en el último año. Y esto es prioritario porque quedan seis meses para las Navidades.

—Perfecto. Esa bruja se va a enterar de que no hay que abandonar el barco, sobre todo cuando no se hunde.

—Y llama a James Morton. Quiero hablar con él sobre las últimas ilustraciones. Son una mierda y no pienso publicarlo. Los conejos parecen alces.

—Sally reprimió la risa. —¿Qué?

—Dijo algo de avanzar en su arte.

—Yo le diré hasta dónde tiene que avanzar. Eso si quiere que le publiquemos, claro.

—Por cierto, he leído una novela...

Hanna gimió. —Por favor, Sally... ¡Tengo mucho trabajo!

—Lo sé. Pero te juro que te va a dejar con la boca abierta.

Entrecerró los ojos. —¿De verdad? ¿Cómo aquella que mataba a la protagonista destripándola y después lloraba al lado de su tumba porque se había dado cuenta de que había matado al amor de su vida?

—Mucho mejor.

—¿Los protagonistas acaban juntos? —preguntó irónica.

—No hay historia de amor.

La miró sorprendida. —¿De verdad? ¿En toda la novela? —Sally asintió. —
¿No hay historia de amor en toda la novela? —preguntó sin creerse una palabra.

—El tío es un salido que se acuesta con varias, pero la novela no va de eso.
¿Te he dicho que es novela negra? —Abrió los ojos como platos. —Te juro que
no pude dormir en dos días después de leerla, dándole vueltas una y otra vez.

Sally tenía ojo, aunque siempre le gustaban las novelas de amor. Le parecía
extraño que dijera que una novela era buena sin el amor por el medio. —Está
bien. Déjamela sobre la mesa mañana. ¿Qué tengo ahora?

—Entrevista con... —Miró el block. —Chandani...Moulton.

—Ah, el nuevo autor de autoayuda. ¿Están preparados los contratos?

—Sí, jefa. Lewis viene de camino para explicarle todo, aunque creo que
viene con su agente literario.

—¿Puedes traerme un té? —Cogió su móvil y como Sally no se movía la
miró. —¿Qué ocurre?

—¿Qué vas a hacer ahora?

—¿A qué te refieres?

—Con los accionistas. Se van a poner de uñas cuando se enteren de lo que ha
ocurrido con la bruja.

—Por eso necesito otro autor estrella. Tengo una semana para encontrarlo
antes de la junta.

Sally sonrió. —Perfecto. Tiempo de sobra.

—A trabajar.

Cuando su secretaria salió del despacho, suspiró frustrada dejando caer el móvil sobre su mesa de cristal. Con todo lo que había trabajado con Grace y ahora se la robaban. Estaba claro que la fidelidad en los negocios no existía. Y encima le decía con una sonrisa en la cara que debía entenderlo. ¡Claro que lo entendía! Pero ahora se había quedado sin su autora más exitosa de libros infantiles, con lo que eso aportaba a la empresa en navidades.

Su móvil sonó en ese momento y vio un número que no conocía. Como fueran otra vez los de una compañía de móviles la iban a oír. —Hanna Bennet.

—Arthur Bennet.

Se echó a reír. —Hermanito, menuda sorpresa. ¿Qué tal tu año sabático?

—Deberías tomarte uno. O dos.

—Sí, te aseguro que en este momento me vendría genial. ¿Qué tal por Frankfurt?

—Perfecto. Pero ya no estoy allí. Estoy en Estambul.

—Vaya, impresionante. ¿Y cómo es?

—De mil y una noches.

Hanna se echó a reír. —Me lo imagino. Debe ser precioso. ¿Y para qué me llamas? ¿Necesitas dinero?

—Pues ya que lo dices...

Frunció el ceño enderezando la espalda. —Arthur te di quince mil del fondo

hace dos meses.

—Es que los billetes de avión son muy caros.

—A este paso te vas a fundir el fondo antes de los veinticinco y mi obligación como fideicomisaria es administrar tu dinero.

—Hanna...

—Hablo en serio. Ya has pulido casi doscientos mil en menos de un año. Estuve de acuerdo en que disfrutaras algo de la vida antes de ponerte a trabajar, pero como sigas así...

—¡Quedan siete meses para que cumpla veinticinco!

—Por eso te aviso de que te lo gastarás todo antes de tu cumpleaños como sigas así. ¡Debería decirte que no!

—Pero no lo harás, ¿verdad? —Suspiró apoyando los codos sobre la mesa y se pasó la mano libre por los ojos. —Por favor... Envíame diez y no te pido más hasta dentro de dos meses. Por lo menos.

—Tendrás cuidado, ¿verdad? ¿No estarás cometiendo locuras que terminen en la cárcel o algo así...?

—¿Y dejar a mi única hermana sola en el mundo? —Sonrió con tristeza. —Tranquila, todo está bien. Solo me estoy divirtiendo y conociendo mundo. Y hay mucho que ver, te lo aseguro.

—Está bien. Te transferiré el dinero. ¿Cuándo regresas?

—En Navidad.

—¡Arthur! ¡Será una broma!

—Por cierto, te he enviado una cosa que te gustará.

—No hace falta que me regales nada. Me envías algo todas las semanas. ¡Espero que no sea otra figura de la fertilidad! ¡Ya no sé qué hacer con esa monstruosidad que me enviaste!

Arthur se echó a reír a carcajadas. —Me hubiera encantado verte la cara. ¿Dónde la has puesto?

Hizo una mueca. —En el hall no queda mal, pero tenías que ver la cara que puso mi asistenta cuando vio esa gran figura negra desnuda con esos pechos tan enormes. Le puso el delantal. —Arthur se partía de la risa. —Ahora sé que Betsy está en casa porque cuando llego la figura tiene el delantal puesto. El de lunares que me enviaste de España. —Sonrió sin poder evitarlo. —Te echo de menos.

—Y yo a ti. Ojalá estuvieras aquí.

—Ojalá pudiera estar ahí —dijo con tristeza.

—Hanna, ¿todo va bien?

—Oh, sí. El trabajo, ya sabes. Estoy tan liada como siempre y he perdido una autora.

—Siempre sales adelante. No debes agobiarte. Por cierto, ¿te interesa una guía de viaje?

Se le cortó el aliento. —Arthur, ¿estás haciendo una guía?

—Bueno, estoy apuntando cosillas. —Parecía avergonzado, pero a ella le saltó el corazón en el pecho porque era la primera cosa en la que mostraba interés después del fallecimiento de sus padres, que no fuera huir de todo.

—Envíame lo que tengas.

—Si no quieres... porque sea tu hermano no tienes que sentirte obligada.

Yo...

—Seré sincera. De eso no tienes que tener ninguna duda. ¿De acuerdo?

—¿De verdad? —preguntó ilusionado.

—De verdad. Por cierto, ¿qué tipo de guía es? —preguntó maliciosa haciéndole reír.

—Una guía de antros de perdición.

Jadeó asombrada. —¡Arthur, será una broma! —Su hermano se echó a reír y le colgó el teléfono. Miró asombrada la pantalla antes de pegársela al oído de nuevo. —¿Arthur? —Gruñó dejando el móvil sobre la mesa. Va, solo quería provocarla. Genial, ahora no pegaría ojo con el tema. Tener hermanos para eso.

Llamaron a la puerta y ésta se abrió para mostrar a Sally. —El señor... Mon... —Su secretaria gruñó porque era obvio que no se acordaba del apellido. —El del libro de autoayuda.

—Gracias Sally —dijo reprimiendo la risa mientras se levantaba—. Que pase.

Cuando llegó al piso que había heredado de sus padres en la Avenida Madison, sonrió al ver la figura de la fertilidad sin el delantal con una nota pegada que decía “Dile a Arthur que necesito otro delantal”. Cogió el post it riéndose y se detuvo cuando vio una caja en medio del salón. Gimió porque era

algo grande. —Madre mía, ¿qué me ha enviado ahora?

Caminó sobre el suelo de ajedrez haciendo resonar sus tacones y dejando el bolso en una de las butacas. Se cruzó de brazos viendo la caja de madera que le llegaba a la cadera. Como fuera otra figura le mataba. Fue hasta la cocina para buscar algo con lo que abrir la caja y regresó con un cincel que no sabía ni que tenía y un martillo. Sonrió metiendo el cincel en una ranura y golpeando suavemente. La tapa crujió al abrirse y tiró del cincel hacia arriba, viendo un montón de bolas de espuma. Se echó a reír apartando la tapa y movió las bolas de un lado a otro frunciendo el ceño cuando no encontró nada. Inclino un poco la caja y casi chilla de la alegría al ver algo envuelto en papel de burbujas. Inclinando más la caja hasta tumbarla, cogió el paquete sacándolo con cuidado. Tenía pinta de ser algo caro. Por eso le había pedido el dinero.

Sentada en el suelo, abrió el papel a toda prisa y jadeó llevándose la mano a la boca al ver una exquisita caja de música bellamente decorada, con mosaicos de madera de distintos colores que formaban un hermoso jardín. Levantó la tapa lentamente y sonrió al ver un caballito con una dama antigua sentada encima, que empezó a girar mientras sonaba la melodía Claro de luna. Sus ojos se llenaron de lágrimas porque fue la primera obra que su madre les enseñó a tocar al piano. Dentro había una nota.

“Feliz cumpleaños.

¿Recuerdas? Fueron buenos tiempos. Pero eso no significa que no haya

otros tan buenos como esos en el futuro. —Las lágrimas rodaron por sus mejillas. —Solo necesitas abrir tu corazón, Hanna. A ver si me aplico mis consejos. —Rio sin dejar de llorar. —Te quiero. Estoy deseando verte.

Postdata. Abre el cajoncito.

Sorprendida miró la caja y vio que en un lateral había un pequeño saliente. Tiró de él con cuidado de no dañar la pintura y entendió que era un escondite secreto. Sonrió al ver dentro un pequeño paquetito envuelto en papel azul de regalo. Lo abrió y se echó a llorar al ver lo que era. Una amatista engarzada en plata con una cadena a juego. Era igual que la que llevaba su madre el día en que desapareció y Arthur sabía que siempre le había encantado. En el interior del papel de regalo ponía: *“Esta es tuya, Hanna. Como esta es tu vida, tú debes elegir tu futuro. Si no quieres ese trabajo, déjalo y vente conmigo. Creo que lo necesitas. Tu hermano que te quiere, Arthur.*

Su hermano la conocía tan bien... Intentando reprimir las lágrimas miró a su alrededor. Su padre era el editor jefe de Bennet and Jonhson. Y la había sacado de la nada para conseguir todo por lo que siempre habían soñado. ¿Cómo iba a destruir su sueño? Cuando murieron en un accidente en un terremoto en México mientras estaban en su veinticinco aniversario de boda, ella se encargó de todo. Se encargó del trabajo de su padre porque tenía el cincuenta y uno por ciento de las acciones. Tuvo que lidiar con los accionistas a los que Johnson había vendido sus acciones en cuanto se había jubilado y era obvio que no confiaban en ella.

Trabajó muchísimo para demostrar que sabía lo que hacía. Tenía olfato para los buenos libros y habían conseguido aumentar sus activos, pero era cierto que estaba viviendo la vida de su padre. O al menos parte porque la vida familiar de Hanna casi había desaparecido. Su hermano se fue a la universidad y ella se quedó sola en esa enorme casa. De casa al trabajo y del trabajo a casa. En realidad, le parecía que toda su vida se basaba en eso. Ya no tenía amigas porque habían seguido con sus vidas y en el trabajo aún menos porque era la jefa. Se mordió el labio inferior mirando la letra de su hermano y una lágrima cayó sobre el papel de regalo. Lo arrugó sabiendo que no podía hacer lo que su hermano sugería. Para él era distinto. No había tenido que hacerse cargo de nada y ella había querido que fuera así, para que su vida se viera afectada lo menos posible por la muerte de sus padres. Para él era más fácil romper con todo. Además, no era que no disfrutara de su trabajo. Solo que esa faceta de su vida había borrado todas las demás. Suspiró levantándose y colocando la caja de música sobre el aparador. Estaba claro que necesitaba unas vacaciones.

Miró el colgante que tenía en la mano y colocándose ante el hermoso espejo que su madre había traído de París, se lo puso al cuello tocando la amatista con cariño. Era un gesto precioso. Sonrió porque Arthur siempre tenía detalles así. Miró sus ojos y recordó los de su madre. Cómo les echaba de menos.

—¡Sally, esto es un desastre! —Harta se levantó tirando el montón de manuscritos a la basura. —¡Qué me traigan más!

—¡Sí, jefa! —gritó desde su mesa.

Al coger más manuscritos para tirar, vio el que Sally le había dejado sobre la mesa. Leería algo esa noche. Estaba de libros infantiles hasta los ovarios. Lo metió en su Birkin y se sentó en su silla de nuevo frunciendo el ceño al ver algo debajo del contrato de su autor de misterio. Levantó el contrato y vio unas cartulinas unidas con un lacito rosa como si fuera un trabajo del colegio. —Sally, ¿qué es esto? ¿Es de tu hija?

Su secretaria se acercó corriendo y al ver lo que era suspiró del alivio. —Oh, no. Vino con los manuscritos de los noveles.

—¿De veras? Al menos saben identificarse con sus lectores. —Divertida miró la portada que era una niña sentada delante de un lago. —Tráeme un té con limón.

—Sí, jefa.

Los dibujos eran algo toscos, pero preciosos. Los ojos de la niña parecían tristes mirando el lago. Observó su cara con unos bonitos rizos rodeándola. Sabía reflejar las emociones dibujando, de eso no había duda. Pasó la hoja intrigada y empezó a leer la letra casi infantil hecha con rotulador azul sobre la cartulina rosa.

Media hora más tarde dejó el té sobre la mesa y cerró la última cartulina después de la palabra fin. Se quedó mirando el manuscrito con el corazón retumbando en su pecho. La tenía. Tenía el libro más brillante que había visto nunca en literatura infantil. Acarició el libro dándole la vuelta y viendo la firma

del autor o autora en la portada. J. A. Hersey.

Impaciente pulsó el botón del interfono. —Sally, consígueme los datos de J.A. Hersey de la base de datos de noveles. Aquí no hay ninguna referencia a su dirección.

—¿No aparece al final del manuscrito?

—No. Solo viene el nombre. Quiero saberlo todo de ella. Rápido.

—Sí, jefa.

Mientras esperaba, volvió a revisarlo y gruñó cuando Sally le dijo que tenía una cita. Tuvo que olvidarse de él para atender a varios autores y tuvo que asistir a una comida de trabajo. Por la tarde visitó un local para la nueva librería que abriría en Manhattan y cuando llegó al despacho eran casi las cinco. Dejó su bolso sobre la mesa de Sally cruzándose de brazos. —¿Y bien? —Su secretaria gimió levantando la vista. —No me digas que aún no la tienes. ¡Quiero esa dirección y su teléfono, Sally!

—No venía con el manuscrito, pero tengo una referencia de un J. A. Hersey en la base de datos. —Sonrió aliviada al escucharlo. —Pero debe ser un error.

—¿Por qué hay un error?

—Es una dirección de Australia.

Parpadeó sorprendida. —¿Perdón?

—No ponía el país, pero el código postal coincide con una localidad de Australia.

—¿Me estás diciendo que en la base de datos solo había un código postal?

—Exacto. O no entendieron la letra al grabar la dirección del sobre o pasan de todo.

—¡Ponme con quien realiza ese trabajo! ¡Mejor, que venga a mi despacho de inmediato!

Furiosa cogió su bolso entrando en su despacho y cerrando la puerta de golpe. Sally hizo una mueca apartando un mechón rubio de su cara. —A ésta se le va a caer el pelo.

Mientras tanto ella fue hasta su mesa, tirando el bolso sobre el sofá. ¡Lo que le faltaba! Encontraba lo que necesitaba y podía perderlo al no lograr localizarla. Aunque no le extrañaba, la verdad. La mayoría de los autores ponían sus datos en la primera o la última hoja, para que si la editorial tiraba el sobre, tuvieran sus datos. Ellos no lo hacían así porque una vez se había perdido un manuscrito muy valioso de uno de sus autores consagrados entre los miles que les llegaban al mes. Quien lo había recibido había pensado que era de un autor novel y lo había descartado. Desde entonces habían creado una base de datos y cada manuscrito tenía un número que les remitía a los datos de sus autores. Ya fueran desconocidos o no. Esa base había sido muy útil para robar un par de autores que habían publicado con otra editorial, porque ya tenían sus datos y habían podido ponerse en contacto con ellos con facilidad sin pasar por su agente.

Mierda, necesitaba a ese autor antes de la reunión de accionistas. No podía presentarse con las manos vacías de cara a las navidades. Además, debería empezar a promocionar un libro de esas características para Acción de Gracias.

Llamaron a la puerta y se volvió. —¡Si!

La puerta se abrió mostrando a una chica con el pelo teñido de rojo intenso que debía tener su edad. —¿Señorita Bennet?

—¿Eres la encargada de la base de datos de los manuscritos?

—Sí, señorita. Soy Lisset.

Se cruzó de brazos y sonrió irónica. —Lisset, ¿sabes lo que tengo?

La chica negó con la cabeza sin cerrar la puerta como si quisiera salir corriendo en cualquier momento. —Tengo a una autora que será el próximo best seller de literatura infantil y no sé cómo localizarla, ¿Qué te parece?

Se sonrojó intensamente y le quedaba fatal con su color de pelo. —Pues...— Se apretó las manos. —Ya he hablado con Sally y recuerdo el sobre. Llegó hace tres semanas más o menos.

—¿No me digas? —Apoyó la cadera en su escritorio. —¿Y qué más?

—Ponía un rancho y el código postal.

—¿Solo ponía rancho? ¿Ni nombre ni nada?

—Es que lo que ponía no tenía sentido y no lo escribí. Creía que era un error.

—¡Tu trabajo no es creer lo que pone! ¡Es escribir lo que pone! —gritó sobresaltándola. Dio un paso hacia ella amenazante—. ¡Ya puedes recordar en el día de hoy el sitio que ponía en el sobre, porque si no mañana no te molestes en aparecer por aquí!

—Sí, señorita Bennet. ¿Pero cómo lo hago?

La miró asombrada. —¿Y a mí qué me cuentas?

—¿Qué tal si coges un mapa de Australia y repasas todas las localidades? — preguntó Sally desde su mesa—. Puede que te suene alguna... O no, porque por lo que veo en la pantalla hay muchísimas.

La chica se acercó a su secretaria por su espalda y abrió los ojos como platos. —Sí que es grande Australia.

Hanna puso los ojos en blanco. Aquello era inútil. Entrecerró los ojos acercándose a Sally. —Busca en internet el código postal con el nombre del autor, a ver si sale algo.

Su secretaria no perdió el tiempo y sonrió. —Veintitrés resultados.

La chica abrió los ojos como platos señalando la pantalla. —¡Ese! ¡Ese es el sitio!

Rodeó la mesa para mirar lo que ellas veían. —¿Mukinbudin? —Bufó. — Mira si hay alguna referencia a la autora.

—¿Crees que es una mujer?

—Es lo más probable. El libro tiene mucha sensibilidad.

Pinchó en uno de los resultados y vieron la referencia de J. Hersey en un listado relacionado con el precio del trigo. —¿No hay dirección?

—No, jefa. Es una lista de agricultores.

—Seguid buscando. Dadme una dirección.

Fue hasta su despacho y sacó de la nevera, que estaba oculta en uno de los muebles, una botella de agua. Se sentó tras su mesa para seguir trabajando y esperaba que la autora no fuera otra Grace que la dejara tirada dentro de un par

de años.

Dos horas después Sally entró en el despacho y por la cara que traía no había buenas noticias. —Dime. No la has encontrado.

—No y me fastidia fallarte, pero... —Le puso delante una hoja. —Esta es la información de la población de Mukinbudin. Solo hay doscientas noventa y tres personas. —Sonrió radiante. —¡Es una buena noticia! Si preguntas a cualquiera, seguro que la conocen.

Frunció el ceño. Tenía razón. Seguro que en una población tan pequeña, tenían que conocerla.

—¿A quién envías? —preguntó Sally con el block en la mano.

—A Sam. Dile que coja el primer avión. Que la localice y que la invite a venir a Nueva York unos días. Seguro que estará encantada de visitar los Estados Unidos y aprovechará el viaje.

—Y tú aprovecharás el viaje también.

Sonrió radiante. —Exacto. Ésta no se me escapa.

—No lo dudo. —Miró la hora discretamente y Hanna suspiró. —Si llamas a Sam ahora, mañana tienes toda la tarde libre.

Los ojos de Sally brillaron. —¡Eres la mejor!

Salió corriendo haciéndola reír, pero al ver el montón de trabajo que le quedaba todavía gimió. —¡Y pídemme comida china!

Capítulo 2

Dos días después estaba hablando con un autor cuando le sonó el intercomunicador. —Disculpa, Ben. Tiene que ser importante.

—Tranquila. No tengo prisa.

Ella levantó el auricular. —¿Sí?

—Jefa, tenemos un problema —susurró Sally.

—Dime.

—Sam está en la cárcel.

—¿Perdón?

—Le han detenido después de que casi le pegaran dos tiros por entrar en propiedad privada. Ah, y le han destrozado el coche de alquiler. Parecía que eso era lo que más le preocupaba, porque no pagó el seguro a todo riesgo y no sabe si cubre los disparos contra las lunas.

Con los ojos como platos miró a Ben antes de decirle a su secretaria — Enseguida estoy contigo. —Colgó rápidamente. —Me vas a tener que perdonar, pero hay un problema importante en la imprenta y me necesitan allí.

—Espero que no sea nada.

Fingió una sonrisa. —Nada que no pueda arreglar

—Estoy seguro. —Se levantó estirando la chaqueta del traje hecho a medida. Estaba claro que le había pagado demasiado por el bodrio que le había enviado.

Pero ese imbécil tenía su público. Se levantó dándole la mano, que él retuvo demasiado tiempo para su gusto. Puede que fuera atractivo, pero de esa manera blanda que la ponía de los nervios. —¿Quieres salir a cenar conmigo?

—Salgo esta noche para Australia. Lo siento.

—Una pena —dijo mirándola con deseo—. Una auténtica pena.

—Adiós, Ben. Te llamaré para que volvamos a vernos y hablaremos del nuevo manuscrito. Hay ciertos detalles que vas a tener que cambiar.

Él se echó a reír como si no pensara hacerlo. —Será una negociación interesante.

—Estoy segura de ello.

Salió como si fuera el rey del mundo y Hanna salió del despacho haciéndole un gesto a Sally, que corrió hasta ella. Cuando su secretaria cerró la puerta preguntó impaciente —¿Cómo que Sam está detenido? ¿En Australia?

—¡Sí! Acaba de llamar. Por cierto, como era la llamada para el abogado, me ha dicho que le busque uno.

—¿No te ha dicho nada más?

—¿Aparte de los tiros? —preguntó divertida—. No.

—Mierda. —Se pasó la mano por la frente. —¿Pero qué ha ocurrido? ¡Cómo pierda a la autora por su culpa, lo capo! —Regresó a su mesa. —Cancela mis citas y consígueme un billete de avión. Ah, y un coche de alquiler. ¿Cuál es el aeropuerto más cercano?

—Tengo que averiguarlo. Se encargó la secretaria de Sam.

—Y consíguele un abogado que le saque de allí. No sé cuándo llegaré y no podemos dejarle encerrado hasta que dé con el sitio. Pero que me espere, ¿me has entendido? —Sally asintió apuntando en su block. —El billete para ya. Quiero salir cuanto antes.

—Entendido, jefa.

—Llama a mi asistente para que vaya haciéndome la maleta. Que meta unos vaqueros y unos pantalones cortos. Allí debe hacer calor y cuando no esté trabajando, quiero estar cómoda.

—¿Cuántos días estarás fuera?

—Si no sé ni cuánto tardaré en llegar. Cancela el resto de la semana y ya veremos. Tengo que solucionar esto antes de la junta de accionistas.

—También podrías tomarte unos días. No has tenido vacaciones desde... Uff, ¿cuándo has tenido vacaciones?

—Te aseguro que si me cogiera vacaciones no me iría a un pueblo a Australia cuando puedo irme al Caribe.

Su secretaria hizo una mueca. —O a Venecia...

Hanna gimió sentándose en su sillón. —O a Egipto.

—Debe ser maravilloso.

—Sí, mi hermano me ha dicho que lo es.

—Qué suerte tienen algunos.

—Cada vez me apetece más un año sabático, te lo aseguro.

—Lo mismo digo. ¿Me subes el sueldo para ir ahorrando?

Los ojos de Hanna brillaron divertida porque siempre aprovechaba la oportunidad para pedir un aumento. Y ya le había subido el sueldo un año antes. Pero trabajaba mucho y bien, así que no quería perderla. —Hecho, cincuenta pavos más al mes.

—Jefa, seamos serios. ¿Doscientos?

Se reclinó en su asiento mirándola fijamente. —Doscientos cincuenta y no me lo pides más hasta dentro de cinco años por lo menos.

Sally alargó la mano encantada. —¡Hecho!

—Está claro que este GPS es una mierda, Hanna —susurró mirando la luna delantera llena de polvo rojo del camino. No sabía cómo había llegado a aquella carretera que estaba sin asfaltar, pero lo que sí sabía es que aquello no podía ser una carretera estatal.

Accionó el limpiaparabrisas y juró por lo bajo porque lo había empeorado. Echó un chorro de agua sobre el cristal y gritó girando el volante en sentido contrario cuando un camión pitó pasando a su lado a toda velocidad. Estaba claro que lo de conducir por la izquierda no era lo suyo. No calculaba muy bien. Pero no era de extrañar porque hacía seis años que no cogía un coche y encima conducir por el lado contrario...

Se inclinó hacia delante abriendo la boca sorprendida al ver lo que parecía una mina. Estupendo. Según el mapa se había desviado muchísimo porque por el cartel estaba en Koolyanobbing. Madre mía, menudos nombrecitos. Decidió

preguntar y se detuvo al lado de una casa prefabricada viendo la actividad de la mina. Bueno, nunca había visto una, así que era una experiencia nueva. Se bajó del coche mirando a su alrededor, pero los obreros estaban en la mina demasiado lejos de ella. Esperaba que en la caseta prefabricada hubiera alguien.

Se acercó metiendo las llaves del coche en el bolsillo trasero del vaquero diciéndose que había sido buena idea cambiarse de ropa para no dar la nota. Subió los escalones y golpeó la puerta con los nudillos dos veces.

La puerta se abrió hacia afuera casi golpeándola y se quedó atrapada entre la barandilla y la puerta. Un hombre rubio enorme salió dejándola atontada mientras se ponía el casco como si no la hubiera visto y con la boca seca se quedó mirando su perfil mientras bajaba los escalones. Reaccionó diciéndose que era un idiota e iba a soltarle algo a ese grosero cuando salió otro hombre más mayor con bigote gritando —¡Cumple con tus horas, Jordan! ¡No te lo digo más!

Él miró sobre su hombro furioso. —Pues no te preocupes. ¡No vas a tener que decírmelo más! ¡Volveré a por mi cheque! —Se subió a una camioneta dando un portazo y arrancó furioso.

—Este chico... —El hombre observó cómo se iba por donde Hanna había llegado y pareció reparar en ella porque la miró sorprendido. —Disculpe. ¿Quién es usted?

Hanna forzó una sonrisa. —¿Puede indicarme cómo llegar a Mokinbudin?

—Sígale y llegará allí. Tiene que pasar por el pueblo para llegar a casa.

Ella gritó bajando los escalones corriendo —¡Gracias!

Se subió al coche a toda prisa y juró por lo bajo porque se había subido por el lado incorrecto. Pasó al asiento del conductor escuchando la risa de ese hombre y jurando por lo bajo de nuevo, arrancó lo más rápido que pudo. Salió quemando yanta porque aquel minero había salido a toda pastilla. Pasó por un bache he hizo una mueca viendo su estela de polvo mucho más adelante. Pisó el acelerador ignorando los baches, sujetándose al volante sin perderle de vista. Sonrió cuando se fue acercando a él poco a poco.

La verdad es que tenía mal carácter, pero con esa cara se le perdonaba todo. Era guapísimo y tenía unos ojos claros que te dejaban temblando. Puede que le hubiera impresionado porque era enorme y su vieja camiseta enseñaba unos brazos que demostraban que no le importaba el trabajo físico, porque dudaba que por allí hubiera un gimnasio. Y había que ir mucho al gimnasio para tener ese aspecto. Solo pensar en su torso le hacía apretar los muslos. —¡Hanna, deja de pensar en eso! —se dijo a sí misma—. ¡No tenéis nada en común! —Abrió los ojos como platos. —Además puede hasta estar casado y tener diez hijos. ¡Lo que pasa es que no echas un polvo desde la universidad y has salido de tu zona de confort! Claro que es eso.

Frenó cuando él lo hizo y vio que habían llegado a una intersección. Sonrió cuando le vio girar a la derecha y ella miró a un lado y al otro antes de seguirle por la carretera general. Pero le vio reducir la velocidad y parar en la cuneta. Se puso nerviosa porque no sabía qué hacer y como no tenía otro remedio, detuvo el coche tras él. Gimió viéndole bajar de la camioneta con cara de pocos amigos y

ella bajó la ventanilla lentamente forzando una sonrisa. —Buenas tardes.

—¿Qué quieres? ¿Me estás siguiendo?

Cualquiera le decía que sí. Pero ella no tenía otra opción. —Pues verá... El señor que estaba en la casa prefabricada me ha dicho que usted va hacia Mokinbubin.

—¡Mukinbudin!

—Eso. Así que como no se llegar, sí que le sigo. ¿Le importa?

La miró con desconfianza. —Usted no es de por aquí.

—Pues no. Si fuera de por aquí conocería dónde está Mokinbubin.

—¡Mukinbudin!

—Eso. —Perdió la sonrisa poco a poco por su actitud y se dio cuenta que estaba en una carretera desierta con un desconocido. Un desconocido que estaba buenísimo, pero podía ser un chiflado que ahora que sabía que le seguía, podía llevarla a cualquier sitio y descuartizarla. —¿Sabe? No pasa nada. Seguiré por esta carretera y preguntaré a otra persona. Ya no le sigo más.

—Más le vale porque va en dirección contraria.

—Oh.

—Menos mal que he parado porque ésta no es la dirección. Iba a hacer un recado.

Ella sonrió. —Pues sí. ¿Así que tengo que dar la vuelta?

—Todo recto. No tiene pérdida —dijo con ironía.

—Pues el GPS no lo... —Se quedó de piedra cuando se fue dejándola con la

palabra en la boca y se subió a su camioneta pegando otro portazo. Estaría buenísimo, pero no tenía modales. Cuando se alejaba, gritó por la ventanilla — ¡Gracias!

Bufando miró por los retrovisores y dio la vuelta. Tardó media hora en llegar, pero la verdad después de conducir trescientos kilómetros desde Perth, ya tenía los nervios destrozados. Había poca gente por la calle, algo muy lógico con la población que tenía. Pero vio a dos hombres mayores sentados en sillas de camping ante un porche y se detuvo a preguntar.

Bajó viendo que era una tienda. —Disculpen, ¿la oficina del sheriff?

Uno de los hombres señaló con la boca del botellín de cerveza hacia el otro lado de la calle y confundida miró hacia allí para ver que estaba justo en frente. Se sonrojó. —Gracias.

—De nada, preciosidad —dijo el otro con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Vienes a buscar al pijo?

—¿Perdón?

—Al pijo que ha detenido el sheriff.

—Pues sí. Pero ya no está ahí, ¿verdad? Le he enviado un abogado.

El de la cerveza señaló un coche negro. —Está dentro.

Sonrió aliviada. —Menos mal.

—Está detenido también.

—¿Qué ha hecho? —preguntó alucinada.

—Ir a hablar con Hersey a su casa para que retirara la denuncia. —Los

hombres se echaron a reír. —Hay que ser pardillo y hacer lo mismo que su cliente.

—¡Pues sí! —dijo empezando a enfadarse—. Tienen toda la razón. —Se volvió y abrió el coche de nuevo para sacar el bolso.

—Ésta es más lista.

Cruzó la calle y tiró de la puerta de la oficina parpadeando al entrar en su interior que estaba mucho más oscuro. Miró a su alrededor para ver cuatro mesas vacías.

—¿Hola? —Dio un paso adelante y abrió la puertecita que tenía ante las piernas porque en la recepción tampoco había nadie.

Una puerta del fondo se abrió y vio a un hombre vestido de caqui con una chapa en el pecho, que indicaba que era del cuerpo. Cuando miró su cara chasqueó la lengua porque tenía mayonesa en la comisura de la boca y estaba masticando.

—¿Es el sheriff? —El hombre asintió y ella sonrió de oreja a oreja alargando la mano. —Hanna Bennet. ¿Puede atenderme? Siento interrumpir su almuerzo, pero tengo algo de prisa y...

—Bien, pase.

Entró en el despacho tras él y se sentó detrás de un escritorio, que solo tenía encima el sándwich triple que estaba comiendo acompañado con una lata de cola. Estaba claro que por allí no tenía mucho trabajo. —¿En qué puedo ayudarla?

—Pues creo que uno de mis empleados está aquí detenido. Sam Harris.

—El pijo del traje.

—Exacto. ¿Y su abogado?

—Detenido. Debería saber que no se puede entrar en una propiedad privada.

Mi hijo tiene malas pulgas sobre eso, porque ya le han robado doce ovejas este año.

Parpadeó mirando al hombre que debía tener unos cincuenta y tantos. Tenía el cabello rubio algo cano en las sienes, pero se conservaba muy bien. —¿Su hijo es J. Hersey?

—El mismito.

—Pensaba que era una mujer.

—No he tenido hijas.

Dio otro mordisco al sándwich y ella tragó saliva porque tenía una pinta estupenda y llevaba horas sin comer. Intentó centrarse. —¿Qué tengo que hacer para sacarles? ¿Una compensación económica por las molestias?

—Igual si me dicen la razón por la que querían verle y se lo explico a Jordan, puedo convencerle para que quite la denuncia.

—Sheriff Hersey, me gustaría hablarlo con él en persona —dijo suavemente con una sonrisa en los labios—. ¿Cree que será posible concertar un encuentro con él para que no me pegue un tiro si intento entrar en sus tierras?

El sheriff se echó a reír. —Muy bien. Así me gusta. Por sus modales se nota que es una mujer con clase.

—Gracias.

El hombre siguió comiendo y ella levantó una de sus cejas negras. —
¿Vuelvo luego o le dejo mi número de móvil o...?

—No, ahí está bien. —Siguió comiendo tranquilamente y ella miró a su
alrededor. Parpadeó al ver una foto del sheriff con el hombre de la carretera.
Viéndoles juntos era obvio que eran familia. Se levantó señalando la foto de la
pared. —¿Él es Jordan? —El sheriff asintió y ella sonrió radiante. —¡Le he
conocido!

—¿De veras?

—Sí, en la carretera. Él salía de una mina y...

El sheriff entrecerró los ojos. —¿Perdón?

—De la mina. Debía trabajar allí.

—Mi hijo no trabaja en la mina.

—¿Ah, no? Pues llevaba casco. —Frunció el ceño. —Sí, sí trabajaba allí
porque dijo que volvería a por su cheque.

El sheriff dejó caer el sándwich sobre el papel y cogió la servilleta
enfadándose. Se levantó lentamente. —¿Me está diciendo que el hombre de la
fotografía salía hoy de la mina de Koolyanobbing? ¿Cuándo?

—Hará una media hora. Quizás un poco más. Yo me había perdido y...

El sheriff cogió el teléfono y marcó. Hanna sonrió. —¿Le está llamando? Me
dijo que se iba a hacer un recado y... —Colgó el teléfono con fuerza y puso las
manos en la cintura mirándola a los ojos pensando en algo. —Ah, que no le

llama.

—¿Qué quiere de mi hijo?

Suspiró porque le daba la sensación de que se lo decía o le iba a ser muy difícil hablar con Jordan. Ella que hasta había hablado una vez con el presidente de los Estados Unidos. —Soy editora.

—Editora. De libros.

—Pues sí.

El sheriff la miró sin comprender. —¿Y qué quiere de mi hijo?

—Pues que me ha enviado un manuscrito y lo quiero publicar.

—¿Mi hijo? ¿Jordan Hersey?

—El mismo. ¿Sabe? Tengo prisa porque se acercan las navidades y... —El sheriff salió del despacho sin hacerle ni caso. ¡Padre e hijo eran igual de exasperantes!

Le siguió porque no se daba por vencida. —Si me hiciera el favor de llamarle para que pueda hablar con él, yo se lo agradecería muchísimo.

El hombre que estaba bajando unas escaleras, se detuvo de golpe y la miró desconfiado. —Usted no será del banco, ¿verdad?

—¿Del banco? —Entrecerró los ojos viendo una salida. —¿Tiene problemas económicos? Si habláramos...

—¡Mi hijo no tiene problemas de nada, señora!

—Señorita.

—Pues eso. —Siguió bajando y Hanna le siguió. —Sobre nuestra cita...

—¡Jefa!

Sorprendida miró a su izquierda para ver a Sam en mangas de camisa, sudando a mares y despeinado, con barba de tres días. Él sonrió tras los barrotes. —Menos mal que ha llegado. ¡No me dejaron llamar otra vez porque era llamada internacional!

—Sam, ¿pero qué...?

El sheriff la cogió del brazo. —No hable con los detenidos, por favor. No es su representante legal.

—¡No, ese soy yo! ¡Esto es un atropello que pienso llevar a los tribunales!

De la que pasaba miró asombrada a otro hombre en mangas de camisa, que también sudaba lo que no estaba escrito. Hasta se le transparentaba la camisa y su pelo negro estaba totalmente húmedo. —¿Él es su abogado?

—Peter Dweller a su servicio, señorita Bennet. No se preocupe, que en cuanto salga de aquí...

—Estas horas no pensarás cobrarlas, ¿verdad? —El sheriff se echó a reír. — Porque no te las voy a pagar.

—No se preocupe, señorita Bennet. ¡Ya es cuestión de orgullo profesional! —Señaló al sheriff. —¡Voy a meterle un paquete que se va a cagar! ¡Además, aquí hace un calor espantoso! ¡Esto es tortura!

Pues sí que hacía calor, sí. Menos mal que ella llevaba una ligera camisa de seda.

—¿Por qué te han detenido a ti?

—Por lo mismo que al otro. Por entrar en una propiedad privada que pone muy claro en su carretera de acceso que está prohibido el paso. Suerte tiene que mi hijo no le haya pegado un tiro.

Miró asombrada al sheriff. —Eso es un poco radical. ¿Y el cartero cómo lleva las cartas?

—Para eso tenemos un apartado de correos donde recoge el correo cada cuatro días. En la finca no entra nadie.

—Ah. Muy sociable.

—Mi hijo es así.

Para su sorpresa el sheriff abrió una de las celdas. —Puede esperar aquí.

—¿De verdad? —preguntó Sam sin poder creérselo—. ¡Será una broma!

—¿Me está deteniendo?

—Tengo razones para pensar que miente. Hasta que esto no se aclare, la retengo hasta que se esclarezca el asunto.

Le cerró la puerta en las narices y parpadeó asombrada cuando volvió a abrir y le cogió el bolso de la mano antes de cerrar de nuevo. —¡No puede detenerme! ¡No he hecho nada!

—Ha habido muchos robos en la zona últimamente. De ovejas.

—Oiga, ¿tengo pinta de robar ovejas? —Sin más explicaciones se largó. —
¿Me han detenido? —preguntó asombrada.

—No. ¡Porque no la han fichado ni leído sus derechos ni nada! —dijo el abogado—. Este tipo se pasa la ley por el forro de los...

—¡Jefa! ¡Ya no aguanto más! ¡Llevo aquí tres días! ¡Y con la misma ropa!

Parecía a punto de llorar. —Sam, cabeza alta. ¡Representas a la empresa!

—¡Sí, jefa!

—¿Lograste hablar con Hersey?

—¡Qué va! ¡En cuanto vi la casa pegaron dos tiros a mi coche y el sheriff estaba allí! ¡Antes de darme cuenta me estaban esposando y metiéndome en el coche patrulla!

Ella entrecerró los ojos. —Porque es hijo del sheriff. Por eso estaba allí.

—¿No me diga? —preguntó el abogado indignado—. Se les va a caer el pelo.

—Me han preguntado si soy del banco... Hersey tiene problemas económicos.

—Estará esperando una orden de embargo y por eso no deja que nadie entre en la finca a comunicárselo. El padre los detiene antes de que den con él.

—Sí, por eso creía que le estaba siguiendo —susurró pensando en ello—. No pasa nada. En cuanto vean que somos de una editorial, nos dejarán en paz.

—¿Y cómo está tan segura, jefa?

—Porque se ha llevado mi bolso. Y me apuesto la cabeza a que ahora mismo lo está registrando.

Capítulo 3

Pues no se dio ninguna prisa porque tardó seis horas en aparecer de nuevo abriendo las celdas. Hanna no podía estar más furiosa porque estaba sudorosa y hambrienta. Además, tenía una sed de mil demonios y salió lentamente de la celda para ver que el abogado casi se abalanza sobre el sheriff, pero un ayudante lo retuvo antes de que le cogiera.

—Calma, amigo. Hemos comprobado sus identidades y pueden irse sin cargos.

—¡Esto es el colmo! —gritó Sam indignado—. ¡Si no hemos hecho nada!

—¿Igual quiere explicar por qué su coche aparece en una lista de coches robados a una agencia de alquiler de Perth?

—¡Porque me han retenido aquí y no he podido llamar a la agencia para explicar el asunto!

—Eso lo decidiría un juez. ¿En serio quiere conocerle?

—Vamos Sam —dijo ella pasando ante el sheriff. Estaba de tan mal humor que ya le importaba una mierda el manuscrito—. Ha sido un error venir a este sitio.

—Eso está claro, jefa. ¡Espero que ese muerto de hambre no publique en la vida! ¡Encima que hemos recorrido miles de kilómetros para llegar a este pueblucho! ¡Qué una Bennet haya venido hasta aquí! Es indignante.

El sheriff les siguió por las escaleras y Hanna se volvió. —¿Mi bolso, por favor? —pidió fríamente.

El sheriff fue hasta su despacho y volvió preocupado. —Señorita... —Le arrebató el bolso y revisó que no le faltara ni el móvil ni la Tablet, así como la cartera. El sheriff enderezó la espalda. —Está todo.

—Muchas gracias por su hospitalidad. —Se apartó el flequillo de la cara mirando a Sam. —Nos vamos. ¿Dónde te hospedas?

—No tenía hospedaje. Pensaba regresar a Nueva York en el vuelo de las cuatro de la mañana.

—Vamos a comer algo.

—Disculpe...

Los tres se volvieron hacia el sheriff que metió los pulgares en el cinturón. —¿Puede venir al despacho un momento? Me gustaría hablar con usted a solas.

—No se lo aconsejo, señorita Bennet —dijo el abogado con ganas de matar a alguien.

Miró a los ojos al sheriff. —Mire, en este momento lo que haría, sería meter una demanda multimillonaria al departamento y a usted por abuso de poder. —El sheriff se tensó mientras el abogado sonreía de oreja a oreja. —Así que lo mejor es que me vaya a cenar y duerma unas cuantas horas. Si mañana estoy de humor, que lo dudo, puede que hable con usted. Buenas noches.

—Bien hecho, jefa —dijo Sam saliendo tras ella de la oficina del sheriff. La brisa de la noche les hizo suspirar y gimieron al mirar a su alrededor. Estaba todo

cerrado.

—Dime que hay un restaurante por aquí.

—Tiene que haber un sitio donde los obreros tomen algo después del trabajo

—dijo el abogado.

—Tienen el bar de Molly dos kilómetros al norte.

Se volvieron para ver al sheriff apoyado en el marco de la puerta. —Allí se detienen los camioneros y tienen habitaciones.

—Estupendo, vamos.

Sam abrió los ojos como platos. —¡Jefa, usted no puede dormir allí!

—Claro que sí —dijo resuelta yendo hacia su coche—. ¿Dónde está el norte?

—Me he dejado la brújula en casa.

—Si quieren, les acompaño. He terminado mi turno.

El sheriff no se daba por vencido. —Mira qué amable está ahora —dijo el abogado irónico subiéndose a su coche.

Hersey hizo una mueca. —Me apetece una cerveza.

—Pues que bien. —Se subió al coche mientras Sam se sentaba a su lado a toda prisa. —¿Y tu coche?

—Ni idea, pero yo me largo de este país cagando leches. —Al darse cuenta de lo que había dicho la miró con los ojos como platos. —Vamos, en cuanto pueda.

—Ya. —Arrancó el coche viendo como el sheriff se subía al coche patrulla.

—Ese quiere algo.

—Sí, lo dejé bien claro cuando la llamó a su despacho. No la dejaré en paz hasta que le escuche. Hay que tener cara.

—Bueno, si nos ofrece una bandera blanca no la voy a desaprovechar. Un negocio es un negocio.

—Claro jefa, pero mañana me vuelvo a Nueva York.

Le miró asombrada. —¿Me vas a dejar sola?

—¿Es una orden?

—¡Sí!

—Pues si me lo ordena la dejo sola. Usted se arregla.

Increíble. Gruñó siguiendo al coche patrulla y por el retrovisor vio que el abogado les seguía. —Ese no es de aquí, ¿verdad?

—Es de Perth. Necesitará un sitio donde dormir como nosotros.

Bueno, cuantos más fueran mejor. Empezaba a sentirse algo intimidada en ese pueblo y eso que había conocido a dos personas. ¡Y ambas de la misma familia!

Vio el típico bar de carretera que salía en las películas de terror con un letrero luminoso que señalaba el local que estaba en medio de la nada. —Madre mía, esto parece Psicosis —susurró Sam asustado—. Casi prefería la celda.

—Al menos podrás ducharte. —Aparcó al lado de un camión enorme y miró a través de la ventanilla escuchando la música. —¡Tiene música! Y hay coches en el aparcamiento. Anímate, si aparece Norman Bates ya sería mala suerte que nos tocara a nosotros.

—Pues después de los tres días que he pasado, le aseguro que me lo espero todo.

Bajaron del coche y Hanna cerró la puerta mirando a su alrededor. Apretó los labios al ver la camioneta del hijo del sheriff. Ahora lo entendía todo. Sabía que estaba allí. Bueno, ella solo quería beber algo y comer. Y una cama después de una ducha. Los Hersey podían esperar hasta mañana.

Vio que el sheriff entraba en el local sin esperarles y ella caminó por el polvo rojo acercándose a la entrada. Su abogado llegó corriendo y le abrió la puerta sonriendo. Frunció el ceño. No es que estuviera mal. Era atractivo, pero ni loca se enrollaría con él. —Gracias.

—De nada.

Sam puso los ojos en blanco entrando tras su jefa y susurrando —No tienes nada que hacer.

—¿Por qué?

—Ha rechazado a escritores millonarios. ¿En serio piensas que va a liarse contigo cuando los tiene a patadas?

Hanna recorrió el pasillo que daba a la puerta de acceso al local, haciendo que no había escuchado nada. En la empresa había demasiados cotilleos. Tampoco había rechazado a tantos y solo uno era millonario. Pero es que era lógico. No iba a enrollarse con un cliente. Se detuvo cuando todos en el local la miraron y se sonrojó al ver a Jordan Hersey en la barra con una cerveza en la mano mientras su padre se sentaba a su lado. Sam y Peter se pusieron cada uno a

cada lado como si quisieran protegerla. Y es que la verdad la clientela ponía los pelos de punta. Había un tipo con tatuajes en los brazos que debía pesar más de cien kilos, que la miraba tras unas gafas de sol. Cuando cogió la cerveza y le dio un trago, parte de ella le cayó por su asquerosa barba y casi le da algo cuando vio sus uñas llenas de roña.

—¿Nos sentamos? —preguntó Peter algo intimidado.

Hanna miró a su alrededor y vio una mesa para seis. Caminó hasta allí y se dejó caer en la silla dejando el bolso sobre la silla de al lado. Sam se sentó a su derecha y Peter no tuvo más remedio que sentarse enfrente.

De reojo vio que Jordan no le quitaba ojo mientras su padre le susurraba algo.

Una chica muy rubia y con un short que mostraba las cachas de su trasero, se acercó a ella. —¿Qué les pongo?

Asombrada con el top que dejaba ver el sujetador rosa que tenía debajo preguntó —¿Tienen algo para comer?

—No tenemos cocina, pero si plancha. Si quieren una hamburguesa...

—Perfecto. Hamburguesas para todos. La más grande que tenga y una cola light para mí.

—No tengo cola light.

—Pues normal.

La chica asintió mientras los demás pedían cervezas bien frías.

Suspiró apoyando los codos sobre la mesa y se pasó las manos por la cara

apartando el flequillo. —Estoy agotada.

—Lo entiendo, jefa. ¿Saliste después del trabajo? —preguntó tuteándola, pero a ella en ese momento y después de lo que el pobre había pasado, le dio igual.

—A las doce de la noche. —Levantó la vista para mirar al abogado que al saberse el centro de atención sonrió. —Tú te irás mañana, supongo.

—No si quieres que les meta una denuncia...

—¿Y tener que volver para declarar? —preguntó incrédula.

—Entonces sí. Me voy mañana. ¿Y tú? —La chica les dejó las bebidas sobre la mesa mientras él la miraba a los ojos. —¿Te vas a quedar?

—Todavía no lo sé. He aprendido que no hay que tomar decisiones en caliente.

—Es la editora jefe más joven de todo Manhattan —dijo Sam orgulloso—. Y se lo ha ganado. Estamos en la cima.

—En la cima está Mackenzie.

—Va, esa no es nacional. Es una compañía inglesa que tiene sedes en todo el mundo.

—Entiendo. —Peter bebió de su cerveza comiéndosela con los ojos, pero Hanna estaba demasiado ocupada bebiendo su cola para darse cuenta. Su abogado separó los labios al ver como tragaba una y otra vez hasta dejar el vaso con los cubitos de hielo. Cuando bajó el vaso, suspiró elevando sus pechos y él miró hacia allí sin poder evitarlo. Hanna entrecerró los ojos. —¿Qué miras?

—Se te transparenta el sujetador con esta luz.

Asombrada se miró el pecho y se dio cuenta que era porque tenía el sujetador húmedo. Bueno, teniendo en cuenta cómo iba la camarera, a ella no la mirarían mucho. —No pasa nada.

—Se ve más en la playa —dijo Sam indiferente. El abogado le miró como si fuera estúpido—. Soy gay.

—Ahora lo entiendo todo.

—¿Qué entiendes? —preguntó ella divertida.

—Que no se haya vuelto loco para llevarte a la cama. —Hanna miró a Sam que se echó a reír a carcajadas. Peter sonrió como el gato que se comió al ratón. —Pero yo no me doy por vencido fácilmente.

—Sigue soñando —dijo Sam sin dejar de reír.

Hanna le taladró con sus ojos violetas. —No me interesas. Ni me interesarás nunca. ¿Quieres saber por qué?

—Por favor.

—Porque eres un trepa que no sabe hacer su trabajo. Que no ha conseguido aquello para lo que le había contratado y yo para meterme en tu cama, como tú dices, tengo que admirar de alguna manera a mi pareja. Ya sea por su físico, por su talento o por su personalidad. Y tú no me has demostrado que tengas una personalidad arrolladora, tu físico es pasable y tu talento no se refleja en tu trabajo, como es obvio.

Peter sonrió aún más. —Mi talento está en la cama, preciosa. Si me

probaras...

Unas botas resonaron sobre el suelo de madera y ella dejó de pensar en el abogado para ver como Jordan se acercaba a su mesa con la cerveza en la mano. —Al parecer querías hablar conmigo.

Ella giró la cabeza lentamente y levantó la vista hasta sus ojos azules. —No, gracias.

Sam reprimió la risa bebiendo de su cerveza y Jordan le fulminó con la mirada. —Mi padre me ha dicho que me buscabas.

—Sí, pero eso era antes. Ya no te busco. ¿No te has dado cuenta de que no nos hemos acercado a ti? —preguntó como si fuera idiota—. Me llevaré mi oferta a otro sitio donde la aprecien más.

Él se tensó y se volvió hacia su asiento. Apretó los labios sabiendo que estaba siendo irracional. Al fin hablaba con él y se comportaba como una cría. Igual todo era un malentendido. Gruñó volviendo la cabeza hacia él, que se había sentado dándole la espalda.

—Jefa...

—Necesito ese manuscrito para Navidad. —Se levantó y el sheriff la miró de reojo mientras se acercaba. Él sabía que estaba allí, pero simplemente la ignoraba, así que le dio con el dedo en el hombro tres veces. Jordan se giró como si le hiciera un favor y ella entrecerró los ojos. —Bueno, esto va así... Necesito ese manuscrito para Navidad. Me vendes los derechos y cada uno por su lado. Cien mil dólares americanos.

Él entrecerró los ojos. —¿Perdón?

—Mira, estoy agotada del puñetero viaje y no he tenido el recibimiento que esperaba. Esa es mi última oferta. Cien mil por los derechos por los próximos años y un diez por ciento de las ventas. Es un contrato estándar. Eres un autor novel y nadie te va a publicar. Es la mejor oferta que recibirás jamás. Te lo aseguro.

Miró a su padre antes de reírse a carcajadas. El sheriff también resistía la risa. —¿Qué pasa? ¿Tengo algo en la cara?

—Creo que te has equivocado de tío —dijo Jordan mirándola de arriba abajo haciendo que su estómago diera la vuelta—. No he escrito un libro en la vida. ¿Tengo pinta de escritor?

—¡Mira, he visto escritores de todos los tipos, te lo aseguro, pero en el libro venía tu nombre! ¡J.A. Hersey!

Los dos la miraron con los ojos como platos y al ver su cara de sorpresa desconfió. —¿Hay alguien más que se llame así en este pueblo?

—No, mi esposa se llama Matilda —dijo el sheriff rápidamente mirando de reojo a su hijo.

No se creyó una palabra porque Jordan enderezó la espalda. —Aquí no vas a encontrar lo que buscas.

—Igual deberías hablar con la mujer que ha escrito el libro y preguntárselo —dijo demostrando que a ella no se la daban—. Me quedaré por aquí hasta que me lo diga ella misma.

—Pierdes el tiempo.

—Yo nunca pierdo el tiempo. —Puso una mano en la cadera mirándole a los ojos. —Tengo entendido que tienes problemas económicos y he sido testigo de cómo hoy dejabas el trabajo. Si quieres, puedo darte la comisión que se lleva un agente literario. Te daré diez mil si consigues que firme el contrato.

—Olvidalo. —Se puso de pie quedándose a unos centímetros de ella. —Te aconsejo que te vayas cuanto antes.

—Este es un país libre y tengo un visado de turista. —Sonrió de oreja a oreja. —Y como tu padre vuelva a acosarme, pondré a todos mis abogados a poner demandas que ganaré. —Vio que la camarera se acercaba con las hamburguesas. —Oh, mi cena. Si me disculpan, caballeros...

Se volvió como si nada, ignorando que Jordan la estrangularía si pudiera y se sentó a la mesa donde los demás no habían perdido una coma de la conversación. Sin mirarles sonrió a la camarera y cuando se alejó, les observó por el rabillo del ojo. Estaban discutiendo en voz baja. Ella se acercó a su abogado por encima de la mesa. —¿Existe algún censo de la zona?

—Claro que sí. En el ayuntamiento tienen que tener uno.

—Consíguemelo. Necesito averiguar quién es J.A. Hersey.

—Mañana me pondré a ello en cuanto abra.

—Deduzco que me quedo.

—No pienso quedarme sola aquí. Te quedas o te vas al paro.

Sam hizo una mueca. —Entendido, jefa.

—Tranquilo, de todas maneras creo que el sheriff está de nuestra parte.

—¡Qué no! —gritó Jordan dejando la botella sobre la barra antes de sacar unos dólares del bolsillo de atrás y largarse a toda prisa.

El sheriff se volvió hacia ella apretando los labios y supo que le tenía. Hanna dio un mordisco a su hamburguesa disimulando y siguió haciéndolo durante toda la cena. Vio como pedía otra cerveza.

—¿No es extraño? Quien nos ha enviado el manuscrito, obviamente quiere que se publique —dijo Sam con la boca llena, olvidando sus modales por el hambre que tenía.

—Sí que es raro —dijo el abogado—. Además, la oferta es más que generosa y si necesitan el dinero...

—Es orgulloso. —. Había descartado que su autora fuera su hermana porque sino el sheriff habría dicho algo. Llevaba pensando en ello unos minutos y dijo lo que pensaba, aunque le daba una rabia horrible —Igual no quiere que su mujer sea famosa.

—¿Crees que es su mujer? —Sam parecía impresionado. —Pues se avecinan problemas en ese matrimonio.

—Es su hija —dijo el sheriff sorprendiéndoles—. Su hija de doce años.

Asombrada dejó la hamburguesa sobre el plato volviéndose. —¿Perdón?

—Jordan Ariel Hersey. Esa es mi nieta —dijo orgulloso.

Se levantó a toda prisa. —¿Me está diciendo que la autora es una niña de doce años?

El abogado gimió. —Pues como no convenzas al padre no tienes nada que hacer. Él es su tutor.

—¿Y su madre? —preguntó a toda prisa.

—Se fue cuando nació la niña. —El sheriff bebió de su cerveza. —Ariel se ha criado con Jordan desde que nació. La muy zorra de su madre la dejó abandonada en una caravana a las afueras del pueblo con unos días. Mi mujer fue a llevarle pañales y se la encontró sola en la cuna. Llevaban separados desde hacía un par de meses porque ella quería irse del pueblo y se fue.

—Dios mío —susurró impresionada porque si ella tuviera un bebé ya tenían que matarla para que hiciera algo así.

El sheriff asintió. —Mi hijo solo quiere protegerla, ¿entiende? Es lo que lleva haciendo toda su vida.

—Necesitan el dinero.

—Sí, y mucho. Están a punto de perder el rancho. Les he ofrecido dinero, pero no quiere aceptarlo porque es mi jubilación. Incluso aceptó un trabajo en la mina a mis espaldas para aumentar los ingresos, pero desatendía a la niña. Tuvo que irse del trabajo para recogerla del colegio porque se había hecho daño en la mano y le amenazaron con despedirle, así que lo dejó.

—Por eso usted se puso así cuando se enteró de que trabajaba en la mina.

—Sí. —Alargó la mano. —Por cierto, me llamo Edward.

—Encantada. Soy Hanna.

Él sonrió con pena. —Lo sé. He visto tu licencia de conducir.

—No pasa nada. Ahora lo entiendo todo. Pero necesito hablar con Ariel y saber si quiere publicar su libro.

—Si mi nieta se lo ha enviado, es que quiere hacerlo. Piensa mucho lo que hace antes de lanzarse.

—Entonces no lo entiendo, porque se solucionarían todos sus problemas. Más bien es una cuestión de orgullo. Del orgullo de Jordan.

—Hanna, por aquí a veces el orgullo es lo único que se tiene. —Dejó la botella sobre la barra y se levantó. —Váyase. No tiene nada que hacer. Mi hijo no cambiará de opinión.

Eso ya lo veremos, pensó mientras él iba hacia la salida. Se volvió mirando a Sam. —He cambiado de opinión. Ya no os necesito. Mañana regresas a Nueva York.

Capítulo 4

Le habían indicado dónde estaba el colegio y allí estaba ante la puerta, metida en el coche esperando a que salieran. Vio llegar a una mujer en la camioneta de Jordan y se bajó del coche para acercarse. Tenía más o menos la edad de Edward, así que supuso que era su esposa. —¿Matilda?

La mujer la miró cuando salía de la camioneta. —¿Si? ¿La conozco? ¡Ya lo sé! Es la madre de Daisy.

Sonrió negando con la cabeza. —Soy la editora de Nueva York.

La mujer perdió parte del color de la cara y miró hacia la puerta del colegio. —No puede estar aquí.

—Estoy en la calle. No infrinjo ninguna ley. ¿Puedo hablar con usted unos minutos?

—Mi nieta va a salir y no quiero que la vea. Si Jordan se entera de esto...

—¿Qué ocurriría? —preguntó porque parecía asustada.

—No es lo que piensa, pero se enfadaría mucho si su hija se disgusta con este tema.

—¿Prefiere que Ariel piense que su libro no me ha gustado?

La abuela la miró sorprendida. —No, claro que no.

—Pues es lo que pensará cuando pasen unos meses y vea que no tiene respuesta de mi editorial. Solo quiero hablar con ella unos minutos, eso es todo.

—Se cruzó de brazos al ver que iba a decir que no. —¿Ha leído su manuscrito?

Matilda se sonrojó. —No. No sabía que escribía.

—Es un libro precioso sobre una niña que se siente sola e inventa a un amigo invisible, que termina salvándole la vida cuando cae a un lago porque él le dice lo que tiene que hacer. Está lleno de sensibilidad y da esperanza a muchos niños que a veces sienten miedo de lo que les rodea y no saben cómo asumirlo. Como la desaparición de una madre. Sus dibujos son hermosos y llenos de detalles. Y su prosa es muy madura para su edad. Su nieta es una artista, Matilda. Y venderá millones de libros llevada adecuadamente.

—¿Usted cree?

—No es que lo crea. Es que lo sé. Una decisión sobre su futuro de este calibre, debe tomarla ella con ayuda de su padre. —Dio un paso hacia su abuela. —Puede que les preocupen mil cosas, pero le aseguro que yo la protegeré y las entrevistas serán cuidadosamente elegidas.

—¿Entrevistas?

—Hay que promocionar el libro y debo ser sincera, que tenga doce años es una ventaja que tendremos contra nuestros competidores, porque será un libro para niños escrito por una niña. Los críticos la adorarán.

—No, no. Jordan no querrá.

En ese momento sonó el timbre y los niños corrieron hacia los autobuses mientras que otros se acercaban a los coches de sus padres. Una preciosa niña llena de rizos rubios con uniforme azul claro, corrió hasta Matilda con una

mochila en una mano, mientras que la otra la tenía vendada.

—¡Abuela! —La abrazó por la cintura con cariño y Matilda la besó en la coronilla.

—Mi niña bonita. Sube, que nos vamos a casa. Papa está esperándote para el parto de Dony.

Abrió sus ojos azules exageradamente. —¿Dony está pariendo?

Su abuela asintió.

—Hola Ariel...

La niña la miró mientras Matilda la cogía por los hombros. —¿Quién es, abuela?

—Nadie, sube a la camioneta —respondió molesta.

—Espero que la herida de la mano no te impida dibujar. Sería una pena.

Ariel entrecerró los ojos al ver que extendía la mano mientras su abuela insistía. —Soy Hanna Bennet de Bennet and Jonhson.

La niña abrió la boca asombrada y su abuela gimió. —¡La editora!

Sonrió sin poder evitarlo, era transparente. —La misma. Me gustaría hablar contigo.

—Sí, claro.

—Ariel sube a la camioneta.

—¿Por qué abuela? Ha venido hasta aquí por mí, ¿verdad?

—A tu padre no le gustaría.

Ariel apretó los labios. —Pero yo quiero hablar con ella.

Divertida vio que era casi tan cabezota como su padre. —Solo serán unos minutos, Matilda.

—Pues hable aquí, porque ella no se mueve de mi lado —dijo como si la fuera a secuestrar.

Ariel sonrió. —¿Le ha gustado? —preguntó ilusionada.

—Mucho.

—Se lo envié a su editorial porque me gustan mucho sus libros. Son mis favoritos.

—Eres muy amable.

—Los dibujos no son muy buenos, pero quería que se hicieran una idea.

—De hecho, me gustaría utilizarlo entero.

Ariel chilló de la alegría. —¿De verdad?

—Pero tenemos un pequeño problema con tu padre.

La miró decepcionada. —Él no quiere.

—No, no quiere y sin su consentimiento no puedo avanzar. —Abrió su bolso y sacó el contrato que Sally le había enviado esa mañana por mail. —¿Se lo puedes enseñar? A mí no me deja acercarme a vuestra casa. —La niña gruñó cogiendo los papeles. —Me gustaría que le echara un vistazo y si quiere, puede hablar con mis abogados a cualquier hora para que le aclaren cualquier cláusula. —Ariel parecía que había perdido toda esperanza. —Ánimo. ¿Sabes lo difícil que es que yo esté aquí? —Los ojos de Ariel brillaron. —Esto es pan comido.

La niña rio emocionándose de nuevo. —Abuela, ¿has visto?

—Sí, mi niña —dijo acariciándole los rizos—. Pero tu padre...

—¿Quieres venir a cenar esta noche? —preguntó la niña rápidamente.

—Ariel...

—Es mi casa, ¿no? Si puedo invitar a mis amigas, puedo invitar a Hanna. Papá me ha dicho que invite a quien quiera y lo hago pocas veces.

Parecía indecisa y Hanna no quería ponerla en un compromiso. —¿Qué te parece si me llamas al número de móvil que tienes al final del contrato con tu respuesta? No quiero presionar a tu padre con una visita indeseada.

Matilda suspiró del alivio. —Gracias. —Asintió y Ariel le sonrió mientras se dejaba llevar hasta la camioneta.

—Espero verte pronto, Ariel. Tenemos mil cosas de las que hablar.

La niña sonrió tímidamente subiendo a la camioneta y moviendo el trasero hasta sentarse en el asiento del copiloto.

—Tendrás noticias de Jordan —dijo Matilda forzando una sonrisa—. Eso no lo dudes.

—No lo dudo. Y estoy deseando que me llame.

Estaba sentada en su cama con la tele encendida ante su portátil, mientras hablaba por teléfono con Sally dándole instrucciones. Suspiró mirando el aire acondicionado que no funcionaba bien. —Estupendo, el aire se ha vuelto a detener.

Su secretaria se echó a reír. —Tan mal lo pintas que lo he tachado de mi año

sabático.

—Te aseguro que no te perderías mucho. Comparado con Nueva York, puedes tacharlo sin ningún remordimiento.

Golpearon la puerta con fuerza y puso los ojos en blanco.

—¿Qué has sido eso?

—Tengo que dejarte. Seguramente es el padre de la niña.

—¡Hanna, abre la puerta!

—Sí, es el padre de la niña.

—¿Y es guapo?

—Ni te lo imaginas.

Sally suspiró. —Al ataque, jefa.

Colgó el móvil tirándolo sobre la cama y se puso en pie. —¿Quién es?

—¡Muy graciosa! ¡Abre de una vez!

Se miró su pijama corto de seda rosa e hizo una mueca. La camarera seguía enseñando más que ella. Corrió el cerrojo y giró el pomo mirándole molesta. —
¿Sabes la hora que es?

—¡Lo sé muy bien! ¿Qué es esto? —Le puso delante los papeles. —¿Se te ha
ocurrido hablar con mi hija a mis espaldas?

—Creía que era adecuado que supiera que estoy aquí.

—¡Pues ha leído esto! —La miró de arriba abajo y frunció el ceño al ver sus
uñas de los pies pintadas de rojo. A Hanna se le cortó el aliento sintiendo que
todo su cuerpo lloraba por él. —¿Siempre recibes así a las visitas?

—Solo a los que me sacan de la cama —dijo con voz ronca. Carraspeó cuando la fulminó con la mirada—. ¿Qué quieres? ¿Tienes alguna duda?

—¡Aléjate de mi hija! —gritó furioso.

—No. Necesitas el dinero y...

Dio un paso hacia ella. —¿Qué has dicho?

—¡Deja el orgullo a un lado, Jordan! —le gritó a la cara sin cortarse—. ¡Será solo un año de promoción y salvaréis el culo!

—¡No te metas en mi vida!

—No, si no quiero meterme en tu vida. Es la de Ariel la que me preocupa.

—¡Mi hija está muy bien!

—Hasta que os quiten la casa. ¿Qué harás cuando quiera ir a la universidad? ¿Una beca? Seguro que se la conceden porque es muy buena en lo que hace y estoy convencida de que es una estudiante brillante. Pero yo puedo ofrecerle estudiar en la mejor del mundo. Podría ir a la Sorbona a estudiar arte. Podría...

—Yo decido lo que es mejor para mi hija.

Ella suspiró y se apartó de la puerta yendo hasta la neverita para sacar una cola. Joder, qué calor hacía allí. Bebió de la lata mientras él entraba en la habitación mirando a su alrededor con cara de asco. —Sí, te aseguro que me he alojado en sitios mejores.

—¿Por qué haces esto? ¿Qué te importa a ti una niña de Australia? El libro tiene que ser buenísimo para que te molestes tanto.

—Lo es —dijo sorprendiéndole. Se sentó en la cama y cogió el portátil,

tendiéndoselo después de buscar el archivo—. ¿Por qué no lo lees? Creo que no se lo ha enseñado a nadie salvo a mí.

Jordan miró la pantalla y apretó los labios cogiendo el ordenador. Entonces ella se dio cuenta de que casi no sabía usar el ratón y eso la enterneció sin saber por qué. Se levantó cogiendo el portátil de su mano y se sentó en la cama. —Ven que te lo enseñe. —Sonrió ilusionada. —Es precioso, ya verás.

Él se sentó a su lado. —No entiendo esos chismes.

—Es lógico si nunca has usado uno. Yo tampoco sabía la primera vez.

Le puso la portada en pantalla y Jordan la miró asombrado. —Es ella.

—Sí. Tiene talento para el dibujo.

—“Siempre me acompañas.”

—Enseguida entenderás el título.

Pasó las hojas que había escaneado antes de irse de Nueva York y observó sus reacciones mientras leía el texto. Parecía asombrado y orgulloso de su hija. Hanna sonrió porque no veía esa mirada desde que había fallecido su padre y la emocionó. Ella estaba llorando cuando terminó de pasar las páginas y Jordan la miró sorprendido. —¿Por qué lloras?

—Por nada. —Se levantó dejando el ordenador sobre la mesa y cuando se volvió, se dio cuenta de que él le miraba el trasero. Se sonrojó. —¿Qué te ha parecido?

—Es muy bonito. Pero qué voy a decir yo que soy el padre de la autora.

Sus pechos se endurecieron aún más marcando los pezones en la camisa de

tirantes y carraspeó. —Esto es lo que te ofrezco. Ciento cincuenta. Ni un dólar más de momento porque es desconocida. Tres entrevistas.

—Dos.

—Dos entrevistas en plain time. Ya elegiré yo la persona más adecuada para llevarla.

—La llevaras tú.

—Me refería a llevar la entrevista. Las preguntas y esas cosas.

Jordan asintió. —No quiero que esto afecte a su vida.

—¡Ni yo tampoco! Pero esto es un negocio, Jordan. ¡Un libro necesita promoción!

—El dinero quiero que vaya a una cuenta a su nombre que solo podrá usar cuando cumpla los dieciocho.

Le miró asombrada. —¿Hablas en serio?

—Sino no firmo los papeles.

—¡Te vas a quedar en la calle!

—Podré pagar el mes que viene cuando recoja la cosecha. ¡Y no es asunto tuyo!

Se levantó molesto con intención de irse y a Hanna le dio mucha rabia que se fuera así. —Jordan... —Él se volvió mirándola a los ojos. —¿Quieres quedarte? —preguntó casi sin aliento.

Cerró la puerta lentamente y a Hanna casi le da algo de la alegría sin dejar de mirar sus ojos. —¿Tienes algo más que decirme?

¿Tenía que hacerle un gráfico? Dándose valor se quitó la camisa del pijama pasándosela por la cabeza y él se tensó recorriéndola con la mirada de arriba abajo. —Quítatelo todo. —Su voz ronca la excitó aún más y llevó las manos a sus caderas, dejando caer el pantaloncito de seda al suelo. Lo apartó con un pie antes de mirarle a los ojos y el susurró —Joder, eres preciosa. —Esas palabras provocaron un vuelco en su estómago y más cuando alargó la mano y pasó el pulgar por su pezón. Gimió y Jordan la cogió por la nuca pegándola a su cuerpo mientras con la otra mano acariciaba su pecho acunándolo. Creyó que moriría de placer por sus caricias. —¿Quieres que te folle, nena?

—Sí —susurró sin poder evitarlo.

Él atrapó sus labios invadiendo su boca y Hanna se mareó de placer al saborearle sin darse cuenta de que la tumbaba sobre la cama. Mientras se besaban con desesperación, sintió las caricias en su cuerpo y cuando su mano llegó a la suavidad de su sexo, gritó en su boca por el rayo que la traspasó. Jordan besó su cuello antes de que sus labios descendieran por el valle de sus pechos, para atrapar un pezón entre sus dientes y tirar ligeramente estremeciéndola de placer. Torturó sus pechos volviéndola loca y su boca bajó por su vientre, mientras elevaba sus piernas hasta colocarlas sobre sus hombros. Cuando su aliento llegó a su sexo, Hanna gritó de placer sintiendo un orgasmo increíble que la sorprendió por su fuerza, justo antes de que él pasara la lengua por sus húmedos pliegues. Hanna creyó que se volvería loca de placer e intentó apartarse, pero él la sujetó con fuerza de sus caderas bebiendo de ella. Mareada

ni sintió que se alejaba y que regresaba a ella tumbándose sobre su cuerpo. Solo pudo abrazarse a su cuello. Sintió como entraba su sexo lentamente, pero ansiosa gritó que quería más. Entró en ella con fuerza y Hanna arqueó el cuello hacia atrás gritando de placer. Jordan besó su cuello saliendo de ella lentamente antes de invadir su cuerpo de nuevo con fuerza. Clavó las uñas en su cuello para sentirle de nuevo una y otra vez. Aferrándose a él, rodeó sus caderas con las piernas recibéndole más adentro hasta que con un último y fuerte empujón la hizo volar. Y era tal el placer que experimentaba, que volaría siempre con él si pudiera.

Cuando consiguió recuperarse, volvió la cabeza para verle mirando el techo con la respiración agitada. Incómoda porque no sabía qué decir, pues no había tenido nunca un rollo de una noche, miró al techo. Los dos se quedaron en silencio durante varios minutos y ella le miró de nuevo. La estaba observando. Y antes de darse cuenta se estaban besando de nuevo como dos desesperados.

Se despertó sobresaltada cuando cerraron una puerta de golpe y se apoyó en las manos para ver que estaba sola en la cama. Se sentó girándose y vio a través de la puerta abierta que el baño estaba vacío. ¡Se había largado sin despedirse siquiera! Decepcionada se quedó allí sentada unos minutos y al ver los papeles desperdigados por el suelo se levantó a toda prisa. Era el contrato y no estaba firmado. Bueno, igual se le había olvidado. Decidió que eso no le fastidiaría el día. A lo mejor se pasaba después para firmarlo. O también podía ir ella.

Después de la noche que habían pasado no le pegaría un tiro. Se sentó en la cama. Le daba vergüenza ir hasta allí, pero tenía la excusa del contrato.

Se duchó con agua fría y revisó su maleta. No tenía mucho donde elegir porque no iba a ponerse un traje, así que se decidió por unos pantalones cortos y una camisa de seda azul claro sin mangas. Se maquilló ligeramente y colocó las hojas del contrato en el orden correcto. Le faltaban los zapatos, así que como no tenía unas botas ni nada parecido, se puso sus zapatos de tacón beige. Estaba chic, pero no adecuada para ir a un rancho. Igual podía ir de compras. Tenía que haber una tienda en algún sitio. Cogió su bolso y salió de la habitación. Rodeó el edificio y entró en el bar sonriendo a Molly, la dueña, que estaba tras la barra limpiando, aprovechando que el bar estaba vacío, con su cabello castaño recogido en un moño en lo alto de la cabeza.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Te hago el desayuno? ¿Huevos con beicon?

—Suena perfecto.

—Marchando.

—Molly, tú debes saber mucho de todo el mundo, ¿verdad? —preguntó como si nada.

—Lo sé todo de todos. Es la suerte o la desgracia de tener un bar así, que vienen a contarte sus penas. —La mujer de la edad de Edward le guiñó el ojo rompiendo los huevos sobre la plancha encendida.

—Los Hersey...

Molly sonrió con pena. —Ya oí a Jordan ayer. Al parecer vino a verte.

—Pues sí que lo sabes todo de todo el mundo —dijo sonrojándose.

—Un cliente se me ha quejado por la noche que le disteis. —Soltó una risita.

—Tranquila, puede que ahora viva aquí, pero soy una mujer de mundo. No me voy a escandalizar. Aunque sí que estoy sorprendida.

—¿Por qué?

—Me preguntabas por los Hersey, pero quien te intriga es Jordan. Tiene un carácter algo especial.

Que se lo dijeran a ella. —Sí, ya me he dado cuenta.

—Es que nuestro chico lo ha pasado mal. Con veintiuno un ligue de una noche le da la sorpresa de su vida y después como iban a tener un hijo se endeuda hasta las cejas para comprar la granja. Cuando Darling se enteró, se llevó las manos a la cabeza porque ella lo que quería era irse de aquí. Pero Jordan quería darle un hogar a su hija y no rodar de una parte a otra del país de camionero, que era el trabajo que tenía en ese momento. Para presionarle, le amenazó con dejarle. Las discusiones eran continuas y ella en un acto de desesperación, se largó a una caravana abandonada que había a las afueras del pueblo. En cuanto se repuso después de tener a la niña, se largó. —Molly apretó los labios. —Porque yo no quise acogerla. Mi hija es muy cabezota y no quise apoyarla en que se fuera del pueblo. Es irónico porque al final la perdí del todo.

Molly le puso el plato delante. —¿Es tu hija? —preguntó impresionada.

Asintió mirándola con tristeza. —Darling siempre conseguía lo que quería.

Quiso que dejáramos de dar tumbos por el país cuando llegó a la adolescencia y nos establecimos aquí porque su abuela vivía cerca y nos prestó el dinero para el local, pero no lo soportó. Estuvo un tiempo entretenida con Jordan y su afán por conquistarle, pero yo sabía que no duraría.

—¿Y por qué lo sabías?

—Porque no le miraba como yo miraba a mi marido. Puede que fuera un sinvergüenza, pero estaba muy enamorada de él. —Se echó a reír de su propio chiste y se encogió de hombros volviéndose y rellenando su taza de café de nuevo. —Ayudamos al chico en lo que pudimos, pero es muy orgulloso. Quería hacerlo todo solo. —Se echó a reír. —Una vez llegué a su casa y el pobre tenía caca de la niña en la mejilla, unas ojeras enormes y llevaba sin comer desde el día anterior porque la niña no paraba de llorar. Pero en lugar de irse a dormir se fue a trabajar. —Sonrió con cariño. —Es un hombre como los que ya no quedan y adora a mi Ariel. Lo es todo para él.

—Me extraña que con lo trabajador que es...

—¿Tenga problemas económicos? —Asintió avergonzada por ser tan cotilla. —Hace dos años hubo una tormenta terrible que acabó con su cosecha y derrumbó parte del tejado. Gastó sus ahorros en arreglar la casa, pero tuvo que pedir una hipoteca sobre la casa para recuperarse de la pérdida de la cosecha y mantenerse hasta la siguiente. Las ovejas que cría le dieron un respiro un tiempo, pero...

—No pudo hacer frente a todos los pagos.

—No. La vida del agricultor es así. Si tuviera una explotación mayor sería distinto, pero sin peones que le ayuden... Su padre está muy preocupado por él, y Matilda. —Forzó una sonrisa. —Pero has llegado tú y cambiarás su vida.

—No quiere el dinero del libro. Solo firmará el contrato si el dinero va a un fideicomiso para Ariel.

Molly apretó los labios. —Este Jordan... —La miró atentamente. —¿Sabes lo que me ha sorprendido más? Que se acostara contigo. Sois de dos mundos distintos.

Se puso como un tomate y decidió comer para no decir nada a eso, porque era una verdad tan grande como una casa.

—Durante un tiempo salió con algunas mujeres, pero no funcionó. Él no se enamoró de ellas y llegas tú y te come con los ojos, acostándose contigo, aunque está enfadado con el mundo.

—Igual fue una vía de escape. Como está convencido de que no ocurrirá nada entre nosotros, se ha liberado.

—O igual le atraes tanto que no ha podido evitarlo.

Ella que iba a meter el tenedor en la boca se detuvo en seco. —Molly, soy de Nueva York. Tengo mi vida allí.

—Las vidas cambian y las prioridades también. —Se echó a reír. —Te lo digo yo que sé de lo que hablo. —Se volvió y cogió una foto de la pared. Una chica tenía un micrófono en la mano y estaba encima de un escenario.

La miró asombrada. —¿Eres tú?

—Tuvimos éxito. Durante un disco. En los ochenta arrasábamos en la lista de los más vendidos, pero conocí al padre de Darling en una fiesta y mi vida cambió. Él era comercial de productos agrícolas. —La miró con los ojos como platos y Molly se echó a reír a carcajadas. —Sí, esa es la cara que puse yo cuando me lo dijo. Pero me sentía tan especial a su lado que ni toda la fama del mundo podía satisfacerme. Lo dejamos un tiempo porque yo me iba de gira, pero cuando regresé a Sídney fue a buscarme a mi apartamento. Y ya no pude separarme de él. Así que seguí viajando, pero de otra manera.

—¿Nunca te arrepentiste?

—No. Me hizo feliz los catorce años que estuve a su lado. Supongo que se dio cuenta de que yo había renunciado a mucho por él e intentaba compensarme cada día por ello.

—¿Qué ocurrió?

—Un día estábamos en una gasolinera y di la vuelta al coche porque llegábamos tarde a hablar con un cliente. Estaba en el arcén esperándole cuando él corrió hacia el coche cruzando la carretera. —Hanna jadeó llevándose la mano al pecho. —Murió antes de caer al asfalto y a mí se me rompió la vida.

—Lo siento muchísimo.

—Fue un golpe muy duro. Darling no lo vio porque estaba en el colegio, pero no lo superaba y por eso nos asentamos aquí. Pero mi hija es tan inquieta como sus padres. —Se echó a reír. —En realidad no puedo culparla. Sé que lo que hizo es terrible, pero sentía que se asfixiaba, atada a un hombre que no

amaba y en una ciudad que tenía muy vista.

—Pues yo aún no la he visto.

—Comparada con Nueva York no hay mucho que ver. ¿Quieres que te acompañe?

—¿Puedes?

—Cris llega en diez minutos para limpiar la cocina. Puede encargarse ella de atender a algún cliente si es que viene.

—Esa chica...

Molly se echó a reír. —Se compra la ropa por internet o la corta. Le he dicho mil veces que se expone demasiado, pero ella está encantada. La clientela ya la conoce y es buena chica.

—¿Y tiene novio?

—Un motero que es un cara. Pero es muy joven y es lista. No se casará con él. Se está divirtiendo.

Se pasaron toda la mañana de un lado a otro y para su sorpresa se divirtió mucho, porque ni conocía la mitad de la ciudad. Había tiendas que tenían de todo y pudo comprarse unas botas de piel baratísimas. También se compró varias camisetas y rio con los souvenirs. Se compró un imán para la nevera que era un canguro. Molly también le presentó a algunas personas y se dio cuenta de que eran una gran familia. Todo el mundo se conocía.

Hicieron la compra y Molly la sorprendió diciendo que iban al rancho a comer. —Seguro que Matilda ya está allí. Mientras te probabas las botas, la

llamé y comeremos todos allí.

—Pero no estoy invitada.

—Claro que sí. Te invito yo.

—¿Ariel estará allí? —preguntó poniéndose algo nerviosa.

—Come en el colegio. —La miró de reojo y sonrió. —¿No me digas que te preocupa verle?

—Teniendo en cuenta que se fue sin despedirse esta mañana...

—Es que se levanta al amanecer. No querría despertarte.

Gruñó haciéndola reír. Siguieron la carretera general y giraron en un camino de tierra. —Ya verás. Te vas a llevar una sorpresa.

—¿Por qué lo dices? —preguntó viendo prados y prados a un lado y a otro de la carretera—. ¿Todo esto es de Jordan?

—Sí. Todo lo que ves es suyo. Y la sorpresa está ahí en frente.

Dejó caer la mandíbula al ver un rebaño impresionante de ovejas. Había miles. —¿Y dices que necesita una explotación mayor?

—Es que los gastos de la casa fueron descomunales.

Hanna se echó a reír cuando Molly tuvo que detenerse porque las ovejas impedían el paso, pero cuando la miró levantando la ceja perdió la sonrisa poco a poco. —¡Será una broma!

—¿Quieres comer? Pues necesitamos pasar.

—Pero si no sé qué tengo que hacer. —Se levantó ligeramente de su asiento para mirar las ovejas que empezaban a rodearlas.

—Grita y mueve los brazos de arriba abajo delante de la ranchera. Se irán apartando para que yo pueda pasar.

Parecía fácil. Suspiró abriendo la puerta y gimió cuando debió golpear a una oveja. Al posar los pies en el suelo, juró por lo bajo intentando pasar. —¡Sed buenas y apartad! —gritó moviendo los brazos de un lado a otro. Tuvo que pasar entre ellas porque no le hacían ni caso y cuando llegó a la parte de delante del vehículo, gritó moviendo los brazos de un lado a otro mientras avanzaba. Miró sobre su hombro y vio que Molly se reía a carcajadas. Se volvió poniendo los brazos en jarras—. Muy graciosa. Sí, me parto de la risa.

Molly tocó el claxon y varias se apartaron corriendo. Entrecerró los ojos. —Será bruja.

Rodeó el coche para subir. —¿Te lo estás pasando bien?

—Ha sido interesante. Tenía que haberte grabado con el móvil.

—Muy bueno.

—De todas maneras, no podría subirlo a YouTube porque aquí no hay cobertura.

La miró de reojo. —Jordan no sabía usar el ordenador.

Molly perdió la sonrisa. —Dejó de estudiar antes de terminar el instituto. Hace quince años no había ordenadores como ahora en todas las casas. Y tampoco lo necesita por su trabajo. —La miró de reojo. —Pero es muy listo.

Se sonrojó. —No quería decir eso...

—No tiene ni móvil ni ordenador. Vive como hace veinte años y es la vida

que le gusta.

—Pues la informática es muy importante en un negocio próspero. Para comunicarse con proveedores... —Se encogió de hombros. —Contabilidad y esas cosas.

—Antes no los había y vivíamos igual.

—Es un atraso, Molly. No le justifiques.

—Pues háblalo con él a ver si puedes convencerle. Ya hemos llegado.

Miró hacia delante y suspiró al ver una casa muy humilde que ella derruiría y haría de nuevo. Era de una planta y la rodeaba un porche, pero necesitaba una buena mano de pintura. —¿Dices que el gasto del tejado fue descomunal?

—Seis mil dólares.

La miró incrédula. —¿Cuánto debe al banco?

—Le quedan por pagar unos cuatro mil.

¡Eso se lo gastaba ella en un bolso! Aquello era ridículo. ¿Por cuatro mil dólares iba a perder su casa? Iba a hablar con él seriamente.

Se bajaron del coche y se asustó cuando dos perros enormes corrieron hacia ellas. La olfatearon mientras Molly se reía antes de ir hacia la abuela de Ariel. —Ya está bien, pesados —dijo acariciándoles.

Se escuchó un chirrido y vieron a Matilda en la puerta. —Ya estáis aquí.

—Hemos traído comida.

—Perfecto, pero el asado ya está en el horno. —Matilda sonrió bajando los escalones de madera que crujieron a su paso. —Jordan está en el granero. Puedes

ir a acompañarle mientras nosotras terminamos en la cocina.

Se puso como un tomate, pero era lógico que lo supiera porque alguien debía estar cuidando a Ariel mientras él iba a echarle la bronca a la ciudad y todo lo demás.

Giró la cabeza para ver lo que debía ser el granero, que era obvio que necesitaba unos arreglillos y caminó hacia allí mientras ellas la observaban.

—¿Qué opinas? —preguntó Matilda sin quitarle ojo mientras se alejaba.

—Puede que le venga bien. Me gusta.

—Espero que tengas razón. Tengo miedo por Jordan. Y por Ariel. Está tan ilusionada con el libro...

—No es mala chica. La cuidará.

—Voy a amarrar los perros porque parece que les teme un poco. —Sonrió porque Molly se echó a reír.

Capítulo 5

Hanna se acercó a la puerta y sonrió al ver a Jordan sin camiseta con una bala de heno sobre la espalda. La tiró sobre una pila de heno y concentrado, sacó una navaja de la bota para cortar las cuerdas. Se volvió para coger la pala de uñas y la vio en la puerta deteniéndose en seco. —No me has firmado los papeles —dijo rápidamente.

—Y no los voy a firmar hasta que añadas lo de la cuenta bancaria.

Chasqueó la lengua acercándose y le miró a los ojos. —Te fuiste sin despedirte.

—No me parecía bien despertarte cuando te acababas de dormir. —Cogió la pala de uñas y empezó a llenar de heno un carretillo. Se mordió el labio inferior porque su espalda húmeda le subió la temperatura. Estaba claro que ese hombre la volvía loca y también le quedaba claro que no le había gustado verla allí.

—Jordan...

Él se volvió exasperado. —¿Qué quieres, Hanna?

—Que me hables. ¿Estás enfadado conmigo?

—¿Aparte de entrar en mi vida cambiándola por completo? —preguntó con ironía.

—Algunos cambios son para bien. Pero está claro que tú no quieres cambios en absoluto.

—Mira, echamos un polvo. Ya está. Te has divertido y has encontrado una autora. ¡Has aprovechado el viaje! ¡No hay que darle más vueltas!

Hanna perdió la sonrisa porque no se lo esperaba. De manera tan cruda no. Ella creía que la noche anterior habían compartido algo y él lo ensuciaba como si se hubiera divertido porque se acostara con cualquiera.

—¡Te recuerdo que tú también estabas allí y no me daba la sensación de que te sintieras utilizado!

—Follas de miedo. ¿Qué quieres que te diga? A nadie le amarga un dulce.

Hanna palideció y asintió dando un paso atrás mientras él la miraba fríamente. —Te enviaré el contrato con los cambios.

—Estupendo.

Se volvió para seguir su trabajo y Hanna sintiendo unas ganas de llorar enormes, se giró caminando hacia la puerta. No sabía por qué se decepcionaba tanto, cuando era evidente que entre ellos no podía haber más de lo que ya había. Pero no podía evitarlo.

Fuera del granero sintió una necesidad imperiosa de salir corriendo de allí. Menuda estúpida. Se había largado en medio de la noche y no tenían nada en común. Como había dicho, había sido un polvo y porque ella se le había ofrecido en bandeja de plata. Por Dios, si casi le había rogado que le hiciera el amor desnudándose. Subió los escalones de un salto. Que había aprovechado el viaje. Como si él no hubiera disfrutado estando juntos. Borró de su memoria como la miraba mientras hacían el amor. Como si la necesitara. Estaba claro que era una

estúpida de primera.

Pasó por el hall sin mirar lo que tenía alrededor para entrar en una cocina de los años cincuenta, donde Molly estaba tras la isla cortando zanahorias. Levantó la vista distraída y ella forzó una sonrisa. —Hanna, ¿estás bien?

—Me empieza la migraña y tengo que irme. ¿Te importa si me llevo el coche?

—¿Pero no vas a quedarte a comer? —preguntó Matilda decepcionada—. ¿Ha ocurrido algo?

—¡No! Claro que no. Hemos hablado del contrato, pero creo que un viaje tan largo me ha afectado y este calor... necesito acostarme.

—Si quieres hacerlo en la habitación de...

—No, gracias —dijo firmemente—. Me gustaría irme al motel.

Las mujeres se miraron y Molly le dijo —Claro, llévate la camioneta. Tienes las llaves en el contacto.

—Podrás volver, ¿no?

—Claro que sí. La llevaré yo —dijo Matilda dando un paso hacia ella apretando el paño que tenía en las manos—. Por favor, no te vayas. No sé lo que ha pasado, pero...

—No ha pasado nada. Gracias por todo. —Se volvió rápidamente y casi se choca con Jordan que entraba en ese momento. —Perdona —susurró sin mirarle.

—¿Hanna?

Ella salió de la casa reprimiendo las lágrimas y se subió a la camioneta a

toda prisa. Jordan la siguió hasta el porche y apretó los puños al ver que encendía el motor girando el volante del todo para dar la vuelta. Fue un alivio acelerar y salir de allí. Miró por el espejo retrovisor y aún seguía en el porche.

En cuanto llegó a su alojamiento, se cambió de ropa a toda prisa y recogió sus cosas. Fue a pagar su cuenta y estaba metiendo el ordenador portátil en el maletero cuando una camioneta se detuvo a su lado. Cerró el capó y se sobresaltó al ver a Jordan.

—¿Qué haces? —preguntó molesto—. Todavía no he firmado el contrato.

—No pasa nada. Peter se pondrá en contacto contigo. Los abogados de la editorial ya están trabajando en ello. —Fue hasta la puerta del conductor y la abrió a toda prisa.

—¿Te vas?

—Tengo trabajo en Nueva York. Yo aprovecho el tiempo. —Se subió al coche mientras él lo rodeaba.

—Pero no hemos hablado de los términos y...

Ella cogió la puerta y miró hacia él. —Habla con los abogados. Ellos se pondrán en contacto conmigo si hay algún problema. Adiós Jordan.

Cerró la puerta y encendió el motor. Miró por el retrovisor para dar marcha atrás cuando su puerta se abrió de golpe. Asombrada le miró. —¿Qué haces?

—Hanna baja del coche.

—Tengo un vuelo que coger.

—¡Baja del coche!

—¿Pero qué te pasa? —Incrédula jadeó cuando Jordan sacó la llave del contacto. —¿Estás loco? ¡Tengo que irme! —Salió del coche cuando él se alejó con las llaves en la mano. —¡Mira, no sé qué coño te pasa, pero estoy empezando a hartarme de esta actitud de niño que tienes!

Jordan apretó los labios. —Siento lo que dije en el granero, ¿vale? Me pasé.

—Por supuesto que te pasaste, pero como dijiste fue un polvo de una noche y da igual. —Alargó la mano.

—¡No parece que te dé igual cuando sales corriendo!

—¡Perdona, pero no eres el centro del universo y yo tengo una vida al otro lado del mundo! ¡Dame las llaves! ¡Ya he perdido mucho tiempo contigo! —gritó perdiendo los nervios.

—Así que soy una pérdida de tiempo.

—Por supuesto que sí. ¡Eres grosero, egoísta y un desagradecido! Puede que como amante seas la leche, pero te aseguro que no compensa soportar tu carácter.

—Está claro que no me conoces.

—¿Qué no te conozco? ¡Vas de tipo duro que quiere ser independiente, sin darse cuenta de que por cada decisión que tomas solo piensas en tu maldito orgullo! ¡Tus padres y Molly están preocupados por ti y estás a punto de perder la casa, porque no eres capaz de dar tu brazo a torcer y coger la ayuda que te ofrecen! ¡Están sufriendo por ti, Jordan! ¡Y tú eres tan egoísta que no te das cuenta!

Se tensó con fuerza. —Con mi vida hago lo que me da la gana.

—Lo mismo que yo. Dame las llaves.

—Estás enfadada por lo que ocurrió en el granero, pero...

—¡Sí! ¡Porque puede que no te lo creas, pero para mí fue especial! Pero está claro que para ti no ha sido así. ¡Dame las llaves de una puta vez! —Jordan alargó la mano y Hanna se las arrebató. —Adiós.

—Nena, no quería hacerte daño.

—No me lo has hecho. Te aseguro que si no te veo más no te voy a echar de menos. —Cerró de un portazo poniendo el seguro y arrancando lo más rápido que pudo. Se negó a mirarle y entró en la carretera tomándose las cosas con calma. Tomó aire antes de acelerar dejando la ciudad atrás. Había sido un error ir allí. Debía haber dejado que sus empleados se encargaran del asunto y seguir en la seguridad de su despacho. Estaba segura de que el regalo de Arthur tenía que ver con su decisión de soltarse la melena, pero esa aventura le había costado demasiado. No pasaba nada, se dijo a sí misma. Le olvidaría. Solo había sido una noche de su vida y podría superarlo.

Cuatro meses después

Sentada tras su mesa acarició la portada del libro de Ariel. Había quedado preciosa después de la edición. Al día siguiente era su lanzamiento y todo estaba preparado. Sally entró en el despacho y sonrió. —Llega el día D.

Preguntó lo que llevaba todo el día deseando saber —¿Han llegado?

—Ya están alojados en el hotel.

—Perfecto. —Tomó aire levantándose y cogió la chaqueta que Sally le tendía.

—La niña está muy nerviosa y su padre ha pedido verte al menos mil veces.

—¿Han venido los cinco?

—Sí.

—¿Y quién se ha quedado en la granja?

—Jordan ha contratado a alguien para estos cinco días y ese tipo dará de comer a los animales.

—Entonces el padre puede encargarse de la niña, que para eso le hemos pagado el billete —dijo fríamente.

—Hablas con Ariel a menudo. Estará deseando verte.

—Es una relación profesional, eso es todo. Y yo estoy muy ocupada. Hoy tengo la presentación de tu hallazgo.

Sally sonrió emocionada. —¿A que es estupendo? Guapo y con cerebro. ¿Le has echado el ojo?

—Aprecio demasiado mis ojos como para ir echándolos por ahí —dijo cogiendo el abrigo y el bolso.

—Muy graciosa.

Se volvió para salir del despacho, deteniéndose en seco al ver a Jordan en la puerta vestido con vaqueros y un grueso jersey gris que resaltaba el color de sus ojos.

—Perdone, ¿pero quién es usted? —preguntó Sally mosqueada.

—Es Jordan Hersey.

—Oh. —Sonrió radiante. —Señor Hersey, su hija tiene mucho talento.

—Gracias —respondió sin dejar de mirarla—. ¿Jim no te ha dado mis recados?

—Tengo mucho trabajo. Ahora mismo me voy a una presentación. Por eso tenéis a Jim, que es vuestro enlace conmigo. ¿Acaso no hace bien su trabajo? ¿No estáis cómodos en Nueva York? Estáis en el Plaza, que es un hotel de primera.

—¡No es eso! Es... —Se contuvo apretando los labios. —Ariel quiere verte.

—Y me verá. Mañana. Tranquilo, que tendremos mucho tiempo de hablar antes de la presentación. Ahora si me disculpas, tengo que irme. —Pasó ante él y Jordan miró el inmenso despacho cuyos ventanales mostraban la ciudad de Nueva York, antes de volverse y escucharla decir —Sally llama al chófer. Que la limusina me recoja a las seis después de recoger a Carlton. Y recuerda al catering que debe haber canapés para vegetarianos. Nuestro crítico del Times no come carne.

—Hecho jefa.

—Dile a Jim que llame a la radio para confirmar la cita de Ariel y asegúrate de que la van a emitir en la hora en que las madres salen del trabajo. —Caminó hasta el ascensor ignorando a Jordan deliberadamente. Entró en el ascensor y Jordan pulsó el botón del bajo mientras ella seguía hablando. —Y quiero la

portada de Leslie en mi mesa mañana a primera hora. Te veo en la presentación.

—Vale, jefa —dijo Sally despidiéndose con la mano.

—¿Puedes atenderme ahora cinco minutos, jefa?

—La ironía no te va, Jordan. —Suspiró mirándole. —¿Cuál es el problema?

—El problema es que dijiste que tú misma te encargarías de Ariel y no te ha visto desde que ha llegado.

—Cuando vaya ante los medios, estaré yo para apoyarla. No debes preocuparte. ¿Algo más?

Él apretó los labios. —¿Qué pasa? ¿Que ahora que el libro es tuyo ya no te molestas tanto?

—El libro sigue siendo de tu hija. Solo nos ha cedido los derechos y voy a hacerla rica. No sé dónde está el problema. Tantas quejas empiezan a ser fastidiosas. —Dio un paso hacia él. —Escúchame bien. Ahora estás en mi terreno. Así que deja de protestar y déjate llevar, porque he invertido tres millones en publicidad. Le he dado una campaña a nivel nacional que ninguna autora de su categoría ha tenido. No sé a qué viene esto, pero si es por tocarme las narices porque no nos llevamos bien, vas por muy buen camino. Encárgate de tu trabajo, que es cuidar a tu hija, y déjame su carrera a mí.

—Vaya, la tiburón de los negocios ha salido a flote. ¿Dónde está todo aquello del sentimiento del libro que querías mostrar a los lectores?

—De eso se encarga tu hija. A mí me pagan porque su libro se venda lo máximo posible y así va a ser. Ahora si me disculpas, otro autor me está

esperando.

Salió del ascensor, pero él la cogió por el brazo deteniéndola. —Hanna, no nos hagas esto. Está asustada.

Malditos remordimientos. Le miró a los ojos. —Iré a verla después de la presentación, ¿de acuerdo? La llevaré a cenar y charlaré con ella para tranquilizarla.

Jordan asintió. —Te esperamos en el hotel.

—Muy bien. Ahora tengo que irme. —Pero él no la soltaba. —Jordan, por favor.

—Para mí también fue especial.

Su corazón saltó en su pecho y sin poder sostener su mirada agachó la cabeza. —Tengo que irme.

Él suspiró soltando su brazo. —Te veo luego.

Sin contestar atravesó el hall llegando a la puerta giratoria y empujándola con ganas de salir corriendo. No podía permitirse sentir nada por él.

El chófer estaba esperándola en el cuatro por cuatro negro y abrió la puerta en cuanto la vio llegar. Se subió y sin poder evitarlo miró hacia la puerta de la empresa, donde Jordan estaba observándola.

¿Cómo podía decirle ahora que aquella noche había sido especial para él cuando meses atrás solo había sido un polvo? Era absurdo que ahora le soltara eso. Simplemente se lo decía para que no fuera tan fría con él y con Ariel. Sí, era eso. Igual había sido demasiado dura con la niña al no ir a visitarla en cuanto

había llegado. Pero no soportaba ver a Jordan y Ariel había pagado las consecuencias. Bueno, lo arreglaría esa noche y la tranquilizaría que era lo único que a Jordan le importaba. Por eso había ido hasta allí. No para decirle que esa noche había sido especial, porque se lo podía haber dicho en los cuatro últimos meses cuando llamaba al rancho para hablar con Ariel. En cuatro malditos meses no se habían dirigido más de diez palabras y ahora le soltaba eso. Maldito el día en que vio ese manuscrito.

Agotada entró en el hall del hotel con el abrigo en el brazo, mostrando su vestido de seda azul. Lo que menos necesitaba después de lidiar con su nuevo autor, era irse a entretener a nadie.

—¡Hanna!

Se volvió y sonrió al ver a Ariel corriendo hacia ella. —Pero bueno, ¿me esperabas en el hall?

—Le insistí a papá, porque así no perdíamos el tiempo —dijo antes de abrazarla por la cintura. Acarició sus rizos rubios y al levantar la vista, se encontró a Jordan con un pantalón negro y una camisa del mismo color. Dios, estaba tan guapo que quitaba el aliento.

—¿A dónde vamos?

—Eh... Pues te la devolveré en... —Confundida miró a Jordan que parecía divertido. —¿Tú también vienes?

—Por supuesto. ¿Qué pensabas? No voy a dejar que Ariel se divierta contigo

mientras me aburro en la habitación...

Ariel se echó a reír cogiendo la mano de su padre. —¿A dónde nos llevas?
¡Nueva York es genial! ¡Me gusta todo!

—No hace falta que vengas... Tenía pensado llevarla a una hamburguesería que hay cerca de...

—Una hamburguesa. Estupendo. —Se volvió y cogió la chaqueta negra del respaldo del sillón. —Estoy listo.

Mierda. —¿Y tus padres y Molly?

—Se han ido a ver un musical o una obra de teatro. No lo entendí muy bien.

—Era una obra de teatro, papá. —Ariel soltó una risita. —Estaba distraído. Lleva así toda la tarde. No me ha hecho ni caso.

—Estaba pensando en la granja —dijo mirándola de una manera que parecía que quería devorarla.

Sin poder evitarlo se sonrojó. —Bueno, nos vamos. Ariel, el sitio al que te voy a llevar te va a encantar. Siempre he querido tener una niña para mostrárselo.

Ariel la miró ilusionada y le cogió la mano. —¿De verdad? ¿Y qué es?

—Ya lo verás, ¿pero aún te gustan las muñecas?

—¡Sí!

—La ciudad tiene mucha actividad porque dentro de cuatro días es Acción de Gracias. Ya verás los escaparates. —Miró a Jordan de reojo que parecía estar muy a gusto. —¿Qué has visto hasta ahora?

—¡El Empire State! ¡Y Tiffany! Papá me ha regalado una llave de plata de Tiffany —La cogió de su cuello. —¿Te gusta?

—Es muy bonita.

—La abuela ha querido ir a Macys y Molly a Victoria Secrets. —Se echó a reír. —La abuela ha dicho que a ver si poniéndose su ropa interior se le pega algo de los ángeles.

Se echó a reír sin poder evitarlo. —Tu abuela es muy divertida.

—¿Verdad que sí? Tú también le caes muy bien. Y a los abuelos. Y papá siempre espera al lado del teléfono los jueves cuando llamas.

Se le cortó el aliento mirando a Jordan que parecía que quisiera decirle mil cosas. Avergonzada miró al frente. —Mira, ¿qué tal si vamos por la Quinta Avenida? —Le guiñó un ojo. —Y pasaremos otra vez por Tiffany para sacarnos una foto como Audrey. Tengo gafas de sol en el bolso.

La niña se echó a reír. —Necesitamos un croissant.

—¡Un pretzel! La haremos a nuestra manera.

—Genial.

Se divirtieron mucho posando ante el escaparate con las gafas negras que se puso Ariel. Incluso le hizo un moño francés con unas horquillas que tenía en el bolso. Estaba preciosa posando y sacaron unas fotos maravillosas.

—Poneros vosotros. —Al darse cuenta de que se resistía, Ariel frunció el ceño. —¿No quieres sacarte una foto con papá?

—Claro que sí. —Forzó una sonrisa colocándose a su lado.

Jordan intentó cogerla por la cintura, pero al ver que se separaba apartó la mano. —Sonreír.

Miraron a la cámara y la niña sacó la foto. —Ha salido bonita. ¿Queréis verla? ¿Os saco otra?

—Vamos o cerrarán la tienda que quiero que veas.

—Sí, Ariel. Vamos —dijo Jordan más tenso.

Como se hizo un denso silencio del que Ariel no era consciente porque lo miraba todo con los ojos como platos, Hanna preguntó —¿Estás nerviosa por lo de mañana?

—No. Bueno un poco, pero papá y tú estaréis allí y no me pasará nada.

—Claro que no. ¿Qué te iba a pasar? Además, te tratarán muy bien, ya verás.

—¿Y si me preguntan algo difícil?

—¿Como qué?

—No sé. Esas preguntas difíciles que hacen los mayores. ¿Como en qué te inspiraste?

Se echó a reír. —¿Has visto entrevistas en YouTube?

—En el colegio.

Se agachó ante ella. —¿Sabes qué? Si te hacen una pregunta difícil de contestar, me miras de reojo y yo me encargo.

—¿Y si haces tú la entrevista? —preguntó maliciosa.

—Es que quieren conocerte a ti, bonita. Por eso has venido a Nueva York, ¿recuerdas? Para promocionar ese cuento tan bonito que leerán millones de

niños en todo el mundo y te permitirá ir a una universidad privada en un futuro.

—Una buena razón para hacer la entrevista.

—Es una razón buenísima. Ahora mueve ese culito hasta American girl que te has ganado un bono de quinientos pavos.

La niña gritó histérica mirando a su padre con los ojos como platos antes de chillar de nuevo. Jordan la miró asustado. —¿Qué? ¿Qué pasa?

—¡American girl! —gritó como si eso lo explicara todo. Con los ojos como platos miró a su alrededor—. ¿Dónde está?

Riendo señaló la calle. —En esa dirección, por favor.

Casi tuvieron que correr tras la niña que se detenía en cada escaparate para comprobar que no era la tienda. —¿Qué es lo que busca?

—Una tienda de muñecas personalizadas. Allí puede elegir su color de pelo, sus ojos, esas cosas. Varias plantas dedicadas solo a esas muñecas. Tienen de todo.

—Parece que le hace más ilusión que la llave.

Perdió algo la sonrisa. —Lo siento, yo...

—No te disculpes. Estamos aquí por ella.

Hanna asintió caminando tras la niña y le miró de reojo. Parecía incómodo. —¿Cómo va la granja? Me han dicho que has contratado a alguien para que alimente a los animales durante estos días.

—Sí, a un chico que le vuelven loco. Estoy pensando en contratarle a jornada completa. No le gusta estudiar.

—Así que no la perdiste. La casa quiero decir.

—Me llamabas allí, así que ya lo sabes.

—No quería ser cotilla.

Él suspiró como si estuviera cansado. —No eres cotilla, Hanna. No quería decir eso.

—Me alegro de que las cosas te vayan mejor.

—Lo sé. —La miró de reojo. —¿Y a ti? ¿Te van bien las cosas?

—Con mucho trabajo.

—Sí, ya lo veo.

Parecía que lo decía con segundas, pero decidió no entrar al trapo. —Decidí aceptar el dinero de Molly —dijo él sorprendiéndola—. Se lo estoy devolviendo poco a poco.

—Eso está bien. La familia esta para apoyarse en las buenas y en las malas.

—¿Y tú tienes familia? No sabemos nada de ti.

—Un hermano. —Sonrió con cariño. —Es más pequeño que yo. Está de año sabático por... —Se echó a reír iluminando sus ojos. —No tengo ni idea donde está ahora, pero volverá en un par de semanas a pasar las Navidades.

—Le quieres mucho.

—Claro que sí. Y él me adora.

—No me extraña —dijo por lo bajo.

—¿Qué?

—Que es normal.

Llegaron a Rockefeller Center y Ariel se impacientó. —¿Queréis daros prisa? ¡No me dará tiempo a elegirlo todo!

Rieron sin poder evitarlo y cuando al fin llegaron, disfrutaron juntos decidiendo el tipo de muñeca. De hecho, Hanna disfrutó tanto como ella y por primera vez en meses se relajó del todo pasándose como una niña. La tienda estaba llena y Jordan parecía impresionado con todo lo que allí había. Cuando vio el salón de té para las muñecas no se lo podía creer porque estaba lleno de madres con sus hijas. Hanna se echó a reír al ver su cara y le cogió de la mano tirando de él porque si no perderían a Ariel. Al final eligieron una que era una mini Ariel. Rubita de rizos y con los ojos azules. Y por supuesto ambas tenían que ir vestidas iguales, así que eligieron un vestido con una cazadora para el día y unos pijamas a juego para la noche. Como hacía algo de frío, Hanna les eligió un gorro de lana. Cuando iba a pagar Jordan intentó hacerlo, pero ella se negó. —Son gastos de representación. Lo paga la editorial.

—Pero no me parece bien.

—Déjalo, Jordan.

Él apretó los labios al ver la tarjeta de crédito a su nombre que entregó a la dependienta, pero no dijo nada y para Hanna fue un alivio porque no quería discutir.

La niña estaba encantada con su muñeca y salieron de allí cargados de cosas porque se llevaron hasta una cama para Jordan, que es como la bautizó su nueva mamá.

—Estoy tan impresionado que necesito una cerveza.

—Estupendo, pues nos vamos a cenar la mejor hamburguesa de Nueva York.

El restaurante no estaba lejos y hablando con Hanna llegaron enseguida. Después de pedir y de que Jordan insistiera en pagar casi discutiendo ante el dependiente, aunque ella había dicho que invitaba a la cena, se sentaron en una mesa y Hanna dijo que iba al baño. Jordan bebió de su cerveza y se dio cuenta de que ella intentaba no mirarle. —Joder Hanna no quería discutir por la cena, pero...

—Da igual.

—No da igual. Estábamos bien hasta que he insistido en pagar.

—Es que tenía que pagar yo —siseó empezando a enfadarse.

—Lo dices como si esto fuera una cena de negocios o algo así. —La miró a los ojos. —¿Es eso, Hanna? ¿Somos unos clientes para ti?

—Esto no es justo. ¡Tú quisiste que fuera así!

Miró alrededor sonrojándose cuando varias personas les miraron. Jordan cogió su mano por encima de la mesa llamando su atención. —Me equivoqué. —Su cara reflejó la sorpresa y Jordan sonrió sin ganas. —Es evidente que no te lo esperabas.

Ella apartó la mano. —Creo que esta conversación no tiene sentido.

—No, y más después de ver cómo es tu vida aquí. —Se le retorció el corazón al escucharle y más aún cuando le vio sonreír a su hija que se sentó impaciente.

—¿Después qué hacemos? —preguntó Ariel cogiendo una patata frita.

—Después volvemos al hotel. Tienes que descansar para tu gran día —dijo su padre acariciando sus rizos rubios.

—Pero papá, solo estaremos aquí unos días y...

—Iremos a la Estatua de la Libertad por la mañana. —Jordan miró a Hanna a los ojos. —Nos dará tiempo, ¿verdad?

—¿Qué? —preguntó saliendo de su estupor por lo que estaba sintiendo en ese momento.

—¿Podremos ir mañana a la Estatua de la Libertad? —preguntó la niña ansiosa.

Sonrió al ver su ilusión. —Claro que sí.

—Papá, me encanta estar de vacaciones. —Parpadeó sorprendida al ver que no habían empezado a comer. —¿No tenéis hambre?

—Sí, claro —dijo a toda prisa cogiendo la hamburguesa y dándole un buen mordisco.

Una señora pasó a su lado y dijo —Tienen una niña preciosa. El cabello de su padre y la belleza de su madre.

Hanna se atragantó tosiendo con fuerza. Jordan se levantó a toda prisa dándole palmaditas en la espalda y cuando se calmó un poco, le puso en los labios un vaso de agua. Cuando bebió, suspiró del alivio.

—Casi la espichas —dijo Ariel sonriendo.

—¿Estás bien?

—Sí, es que me ha entrado por el otro lado y... —Miró sus ojos mientras se

sentaba de nuevo y Jordan entrecerró los suyos. Se sonrojó mirando su bandeja y cogiendo una patata. Aquello era ridículo. Por un momento antes de que la mujer dijera eso se le pasó por la cabeza que parecían una familia y al parecer lo parecían de verdad. ¿Qué tonterías estaba pensando? ¡Ella tenía su vida allí! Y Jordan no encajaba en ese estilo de vida. Estaba claro que él quería arreglar lo que había ocurrido, pero había llegado a Nueva York y todas esas tonterías sobre tener algo con él habían desaparecido. ¿O no?

Jordan la miraba fijamente y disimuló cogiendo una patata frita comiéndola sin ninguna gana. Parecía que en lugar de comerse la hamburguesa quería comérsela a ella y empezaba a ponerla nerviosa. La niña no paraba de hablar, pero no fue capaz de enterarse de nada de lo que decía.

—Cielo, ¿vas a por unas servilletas allí?

Ariel se levantó de inmediato y Hanna le fulminó con la mirada. —¡Deja de hacer eso!

—¿El qué?

—No me mires así —siseó acercándose sobre la bandeja para que la escuchara—. Esto se acabó.

—Tienes dudas. Lo veo. Eres transparente.

—Deja de decir ton... —La cogió por la nuca levantándose y la besó antes de que pudiera evitarlo. No fue un beso exigente, sino que la besó como si adorara sus labios. Primero el de abajo y después el de arriba antes de separarse lentamente acariciando su nuca. Dios, qué bien besaba, pensó atontada.

En ese momento su teléfono sonó y escuchó la risita de Ariel que se sentaba de nuevo poniendo las servilletas sobre la mesa. Eso la hizo reaccionar y avergonzada miró a Jordan como si quisiera matarle, pero el muy capullo sonreía satisfecho.

Sacó el móvil del bolso a toda prisa e hizo una mueca al ver quien la llamaba. Jordan entrecerró los ojos al darse cuenta de que se sonrojaba mientras pulsaba el botón verde de la pantalla del móvil. —Me voy fuera para escuchar mejor —dijo levantándose a toda prisa y tropezando con las bolsas que estaban en el suelo, cayendo espatarrada sobre el linóleo gris. Decidido, ese no era su día.

Jordan la cogió por el brazo. —Nena, ¿estás bien?

—¿Hanna?

Ambos miraron la pantalla del móvil que estaba en el suelo y Hanna se puso de rodillas intentando cogerlo, pero él fue más rápido y se puso el móvil al oído. —Sí, ¿quién es?

—¡Dame el teléfono, Jordan! —siseó levantándose con su ayuda. Jordan se giró cuando intentó arrebatárselo, pero de repente se volvió de golpe fulminándola con la mirada—. ¿No me diga? Pues ahora no puede ponerse. Está con su familia. ¡Y ya está cenando! —Colgó el teléfono dejándola atónita.

—¿Estás loco?

—Era Jack Mackenzie —dijo como si nada sentándose de nuevo en la mesa.

—¡Eso ya lo sé! ¡En el teléfono pone su nombre!

Ariel soltó una risita. —Es que papá no tiene móvil. No sabe cómo van.

—En la granja no lo necesito.

Se sentó ante él y preguntó ansiosa —¿Qué quería?

—Invitarte a cenar. Pero como ya estás cenando... —Se encogió de hombros como si nada. —Come.

—¿Y no te ha dicho nada más?

—Te veo algo ansiosa —dijo con desconfianza.

—¿Sabes quién es ese hombre? —Apretó los puños con ganas de matarle.

—No. Ni me interesa. ¡Lo que sí me interesa es que quiere invitarte a cenar!
¡Al parecer sí dejas que te inviten!

—Dame el teléfono. —Por encima de la mesa intentó cogérselo de la mano mientras Ariel reía. Cuando vio que el móvil caía dentro del vaso de cola, se quedó con la boca abierta.

—Vaya. ¿Ves Ariel? No hay que jugar mientras se come —dijo él con descaro.

—Ya lo veo, papá. Ocurren accidentes.

—Te voy a...

Jordan sonrió de oreja a oreja. —No sé de qué te preocupas. Seguro que mañana tu secretaria tendrá otro preparado. Mira, así te tomas un descanso. ¿Por qué no sigues cenando? No has comido nada y has adelgazado un poco desde que te vi la última vez.

Ariel asintió. —A papá le gustan macizas.

Se puso como un tomate sentándose de nuevo mientras Jordan miraba asombrado a su hija. —¿Quién te ha dicho eso?

—Mamá era más gordita. Lo he visto en las fotos de la abuela Molly.

—Entre tu padre y yo no hay nada, Ariel. —Padre e hija se miraron antes de echarse a reír. Se enderezó incrédula. —¡Hablo en serio!

Se rieron todavía más y exasperada cogió la hamburguesa. ¡Los Hersey eran imposibles!

Capítulo 6

Ariel hizo que al final se relajaran y contó anécdotas del colegio. A Hanna le llamó la atención que casi no había niñas en su clase. —¿Solo hay tres niñas más en tu clase?

—Algunos estudian a distancia.

—Allí no hay demasiada población y muchos jóvenes se van a las grandes ciudades —le explicó Jordan—. Yo no quise que estudiara en casa para que se relacionara con los demás.

—Sí, tienes razón. Es importante para su educación. Y ya no hablo de su formación académica. Por cierto, ¿eso cómo va? Igual te lo preguntan mañana.

—Se me atascan las matemáticas —dijo algo avergonzada—. En eso he salido a papá.

—Sí, ahora échame a mí la culpa.

—Pues a mí se me daban muy bien. —Le guiñó un ojo.

—¿Y qué se te daba mal? —preguntó Jordan con cachondeo.

—La química. La odiaba. ¿Y a ti? ¿Qué se te daba mal?

—Todo. Era un estudiante pésimo. Por eso me puse a trabajar con dieciséis. Mi madre se ponía de los nervios conmigo. Siempre me escapaba por la ventana en lugar de estudiar.

—Y luego me dice a mí que estudie mucho.

—¿Te arrepientes? —preguntó mirando sus ojos.

Jordan sonrió. —No.—Eso sí que la sorprendió y él se echó a reír. — Siempre he querido ser lo que soy y vivir como vivo. Puede ser duro a veces, pero no lo cambiaría por nada.

Vale, acababa de zanjar la mínima esperanza que tenía de que si en un futuro lo suyo iba bien, se mudaran a Nueva York. De verdad que solo pensaba tonterías.

Hanna forzó una sonrisa. —¿Nos vamos? Se está haciendo tarde.

Jordan asintió levantándose y se puso el abrigo. Ella se lo iba a poner cuando Jordan lo cogió para ayudarla. —Gracias —susurró mirándole sobre el hombro.

—¿Sabes Hanna? He empezado un nuevo libro.

La miró sorprendida. Ya estaba lista y con las bolsas en la mano. —¿De verdad? ¿Y de qué trata?

—Es de una conejita que pierde a su madre y de lo sola que se siente mientras la busca.

Miró sorprendida a Jordan que apretó los labios. No sabía qué responder y forzó una sonrisa. —Estoy deseando leerlo.

Los ojos de Ariel brillaron. —¿De verdad?

—Claro que sí. Pero es algo distinto al primero, ¿no? —Salieron del restaurante y caminaron por la acera mientras Ariel asentía. —¿No vas a seguir con la vida de Laura? Tu protagonista es muy interesante y puede haber una segunda parte. Como sus aventuras, ¿entiendes?

—No, porque Laura al final del libro se encontró con su madre —dijo como si fuera obvio y la historia se hubiera terminado.

Miró a Jordan de reojo que estaba de lo más tenso. —Cielo, no puedes cambiar el personaje y contar la misma historia.

Ariel se detuvo y parpadeó. —¿Cómo que no?

—No. Tienen que ser historias distintas. ¿A que tú no lees dos libros iguales? Como lectora no te gustaría que la historia se repitiera.

La niña pareció pensarlo y siguió caminando en silencio. —Una vez leí dos cuentos que se parecían mucho.

—¿Pero a que no eran iguales?

La niña negó con la cabeza mirando la acera como si le acabara de dar el disgusto de su vida. Hanna sonrió y la cogió del brazo para agacharse ante ella. —Vamos a ver. ¿Cuándo juegas con tus muñecas siempre haces lo mismo?

—No.

—Exacto. Haces historias distintas para ellas y son las mismas protagonistas, ¿verdad?

La niña asintió. —Pues esto es igual. Tienes un personaje estupendo y ahora va a vivir otra aventura.

—Hanna...

Miró sobre el hombro a Jordan. —Se lo estoy explicando. Y estoy hablando con mi autora. ¿Te importa no meterte?

Él puso los ojos en blanco mientras Ariel soltaba una risita. —Lo he

entendido.

—Bien, olvida al conejito. Estoy de conejitos hasta las orejas.

Jordan reprimió la risa.

—Nada de conejitos. Muy bien.

—Ni de ranas. Me ponen de los nervios.

Ariel se echó a reír. —¿Canguros?

La miró reprimiendo la risa porque su alegría era contagiosa. —Canguros...
Muy bien. ¿Sabes dibujar un canguro?

—Claro. —Abrió los ojos como platos. —¡Un canguro se hace amigo de Laura y la salva!

—Vas bien. —Se incorporó satisfecha y chasqueó la lengua. —Así se dirige a un autor.

—Tomo nota —dijo Jordan divertido.

Siguieron caminando y Jordan la cogió de la mano. Le miró asombrada e intentó soltarse, pero nada. Con lo grande que tenía la mano, era imposible escapar de su agarre. —¿Jordan? —Intentó soltarla de nuevo, pero él se hizo el loco.

Ariel siguió hablando de su nuevo libro pues se le ocurrían un montón de ideas y cuando llegaron al hotel ella se detuvo en el hall, pero Jordan tiró de ella hasta el ascensor y tuvo que seguirles a regañadientes. Le miró de reojo mientras la niña pulsaba el botón y siseó —Tengo que irme.

—¿No querrás irte sin saludar a mi familia? Te esperan impacientes.

Qué remedio le quedaba si ya estaba allí. La niña corrió por el pasillo hasta la habitación y gritó —¡Ya estamos en casa!

Hanna reprimió la risa mientras Jordan decía —Hija, no grites. Puedes molestar.

—¿A quién?

La puerta se abrió mostrando a Molly, que abrió los ojos como platos al verla cargada de bolsas. —¿Qué es todo eso?

—Me lo ha regalado mi editora —dijo dándose importancia—. ¡Ya verás, abuela! ¿Tengo una American girl?

—¿Que tiene qué? —Molly sonrió mirando a Hanna y la abrazó. —Me alegro de verte.

—Lo mismo digo. ¿Estáis cómodos?

—Oh, chica. Esto es de lujo. —La miró de arriba abajo. —¿Estás más flaca?

—Un poco.

—Jordan no estará muy contento.

Le miró asombrada y él se encogió de hombros como si no supiera de lo que hablaba. Entró en la suite que le había reservado la editorial y vio a Matilda sentada en el sofá mientras la niña le mostraba la muñeca. Jordan le quitó el abrigo evitando que pudiera salir corriendo y saludó a la mujer que parecía algo avergonzada. —Queríamos agradecerte todo esto. Nos están tratando muy bien. Jim es muy agradable.

—No es nada. Me alegro de que estéis cómodos. —Miró a su alrededor. —

¿Y Edward?

Matilda miró a su hijo preocupada. —Pues no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

Molly hizo un gesto sin darle importancia. —Al salir del teatro había tanta gente que nos separamos. Y ya no le encontramos después. Pensamos que nos encontraríamos aquí, pero... No está.

—¿Hace cuanto que salisteis del teatro? —preguntó Hanna perdiendo la sonrisa.

—Dos horas —respondió Matilda antes de sentarse de nuevo—. ¿No se habrá perdido?

—¿Sabía el nombre del hotel?

—Jim nos dio una tarjeta a cada uno y creo que la llevaba.

—¿Le pasa algo al abuelo?

—No, cielo. Enseguida llegará, eso es todo —dijo Molly advirtiendo a Matilda con la mirada.

Matilda se miró las manos intentando contenerse, pero era evidente que estaba a punto de llorar. —Mamá, estará bien. Voy a salir a buscarle.

—No, Jordan. Esto es Nueva York. ¿Sabes cuántas personas hay en la ciudad un día como hoy? No le encontrarías ni aunque estuvieras al lado. —Cogió su bolso y juró por lo bajo porque no tenía su móvil. Jordan hizo una mueca. —No pasa nada. Yo me he perdido mil veces y aquí estoy.

—¿De verdad? —preguntó Ariel como si fuera algo rarísimo.

—Hay calles que ni conozco. No pregunto si tiene móvil porque es una tontería, ¿verdad?

—Tiene uno que le dieron en el trabajo, pero lo dejó en casa. En Australia.

—Muy bien. —Miró su reloj de pulsera y vio que eran las diez. —Ariel a la cama. Tienes que seguir el horario.

—Pero quiero quedarme hasta que venga el abuelo. No le he enseñado mi muñeca.

—¿Quieres ir mañana a la estatua de la Libertad?

La niña corrió hacia la habitación con la muñeca en la mano y todos reprimieron la sonrisa. Ariel corrió de nuevo hacia el salón cogiendo todas las bolsas y sonrió diciendo —Me faltaba la cama y nuestros pijamas.

—Por supuesto —dijo como si fuera algo importantísimo.

Cuando la niña salió del salón, Jordan se acercó a ella para susurrar —
¿Debemos llamar a la policía?

—No nos harán ni caso hasta mañana por lo menos y creo que me quedo corta. —Ella se alejó de las mujeres aprovechando que Molly intentaba animar a Matilda. —Igual lo que sí deberíamos hacer es llamar a los hospitales, Jordan. Es raro que si llevaba la tarjeta del hotel no haya cogido un taxi hasta aquí.

Jordan apretó los labios antes de asentir.

—Quería subirse al metro —dijo Matilda.

Asombrada se volvió. —¿Al metro?

—Sí, lo comentó antes de entrar en el teatro —dijo Molly—. ¿No se le habrá

ocurrido subir sin saberse el nombre de las calles siquiera?

Jordan juró por lo bajo pasándose la mano por su cabello rubio. —¿El metro es muy grande?

—Jordan hay líneas que hasta salen de la isla. Es imposible encontrarle en el metro. Si ha hecho eso y se ha equivocado de línea, la única solución es que llame al hotel para decir que se ha perdido y que un chófer vaya a recogerle.

—Papá no llamará para reconocer que se ha perdido —dijo Matilda asustada.

—¿El orgullo de los Hersey?

Jordan gruñó sentándose en el sofá, apoyando los codos sobre las rodillas y mirando a su madre. —¿Estás segura de que no estaba cuando la gente del teatro se fue?

—No. Nos quedamos al lado del coche que Jim nos ofreció y esperamos más de veinte minutos. Allí no estaba. Además, el chófer dio una vuelta por la zona a ver si le encontrábamos.

El teléfono sonó sobresaltándoles y Jordan se levantó a toda prisa para cogerlo en la habitación principal. —¿Si? —Hanna se acercó a las puertas dobles que estaban abiertas con las demás detrás. —¿Pero está bien? —Miró a su madre. —Tiene un tobillo roto. —Matilda se echó a llorar. —Bien, vamos para allá. Gracias.

En cuanto colgó miró a Hanna. —Tenemos que ir al Presbyterian. Le han ingresado después de que le empujaron en las escaleras del metro en una de las salidas. Un chaval con un monopatín que bajó muy deprisa y ni le vio. Eso ha

dicho mi padre.

—Gracias a Dios —dijo Matilda pálida.

—Vaya... —Hanna, decepcionada sin poder evitarlo porque aquello era un trastorno para todos, forzó una sonrisa—. Lo siento.

—¡La culpa es suya por ir en el metro! —exclamó Jordan desahogándose—. ¡Suerte tiene de que no le hubiera pasado algo peor!

—Vamos a buscarle. Creo que ha aprendido la lección.

—Yo también voy —dijo Matilda.

—No, mamá. Quédate aquí. Le acaban de llevar y no sabemos cuándo le darán el alta. Te llamo desde el hospital.

—Sí, Matilda. Descansa. Ha sido un viaje largo y debes dormir lo que puedas.

Hanna se acercó al teléfono y levantó el auricular. —Buenas noches. Llamo desde... —Miró el teléfono. —La siete, uno, dos. Necesito un coche con chófer de inmediato. —Escuchó mirándoles. —Sí, cárguelo a la editorial.

—Oh, niña —dijo Matilda—. No deberías...

Le hizo un gesto sin darle importancia, escuchando lo que le decía la recepcionista. —No, creo que no me ha entendido. Soy Hanna Bennet —dijo al teléfono—. Lo quiero de inmediato. Es una emergencia y tengo que ir al Presbyterian. Si no hay un coche abajo en cuanto llegue al hall en cinco minutos no volveré a alojar aquí a ninguno de mis escritores. ¿Me ha entendido ahora? —Sonrió. —Sí, eso pensaba. —Colgó el teléfono y les guiñó el ojo. —Listo. Nos

esperará abajo.

—Debes ser muy importante —dijo Molly asombrada.

—Va, del montón.

—Claro que es importante. Tiene una editorial —dijo Matilda como si fuera obvio.

—Parte. Tengo parte de la editorial. —Miró a Jordan que parecía mosqueado. —¿No te has desahogado lo suficiente?

—¡No!

Hizo una mueca. —Aquí no tenemos campo para que sueltes cuatro gritos. Pero de paso de la que vamos a recoger a tu padre podemos parar en Central Park para que te desgañites a gusto.

—Muy graciosa.

Molly reprimió la risa y él la fulminó con la mirada antes de salir de la habitación.

—Sí, está claro que pararé en el parque. Ya me extrañaba a mí tal cambio de carácter.

—Es que quiere impresionarte —susurró Molly de la que la seguía.

Se detuvo en seco y susurró —¿Por qué?

—Tenías que verle cuando regresó a la granja el día que te fuiste. Estaba furioso y después no abrió la boca el resto del día. Cuando llamaste por primera vez a la niña y él no estaba en casa, se puso hecho una furia. Y cuando se dio cuenta de que llamabas cada dos jueves, allí estaba como un clavo para pasarle

el teléfono a Ariel. Y eso que casi no hablabais, pero allí estaba cada dos jueves.

Se sonrojó de gusto. —¿No me digas?

—¿Nos vamos? ¡Mi padre se ha roto el tobillo!

Puso los ojos en blanco al verle con el abrigo puesto abriendo la puerta de la suite. —Sí, está claro que el Jordan de siempre ha vuelto.

Molly reprimió una risita. Maliciosa cogió el abrigo. —¿Jordan?

Él entró en la habitación de nuevo y gruñó cogiendo el abrigo para ayudarla a ponérselo. —¿Quieres darte prisa, mujer?

Se volvió y cogió el bolso del sofá. —Lista. —Jordan la cogió de la mano tirando de ella fuera de la habitación. —Acostaros —dijo ella antes de que la sacara del todo.

Molly y Matilda sonrieron. —Esto va bien —dijeron a la vez antes de echarse a reír.

En el ascensor él la miró de reojo. —Ese abrigo no abriga. ¿Por qué no llevas un plumas?

Le miró con horror. —¡Porque no pega con mi vestido de firma!

—Mujeres.

—Qué sabrás tú de moda. ¡Y sí que abriga!

—Cuando cojas una gripe, te acordarás de mis palabras.

—Me he cuidado sola todo este tiempo, gracias.

—Aquí hace mucho frío. ¡En mi casa hace mejor tiempo!

—¿Y?

Gruñó mirando las puertas del ascensor y ella frunció el ceño. ¿A qué venía aquello?

—Y es mucho más seguro que esto —gruñó molesto—. Un hombre no puede salir de un hotel sin que se rompa un tobillo.

—Tenía entendido que Australia era uno de los países mas peligrosos del mundo. Hay arañas asesinas.

La miró incrédulo. —¿Quién te ha contado esa mentira?

Se encogió de hombros. —Pues... debí verlo en un documental.

—¡Mi país es muy seguro!

—Vale. —Él gruñó de nuevo antes de tirar de ella fuera del ascensor. —
¿Entonces no hay arañas asesinas?

—Yo nunca he visto ninguna.

—Claro, porque el que la ha visto la ha espichado.

El gerente del hotel se acercó a ellos con una sonrisa. —Su coche espera, señorita Bennet.

—Gracias. Es una emergencia.

—La entiendo perfectamente y por supuesto puede disponer del coche todo el tiempo que necesite al cargo del hotel.

—Es muy amable. ¿Puede encargarse de que suban a la suite algún detalle de chocolate para mi familia? Algo bonito que les quite el disgusto.

—Oh, es su familia. Por supuesto. Me encargaré yo mismo.

—Hanna...

—Sí, nos vamos. Gracias por todo.

Subió al cuatro por cuatro negro y Jordan subió detrás cerrando él mismo la puerta. —¿Tu familia?

—Es para que les atiendan mejor. —Puso el bolso a un lado antes de mirarle. —¿Entonces no hay arañas asesinas? Pero serpientes sí, ¿verdad?

Jordan la cogió por la nuca devorando su boca y Hanna gimió cuando su lengua se enlazó con la suya, cerrando los ojos sin poder evitarlo para disfrutar de lo que le hacía. Él metió la mano dentro de su abrigo y acunó su pecho por encima del vestido antes de que la mano bajara por la cintura hasta llegar a su trasero.

Alguien carraspeó y se apartaron a regañadientes. Él besó su labio inferior antes de suspirar apartándose. Hanna se colocó el cabello y vio que el chófer les miraba por el espejo retrovisor. Sería cotilla. Cotilla y aguafiestas.

—Pues sí. Serpientes sí hay —dijo él con voz ronca.

Se mordió su labio inferior hinchado por sus besos. —¿Qué estás haciendo, Jordan?

—¿No te ha quedado claro? Quiero pasar estos días contigo, nena.

—Pero...

Él cogió sus manos deteniéndola. —Siento lo que dije. No fue justo porque yo te deseaba tanto como tú a mí. Tenías razón. La fastidié y saliste corriendo.

Hanna miró sus ojos. —No tenemos futuro.

Le dio un vuelco al corazón cuando sus ojos azules le mostraron todo lo que

la deseaba. —Me da igual. Solo quiero estar contigo, cielo. Aunque sean solo cinco días. Llevo meses deseando verte.

Los ojos de Hanna se llenaron de lágrimas. —¿De verdad?

—¿Has pensado en mí? Si has pensado en mí solo una vez en estos meses, no como el padre de Ariel sino como la persona que estuvo contigo, no me voy a rendir. —Una lágrima mojó su mejilla y él se acercó para besársela con delicadeza. Hanna cerró los ojos y sus labios subieron hasta sus párpados besándolos con ternura. —Dime que sí, nena. Dime que has pensado en mí.

—Cada día.

La abrazó a él y Hanna enterró la cara en su cuello disfrutando de su olor. —No te arrepentirás, te lo juro. —La besó en el lóbulo de la oreja. —Espero que mi padre ya esté listo porque sino la espera se me va a hacer eterna.

Hanna se echó a reír sin poder evitarlo y se apartó para mirarle a la cara. —Mañana tengo que trabajar.

—Lo sé. Pero las noches serán nuestras. Tú y yo solos, preciosa.

—Lo estoy deseando.

Capítulo 7

Diez minutos después llegaron al hospital y Jordan preguntó por su padre en la recepción de urgencias. Tuvieron que esperar cuatro horas hasta que salió un médico a hablar con ellos. Jordan se levantó cuando vio que se acercaba a él.

—¿Familia de Henry Hersey?

—Sí, somos nosotros.

—Tiene un tobillo roto y un golpe en la cabeza.

—¿Un golpe en la cabeza? —Jordan se tensó cogiendo su mano.

—Sí, pero no es nada. Como perdió la consciencia, le hemos hecho un escáner y todo está correcto. Ahora mismo está consciente. Si quieren pasar a verle...

—Disculpe doctor... —Hanna miró su chapita. —Simmons. ¿Me está diciendo que se queda ingresado?

—Al menos hasta mañana. ¿No se lo había dicho? —Ambos negaron con la cabeza. —Perdonen, pero llevo catorce horas trabajando y estoy agotado. Se quedará esta noche en observación. Para asegurarnos de que todo está bien. —Miró la tablilla que tenía en la mano. —Ah, sí. ¿Pueden pasar por administración? Al parecer el señor Hersey no es de este país y necesitan unos datos.

—Sí, por supuesto —contestó ella porque Jordan se había quedado mudo. Le

daba que su noche romántica había terminado antes de empezar. El doctor se alejó y ella le cogió por el brazo—. No te preocupes.

—¿Qué no me preocupe? Llevo meses esperando este momento y ahora se ha arruinado porque mi padre ha querido subir solo en el metro. —Se pasó una mano por su pelo rubio. —Vamos a rellenar esos papeles y después vete a casa. Tienes que descansar.

—Tú también estarás agotado después del viaje.

Él sonrió antes de besarla en los labios. —Estoy bien, vamos.

Cuando les preguntaron qué seguro médico tenían, ahí vino el problema, porque al no ser americanos no tenían una póliza que les cubriera. Vio como Jordan empezaba a ponerse cada vez más nervioso y ella decidió tomar cartas en el asunto abriendo su bolso.

—Ni se te ocurra —siseó él al ver que sacaba la cartera.

—La editorial os ha invitado y es lógico que cargue con la cuenta. Ha sido un accidente. —Sacó la tarjeta de crédito de la empresa y se la tendió a la chica que sonrió.

—¡Ha sido responsabilidad suya!

Ella le guiñó un ojo. —Shusss, pero eso no tienen por qué saberlo. —Gruñó molesto y le cogió por la cintura. —Vamos, no te enfades. Es solo dinero.

—Nena...

—¿Mañana me invitarás a cenar en un sitio romántico?

Él sonrió. —Claro que sí.

—Conozco un italiano donde hacen unos espaguetis para chuparse los dedos.

Notó como se tensaba. —Puedo llevarte a un sitio más caro, ¿sabes?

—¡No empieces, Jordan! ¡Hablo en serio!

Se separó cogiendo la tarjeta de crédito y la metió en la cartera. La cogió por la cintura pegándola a él. —Lo siento, preciosa. ¿Me perdonas? Iremos a ese italiano. Iremos a donde tú quieras.

Sonrió agotada y él le dio un suave beso en los labios. —Vete a casa. Te llamo mañana.

—¿De verdad? ¿No vas a llamar a tu madre?

—La llamaré ahora.

—¿Tienes la tarjeta del hotel?

Jordan sonrió. —Sí, tengo la tarjeta del hotel.

—Llamaré a Jim para que esté pendiente de vosotros.

—Vete. Vas a dormir poquísimo.

Se apartó a regañadientes y de la que se alejaba le miró sobre su hombro. Jordan sonrió y le dio una rabia horrible dejarle allí, pero si no se iba a dormir, por la mañana no daría una y era un día clave para Ariel. Esperaba que al día siguiente tuvieran más suerte y pudieran pasar algo de tiempo juntos.

Hanna se pasó toda la mañana atareada y Sally no paraba de contestar el teléfono. —¿Qué ocurre? ¿Se acaba el mundo? —preguntó cuando al fin pudo tomarse un café.

—Es por Ariel. Los medios están como locos.

Sorprendida dejó la taza en alto. —¿De veras?

—Se ha filtrado a la prensa que es una niña y todos quieren asistir a la presentación.

Dejó la taza sobre el escritorio. —Espero que no la abrumen.

—Y no solo eso. Varios periodistas importantes han pedido una entrevista para sus canales. Les he dicho que solo iba a hacer dos entrevistas y que ya estaban concertadas. Al menos de momento, que ya les llamaría si la promoción se alargaba.

Hizo una mueca. Tampoco debía llevarse mal con los medios. Pero habían llegado a un acuerdo y no podía cambiarlo. Jordan pondría el grito en el cielo.

—¿Ya está todo listo para esta tarde?

—Listo. Presentación en el Plaza a las cuatro. Jim ha llamado. A Henry ya le han dado el alta y está en el hotel.

—¿La niña ha ido a ver la Estatua de la libertad?

—No. Se ha quedado en el hotel para cuidar a su abuelo. —Sally sonrió. —
¿A que es para comérsela?

Miró el reloj. —Me voy a verles. Comeré en el hotel.

—No vas a volver.

—Y mañana me tomo el día libre excepto para la entrevista en la radio. No volveré hasta el lunes.

—De acuerdo.

—Por cierto... —Cogió el cheque que tenía preparado y lo arrastró sobre el cristal de la mesa.

Su secretaria lo cogió frunciendo el ceño y abrió los ojos como platos. —
¿Diez mil para mí?

—Por el manuscrito. Te doy la prima que le doy a los editores al conseguir un best seller. Acabo de ver las cifras de ventas y has conseguido eso solo en un día. Enhorabuena.

Sally chilló de la alegría llevándose el cheque al pecho. —Gracias, eres la mejor. Pues hay un autopublicado en internet...

Hanna levantó una ceja. Sally le suplicó con la mirada. —Es bueno, te lo juro. Pero casi no le conoce nadie.

—Tráeme algo suyo y le echaré un vistazo.

—¡Genial!

—Aunque no te prometo nada. Hemos cubierto el cupo para el año que viene. Tiene que ser buenísimo para que me salte el presupuesto.

—Hecho. —Sonrió de tal manera que Hanna frunció el ceño por la ilusión que le hacía. Levantó una ceja interrogante. —Es mi marido.

Eso sí que la dejó de piedra. —¿Tu marido es escritor y nunca me has dicho nada?

—Es que no quiere. Le da vergüenza. —Ella se sonrojó. —Y a mí. No quería que pensaras que me estaba aprovechando de mi puesto.

Se levantó poniéndose el abrigo. —¿Si le hago famoso, me abandonarás?

—Nunca.

Se echó a reír saliendo del despacho. —Te veo el lunes.

El chófer la dejó ante el Plaza y se bajó en cuanto el portero le abrió la puerta. —Puedes irte. No te necesitaré hasta el lunes.

—Que pase buen fin de semana, señorita Bennet.

—Lo mismo digo, John.

Salió del coche y el gerente del hotel la vio desde detrás del mostrador. Casi dejó a un cliente con la palabra en la boca para acercarse a ella a toda prisa. —Señorita Bennet, que placer verla.

—Está todo listo para la presentación, ¿verdad?

—De eso quería hablarle. Me ha extrañado mucho que hayan abandonado las habitaciones cuando tenían que hacer la presentación esta tarde.

Su corazón dio un vuelco en su pecho deteniéndose en seco. —¿Perdón? ¿Estamos hablando de los Hersey?

—Sí, sí. Los Hersey. Los australianos que venían a la presentación del libro infantil. Los que son de su familia.

—No diga tonterías, hombre. ¿Cómo se iban a ir? —Fue hasta el ascensor sintiendo que empezaba a sudar del susto y se enfadó porque ese hombre la hubiera preocupado sin razón. El gerente la siguió. —Tienen que estar ahí. ¿A dónde iban a ir?

—Le aseguro que se han ido.

—¿Tiene la llave de la habitación?

—Por supuesto. Tengo una llave maestra. Esto no será por lo del coche, ¿verdad? Lo tenían en la puerta cuando lo solicitaron...

—¡No se han ido! —gritó de los nervios.

—Salieron con las maletas después de que su asistente les dejara en el hotel. Se lo aseguro. Empiezo a entender el problema y le aseguro que es así.

Vio en sus ojos castaños que no tenía dudas de lo que decía. —Dios mío —susurró palideciendo. Salió a toda prisa del ascensor y el gerente corrió hasta llegar a la suite, abriendo a toda prisa con la llave de plástico. Todavía no habían limpiado las estancias y corrió hasta la habitación principal para abrir el armario. Estaba vacío. Abrió los cajones desesperada y vio que se habían dejado algo de ropa interior. Como si hubieran hecho la maleta a toda prisa. Corrió hasta la habitación que sabía que era de la niña y al abrir el armario vio la muñeca con todas las cosas que había comprado para ella.

Con el corazón a mil miró al gerente con los ojos como platos. —¿Sobre qué hora se fueron?

—Las diez de la mañana más o menos —dijo el gerente preocupado—. Si se han ido, yo le recomendaría ir al aeropuerto. No debe haber tantos vuelos a Australia a estas horas.

Hanna corrió hasta la salida y él corrió tras ella. —Necesito un coche.

—Sí, por supuesto. ¿Pero a qué aeropuerto va a ir?

—Al JFK. Es donde aterrizaron. No deben ni saber que hay más.

El gerente sacó el móvil y habló desde el ascensor. Entonces ella sacó su móvil reaccionando y llamó a Sally.

—Jefa, ¿no ibas a tomarte el día libre? ¿Ya se te ha pasado?

—Se han ido del hotel. Intenta averiguar si tienen billetes en algún vuelo. —
Se pasó la mano por la frente muy nerviosa.

—¿Los Hersey? —preguntó incrédula.

—¡Tengo que localizarlos antes de la presentación, Sally! ¡Date prisa! —
Colgó el teléfono y sin despedirse siquiera salió del ascensor para correr por el hall hasta la puerta. Afortunadamente el coche ya estaba allí y el mismo gerente le abrió la puerta. —Gracias.

—Espero que dé con ellos.

—Que todo esté listo para la presentación. Los encontraré.

Él asintió cerrando la puerta. Angustiada se apretó las manos. ¿Qué rayos había pasado para que decidieran irse así? ¿Habría pasado algo en la granja? No, se hubiera ido Jordan solo, pero no le haría eso a Ariel justo antes de la presentación. Además, tenían un contrato firmado. ¿Cómo iban a irse? Igual se habían ido a un hotel más barato por todos los gastos que le habían ocasionado y con su orgullo... Le sonó su móvil y lo cogió de inmediato viendo que era Jim.

—¿Cómo que se han ido?

—Acabo de salir del hotel. Voy al aeropuerto a ver si todavía no han conseguido vuelo.

—¡Si les dejé ahí después de que le dieran el alta a Henry! —dijo su

ayudante furioso.

—¿Crees que se han ido a otro hotel?

—¿Y por qué iban a hacer eso y más sin avisar? ¿Vas hacia el aeropuerto? Voy de camino. Nos veremos allí. Tengo un amigo que trabaja en el JFK. Voy a llamarle.

—¡Jim, tenemos la presentación en unas horas! —gritó furiosa sin poder evitarlo—. ¡Vamos a quedar en ridículo como no les encontremos!

—No te voy a fallar, jefa. Te lo aseguro —dijo antes de colgar.

Ella bajó el móvil sujetándolo con ambas manos y se lo quedó mirando sin poder comprenderlo. La noche anterior le había dicho claramente que quería pasar esos días con ella y ahora le hacía eso. No tenía sentido. Se sintió traicionada y humillada después de todo lo que había hecho por ellos y no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Durante el trayecto al aeropuerto le dio mil vueltas a lo que había ocurrido la noche anterior y parecía que todo iba bien. Algo tenía que haber pasado esa mañana y que la niña se hubiera puesto nerviosa por la presentación, era lo único que le parecía plausible. Impaciente casi saltó del coche cuando llegaron al aeropuerto y sorprendida vio a Jim en la puerta. —¿Les has encontrado?

—Mi amigo trabaja para una compañía aérea y ha revisado todos los vuelos. No han comprado billete.

Ella suspiró del alivio. —Entonces no están aquí.

—O todavía no lo han comprado porque no deben ni imaginarse lo que

cuestan los vuelos.

Eso era muy lógico. Comprar un billete en el último momento podía salir a dos mil dólares por cabeza. Se mordió el labio inferior pensando en ello. —Vamos a dar una vuelta a ver si les encontramos. Si todavía no han facturado...

Jim no perdió el tiempo entrando en la terminal y ella le siguió a toda prisa. El aeropuerto estaba abarrotado porque ese fin de semana era Acción de Gracias. Él fue hacia la derecha y Hanna hacia la izquierda. Estuvo una hora dando vueltas y estaba a punto de darse por vencida cuando vio a un hombre rubio muy alto en una cola de una compañía aérea. Se detuvo en seco y la furia la recorrió de arriba abajo al ver a Jordan hablando con Molly. Parecía preocupado y la abuela de su hija le acarició el brazo como si intentara darle ánimos.

Poniendo su cara más profesional, intentó recomponerse y enderezó la espalda caminando hacia ellos. Jordan la vio llegar y se tensó haciendo que Molly se diera la vuelta de golpe.

—¿No sabéis que tenéis vuelo para el domingo? —Se puso el bolso en el antebrazo sonriendo fríamente. —No tenías que molestarte, Jordan. Pagamos nosotros.

—Hanna...

Miró a su alrededor. —¿Dónde está mi autora? Tiene una presentación dentro de dos horas.

Jordan salió de la fila e intentó cogerla por el brazo para apartarla, pero ella se zafó mirándolo como si quisiera matarle. —No me toques.

—No lo entiendes. Creíamos que era lo mejor.

—¿Lo mejor? Lo mejor es que Ariel se presente en dos horas en el Plaza. ¡De otra manera os voy a meter una demanda que os vais a cagar! —Molly palideció y Jordan la cogió del brazo ignorando lo que había dicho y casi arrastrándola a una zona más despejada. —¿Estás sordo? ¡No me toques!

—Hanna, tranquilízate —dijo Molly angustiada—. Ha sido una travesura y...

—¿Una travesura? —preguntó incrédula—. ¿Hablas de esta huida sin una llamada siquiera? Eres un poco mayor para hacer travesuras, ¿no crees?

—No habla de esto —dijo Jordan sin color en la cara. Ella le miró sin comprender—. Ariel sabía que podíamos perder la casa e intentó conseguir el dinero por su cuenta. Había un libro en la biblioteca móvil y...

—Ha plagiado el libro, Hanna —dijo Molly muerta de miedo.

Hanna palideció mirándolos atónita y dio un paso atrás. —Me estáis mintiendo.

—Por eso eligió una editorial de los Estados Unidos. Porque la autora es australiana y pensaba que no ocurriría nada al publicarse en otro país. Copió los dibujos y el texto. ¡Hasta la niña se llama igual!

El miedo la recorrió de arriba abajo mirándoles atónita. —¿Os lo ha dicho ella? ¡Quiero hablar con Ariel! —gritó perdiendo los nervios.

Jordan se tensó. —Nena...

Le dio un tortazo que le volvió la cara y le señaló con el dedo. —¡Quiero

hablar con ella! ¡Ahora! ¡Porque si lo que me dices es cierto, no va a haber ovejas para que me pagues en toda la maldita Australia! ¡Me voy a quedar hasta con esa mierda de perros que tienes, eso te lo juro!

Jordan se tensó. —Creíamos que era lo mejor.

—No sabía que aparte de un mentiroso también eras un maldito cobarde — siseó con rabia.

—Lo siento. —La voz llorosa de Ariel hizo que se diera la vuelta de golpe para verla allí con sus ojos azules llenos de lágrimas. Sus abuelos estaban detrás como si quisieran protegerla.

—¿Lo sientes? —Forzó una sonrisa. —¿Has copiado el libro?

La niña asintió y una lágrima corrió por su mejilla. —Creía que no pasaría nada.

Creía que no pasaría nada. —¿Sabes lo que es robar, bonita? ¡Porque es lo que has hecho tú! ¡Y no solo has robado a la autora! ¡Has robado a mi editorial que se ha gastado cinco millones de dólares en impresión y en promoción! — Los abuelos se miraron angustiados. —¡Has robado mi tiempo y mis ilusiones por encontrar una buena autora cuando podía haber ayudado a otra persona que sí mereciera todo ese esfuerzo! ¡Me acabas de dejar en ridículo ante toda la profesión! —Dio un paso hacia ella amenazante y Henry puso las manos en los hombros de la niña. Hanna le miró con desprecio. —¿Crees que le voy a pegar? —Se echó a reír sin ganas. —¡Esto es el colmo cuando me lo habéis quitado todo!

Jim se acercó corriendo y sonrió con alivio al verles. —Gracias a Dios. Llegaremos a tiempo.

—Cancela la presentación. Daré una rueda de prensa en cuatro horas. —Les dio la espalda alejándose.

—¿Qué?

Jordan la cogió por el brazo. —Nena, solo quería ayudarme. Cuando llegué del hospital estaba llorando porque sabía que no podía copiar otro libro. Solo lo hicimos para protegerla y...

—Te juro que como vuelvas a acercarte a mí, te denuncio a la policía. — Apartó el brazo como si le diera asco. —¡No quiero ver a ningún Hersey a menos de cien kilómetros de Nueva York! ¿Me has entendido? Y prepárate para volver a la mina, porque te juro que la demanda llegará en breve.

Jordan apretó los labios viendo cómo se alejaba y se llevó las manos a la cabeza perdiéndola de vista. El llanto de su hija hizo que se volviera y Ariel la miró arrepentida. —Lo siento papá.

Él se acercó cogiéndola en brazos y abrazándola mientras que Molly les miraba angustiada. —Ha sido un error irnos sin hablar con ella. No teníamos que habernos dejado dominar por el pánico.

—Ahora ya no se puede hacer nada. Tenemos que volver a casa. Ponte en la cola, por favor.

Vio que parecía desesperado por salir de allí mientras abrazaba a su hija y asintió colocándose al final de la cola de nuevo. Tenía la sensación de que

acababan de destrozar sus vidas.

Hanna se limpió las lágrimas dejando la caja en el hall de su casa. Su hermano entró tras ella dejando la que tenía en las manos y se acercó para abrazarla. —Saldremos adelante. —La besó en la sien.

—Lo siento.

—Por favor, no vuelvas a disculparte. Hiciste lo que creías mejor para los dos. No ha sido culpa tuya que te engañaran.

—¿Qué vamos a hacer ahora? He perdido la herencia de nuestros padres. — Se apartó avergonzada.

—Los abogados se encargarán de ello.

—¡No vamos a recuperar nada, Arthur! —Desesperada se sentó en el sofá apartándose el cabello de la cara mirando a su alrededor. —Dios mío. No podremos hacer frente a los gastos de la casa.

Su hermano que había vuelto a casa en cuanto le había llamado, se sentó sobre la mesa de centro y le cogió las manos sonriendo con ternura. —No lo hemos perdido todo. Todavía tenemos el treinta por ciento de las acciones después de darle a la editorial el dinero de nuestro fideicomiso. Y tenemos esta casa. No has sido responsable de nada. Han sido injustos contigo después de que nuestra familia levantara la editorial. Que amenazaran con demandarte si no devolvías el dinero de la promoción, ha sido un golpe bajo. Les has hecho ganar mucho dinero.

Su hermana se echó a llorar de nuevo sin poder creerse lo que esa niña le había hecho a su vida. Había perdido la dirección de la editorial y todo su dinero. La habían echado a patadas y era el hazmerreír de la profesión. Hasta Mackenzie que la estaba tanteando para que trabajara para él, había dejado de llamarla.

Sally entró en ese momento llevando la última caja y apretó los labios al ver que estaba destrozada. Dejó la caja con las demás y apretó los labios mirando los ojos azules de Arthur que parecía impotente.

—¡Deja de llorar, jefa! —dijo Sally molesta—. No vas a solucionar nada.

El teléfono de Hanna empezó a sonar y como ella no se movía para cogerlo, Arthur suspiró metiendo las manos en los bolsillos de su abrigo para sacarlo. Chasqueó la lengua descolgando. —Es Peter.

Al hablar del abogado australiano, levantó la vista de golpe para ver como Arthur contestaba la llamada. —Dime Peter. Hanna ahora no puede ponerse. — Su hermano se levantó paseando de un lado a otro mientras escuchaba frunciendo el ceño. Hanna miró a Sally que se sentó a su lado pendiente de él. Ambas sentadas en el sofá vieron cómo se tensaba. —¿Es una broma? —gritó al teléfono—. ¿Qué voy a hacer con un bar en una localidad donde hay cuatro gatos? ¿Una granja? ¡Para que quiero una granja! ¡Qué lo vendan todo y que nos den nuestro dinero!

Hanna intentando no llorar, se apretó las manos imaginándose lo que ocurría. Querían compensarlos con esas propiedades. Arthur se detuvo en seco mirándola. —¿En cuánto? ¿Más de dos millones?

Sally sonrió cogiendo su mano. —Esto tiene buena pinta.

—Te llamo en unos minutos. —Sin esperar respuesta Arthur se acercó a ella. —Quieren darnos la granja, el bar y la casa que tienen en el pueblo. Ese es el acuerdo, con la condición de que se les permita vivir en la granja seis meses hasta que encuentren otra cosa y que le des trabajo a Jordan hasta que vendas la granja.

—¿Qué le de trabajo encima? —preguntó Sally asombrada—. ¡Esto es la leche!

—Peter me ha dicho que es un buen trato porque casi cubriríamos la mitad de las pérdidas. Tardaremos en vender y necesitaremos a alguien que lleve los negocios mientras tanto. Si les llevamos a los tribunales, pueden pasar años y ellos no tienen nada más a su nombre. Lo ha comprobado.

—¿Me estás diciendo que esas propiedades valen dos millones y medio de dólares? —preguntó Hanna asombrada.

—Al parecer los terrenos donde está ubicada la granja se han disparado de precio en los últimos años. Cuando Jordan las compró no valían nada, pero ahora sí. Algo de una mina cercana o yo que sé. No se ha explicado mucho.

—Lo aceptaréis, ¿no? No les sacaréis más.

—Dios mío, lo han perdido todo —dijo abrumada por la situación—. Para Jordan la granja lo es todo.

—Tendrá que pagar alguien los actos de su hija. Él es el responsable —dijo Arthur molesto—. No deberías sentir pena por ellos. ¡A mí me dan pena los dos

millones y medio que no recuperaremos!

Hanna se quedó callada mirándose las manos. Era increíble que la decisión de una niña cambiara la vida de tantas personas. Y ahora ellos también lo habían perdido todo.

Miró a su hermano que esperaba su respuesta. —¿Y dónde vivirán?

—Hanna, eso no es asunto tuyo —dijo Sally sorprendida—. No debes sentir pena por ellos. ¡Se largaban de la ciudad sin decirte nada! Si hubieran conseguido vuelo...

—Eso daba igual —dijo Arthur preocupado—. Hubieran tenido que dar la cara ante los tribunales igualmente.

—Lo hicieron para que la niña no se enfrentara a la vergüenza de tener que darme explicaciones. Solo pensaron en eso. —Los hermanos se miraron a los ojos. —Al parecer perdemos todos en esto.

—Tendremos que asumirlo. Ellos por no controlar a la niña y nosotros porque...

—Yo me fie de ella. Quédate tú con su parte. Que lo pongan a tu nombre. Es lo menos que puedo hacer.

—Somos una familia y asumiremos los dos las consecuencias. Ni se te ocurra pensar otra cosa.

Hanna se emocionó mirando a su hermano. Había madurado muchísimo en el último año y desde que se había enterado de lo que había ocurrido, la había apoyado al cien por cien acompañándola a todas las reuniones que había tenido

con los accionistas, que reclamaban su dinero con ferocidad. Cuando les habían amenazado con el escarnio público, él la había apoyado en todo y aportó sus ahorros. Ella era la responsable y sabía que perderían ante los tribunales. Lo supo en el mismo momento en el que Jordan le había contado lo que había ocurrido. A un empleado normal le despedirían, pero ella tenía patrimonio para hacer frente a los gastos y se tirarían sobre ella como buitres. Tuvieron que malvender algunas acciones para completar el pago y en cuanto perdió la mayoría, la echaron a patadas. Pero Arthur seguía ahí y se emocionó sin poder evitarlo, llenando sus ojos violetas de lágrimas.

—Como vuelvas a decir que lo sientes, te tiro del pelo como cuando era pequeño —dijo dulcemente sentándose de nuevo ante ella y cogiéndole las manos—. Ya verás. No será para tanto. Venderemos esas propiedades y seguiremos con nuestras vidas. Papá estaría orgulloso de ti. Has mantenido la cabeza muy alta.

—¿Tú crees? —Una lágrima rodó por su mejilla.

—Vamos. No quiero verte llorar más.

—Claro que no —dijo Sally resuelta—. Además, necesito que vuelvas para publicar a mi marido.

Ambos hermanos la miraron como si le hubieran salido dos cabezas. —¡Vas a volver! ¡No he tenido una jefa como tú jamás en la vida y quiero que vuelvas para darles a todos una lección! ¡Esto no puede quedarse así por un fallo, cuando has dado la vida por esa empresa!

—De momento vamos a hacer las maletas. Nos vamos a Australia —dijo su hermano con ese tono irónico que siempre la hacía sonreír—. Vamos a reclamar lo que es nuestro.

Miró su pelo negro que tenía más largo de lo habitual y sus ojos azules. Él era un aventurero y por lo que reflejaban sus ojos, se moría por ir a ver lo que ahora era suyo. —Te vas a quedar con la boca abierta —le advirtió ella—. No te lo esperas, te lo juro.

—Estoy acostumbrado a ver de todo.

Sonrió sin darse cuenta. —Ya me lo dirás.

Capítulo 8

Su hermano se quedó con la boca abierta mirando a través de la luna delantera del coche el bar que se suponía que ahora era suyo. Como era de día tenía mucho peor aspecto. La madera estaba casi sin pintura azul y el cartel luminoso parecía a punto de caerse como alguien diera un soplido. La puerta de metal que daba acceso al bar estaba abollada por varios sitios y el aparcamiento de gravilla estaba sin ella en varias zonas. Debía haber llovido porque había bastantes charcos por el aparcamiento, que en ese momento solo tenía dos camiones. Pero era lógico. Eran las diez de la mañana.

Arthur forzó una sonrisa. —Tampoco está tan mal.

—Pues si ves las habitaciones. —Soltó una risita. —Te vas a morir.

Él miró a su alrededor. —Pero por aquí no hay nada.

—Tiene acceso a la carretera principal y vienen camioneros. Aparte de los lugareños, claro.

Su hermano volvió a mirar al local. —Voy a matar a Peter. ¡Ahora entiendo por qué no ha venido hasta aquí!

Sin poder evitarlo se echó a reír y su hermano la miró indignado. —No tiene gracia.

—Bienvenido a esta parte del mundo. —Se bajó del coche y juró por lo bajo cuando su pie se hundió en un charco hasta el tobillo. Menos mal que se había

puesto botas hasta la rodilla sobre los vaqueros. Movi6 la pierna de un lado a otro y se volvi6 hacia su hermano. —Vamos all6.

—Si quieres, qu6date en el coche. Bastante has pasado ya.

—Ni hablar. Voy contigo. —Con la cabeza bien alta fue hasta la puerta evitando otro charco y cogi6 el asa para tirar de ella. Arthur la seguía entrando en el local y Hanna le mir6 de reajo para ver que ponía los ojos en blanco al ver la decoraci6n.

—¿Por qu6 casi no hay luz?

—Ni idea.

Vieron una cabeza en la parte de la cocina y Hanna se tens6 al ver un moño. —Es Molly. La abuela de la niña por parte de madre —susurr6.

Arthur asinti6 adelant6ndose y yendo hacia la barra. —¿Hola?

—¡Enseguida voy! —grit6 desde dentro.

Se sentaron en los taburetes mientras Arthur le echaba un repaso al local como si fuera un inspector de sanidad. —Madre mía —susurr6 al ver las matrículas grapadas a la pared.

—Es pintoresco.

—Y tanto.

—¿Vienen a entregar las lla...? —Molly sali6 de la cocina y se detuvo en seco al verla. Forz6 una sonrisa. —Hanna, qu6 sorpresa

—Pues no s6 por qu6 te sorprendes, ya que ahora esto es mío —dijo tan fríamente como pudo—. O mejor dicho nuestro. Él es mi hermano Arthur.

Molly se acercó nerviosa y le tendió la mano a su hermano. —Encantada.

—Pues yo no estoy tan encantado, se lo aseguro.

—Sí, ya me enteré de que la editorial os reclamaron a vosotros los gastos y...

—¿Y? —preguntó ella irónica—. ¿Te has enterado de que me han echado?

—Lo siento muchísimo —dijo arrepentida.

—¿Dónde estás viviendo? —preguntó ella empezando a enfadarse.

—Aquí. Hasta que el abogado no me dijera algo, me he seguido ocupando del local y... Habíamos quedado en eso, ¿no es cierto?

Arthur asintió. —Es cierto. El local como todo lo demás está a la venta. Y no tenemos problema en que sigas viviendo aquí hasta que la venta se haga efectiva. Al menos de momento.

Molly sonrió aliviada. —Gracias.

—Por supuesto se te descontará del sueldo —dijo Arthur mirando a su alrededor—. Hanna, si queremos vender esto, tendremos que darle una nueva cara.

—No creo que... —Molly se sonrojó cuando los hermanos la miraron. —Sí, claro que sí. Un lavado de cara es lo que necesita. ¿Habéis pasado por el rancho?

—Todavía no —dijo Arthur con desconfianza—. ¿Por qué?

—No, por nada. —Incómoda preguntó —¿Queréis comer algo? ¿Habéis desayunado?

Negaron con la cabeza y ella sonrió aliviada. —Os preparo algo enseguida.

—¿Cómo está Ariel? —preguntó sin poder evitarlo.

Molly suspiró. —Disgustada con todo lo que ha ocurrido. Te aseguro que ha aprendido la lección.

—Estaría bueno que no la hubiera aprendido —dijo Arthur molesto—. ¡Por su culpa hemos perdido dos millones y medio de dólares!

Molly palideció. —Eso no lo sabía. Lo siento.

Hanna se dio cuenta de que ella era tan víctima como ellos y la observó huir hasta la cocina. —¡Joder! Encima me siento culpable —dijo Arthur entre dientes—. Es el colmo.

—Esto no es buena idea. Solo va a haber reproches. Deberíamos contratar a alguien para que vendiera esto y olvidarnos del asunto.

—Voy a hacer un estudio de mercado de todas las propiedades. Si quieres puedes volver a Nueva York. Yo me encargo.

—No te voy a dejar aquí solo.

—Cielo, no me va a pasar nada.

—Encima de que es culpa mía, no pienso desentenderme de todo. Era lo que faltaba. No pienso irme sin ti. —Miró hacia la cocina donde era obvio que Molly lo estaba escuchando todo mientras ponía beicon en la plancha.

—Es hora de que te tomes unas vacaciones. Han sido dos meses muy estresantes para ti.

—Claro que sí —dijo Molly saliendo con dos platos llenos hasta arriba con una sonrisa de oreja a oreja—. En el rancho puedes descansar. Pareces agotada.

—Está preciosa —dijo Arthur tensándose—. Como siempre.

—Oh, claro que sí, pero es obvio que necesita un descanso —dijo sin bajarse de la burra.

Sin poder evitarlo se echó a reír. —Molly es así, Arthur. Dice las cosas a bocajarro sin ningún pudor.

—La vida es muy corta para andarse con rodeos. —Les sirvió un café. — Todos tenemos que asumir lo que ha ocurrido.

—Siento que tú lo hayas perdido todo con esto.

Molly se encogió de hombros. —Por mi Jordan y mi Ariel lo que haga falta.

—Ha tenido que ser duro para ellos.

—Mucho, pero ya lo han asumido.

Se encogió de hombros como si nada dándose la vuelta para dejar la jarra de café en el soporte y Arthur la miró asombrado. —¿No estás furiosa con lo que ha ocurrido?

—Bueno, mi niña hizo muy mal y somos responsables. Todos, porque teníamos que habernos dado cuenta de que Ariel mentía. —Se echó a reír. —Sé que no tiene gracia, pero pinta fatal. Cuando vi el libro debería haberme dado cuenta, pero me alegraba tanto de que les fuera bien, que no se me pasó ni por la cabeza.

—¿Por aquí se sabe lo que ha ocurrido?

Molly apretó los labios. —Todavía no. —Se retorció las manos preocupada. —Aunque Jordan tuvo que ir al colegio a recoger los libros que había donado.

—¿Los que le había enviado para que regalara?

—Los había donado al colegio y tuvo que ir a recogerlos porque obviamente no podían andar por ahí.

—Menos mal que la autora no se ha enterado de lo ocurrido. Nos podían haber demandado a todos. —Miró el desayuno sin ningún apetito, pero como los dos la observaban cogió el tenedor con desgana.

—Los libros de Nueva York...

—Ya han sido quemados, como la publicidad. Fue lo primero que ordené en cuanto llegué al despacho aquel día. —Apretó los labios. —Menos mal que la portada había sido cambiada para mantener el misterio de la autora, que si no...

—Eso ya está solucionado y debemos olvidarlo. Supiste cerrar el asunto sin que se enterara nada más que el consejo, algunos de la editorial de confianza y nosotros. —Su hermano le acarició la cabeza con ternura. —Y la idea de decirle a la prensa que un familiar de la niña se había puesto gravemente enfermo y que posponíais la presentación, dio resultado. Ya no se acordarán de ella con las noticias que hay en la ciudad. Come un poco.

Miró a su hermano divertida. —He hecho el ridículo ante toda la profesión. Seguro que la competencia se partía de la risa viéndome tartamudear ante la prensa, dando esas excusas estúpidas. Además, sé que varias personas que no trabajaban en la empresa lo sabían.

—Así que alguien se chivó —dijo Molly preocupada.

—Al menos no nos hemos beneficiado económicamente del libro y eso nos

exonera de todo. Rectificamos justo a tiempo.

Molly se apretó las manos. —Teníamos que habértelo dicho desde que nos enteramos, pero no sabíamos cómo ibas a reaccionar y...

La puerta se abrió en ese momento y Jordan entró en el local hablando con Henry. Se detuvo en seco al verla y Hanna dejó caer el tenedor sobre el plato sintiendo que el corazón saltaba en su pecho. Estaba algo más delgado, pero seguía guapísimo con su camiseta blanca y sus gastados pantalones vaqueros. — Hanna... —dijo el reaccionando—, me alegro de verte.

—No hace falta que mientas —respondió sin poder evitarlo. No sabía por qué pero que él se hubiera largado ese día, era algo que todavía no podía creer. Había sentido que la traición era mil veces mayor por su parte al querer irse de la ciudad dejándola en la ignorancia. Podían haber pasado mil cosas que no quería ni pensar. Pero había huido como una rata—. Él es mi hermano Arthur.

Henry carraspeó con el sombrero en las manos. —Bienvenido.

—Es el padre de Jordan.

Arthur a regañadientes alargó la mano y Henry forzó una sonrisa antes de adelantarse para estrechársela. —Al parecer tenemos mucho de qué hablar. Sobre las propiedades. —Les advirtió con la mirada. —Creo que es mejor dejar atrás el otro tema por mi hermana. Ya lo ha pasado bastante mal con esto, ya que ella ha tenido que dar la cara por todos.

Jordan se tensó y la miró a los ojos. —¿Estás bien?

—Claro. Perfecta. —Sin poder sostener su mirada, se volvió hacia Molly. —

Dame una llave.

—¿Vas a hospedarte aquí? —preguntó Jordan sorprendido—. Puedes vivir en el rancho y...

—Allí estaríais más cómodos —dijo Henry rápidamente apoyando a su hijo.

—No creo que sea buena idea —dijo Arthur por ella—. Bastantes tensiones ha pasado ya y nadie estaría a gusto. Las habitaciones estarán bien. ¿Molly?

—Sí, claro.

Jordan apretó los labios mirándola intensamente. —Lo siento. No quería que...

—¿Qué? ¿Qué tuviera que hacer frente a los cinco millones trescientos mil dólares que la editorial se gastó en vosotros? —Se echó a reír sin ganas. —¿Y qué creías que iba a pasar, Jordan? ¿Qué ellos los perderían y todos tan felices? Son empresarios. Lo único que les interesa es el dinero y me tenían a mí para hincar el diente. ¡Joder, si hasta tuve que pagar la puta escayola de Henry!

Éste se sonrojó intensamente, pero no fue capaz de decir nada. Jordan dio un paso hacia ella y furiosa alargó la mano hacia Molly. —¿Quieres darme la llave de una maldita vez? —gritó alterándose.

—Sí, claro.

—Nena... te juro que no sabía nada. Y nosotros también hemos perdido mucho con todo esto. Lo hemos perdido todo.

—¿Nena? —Arthur le miró incrédulo. —¿Te has tirado a mi hermana, cabrón?

Se lanzó sobre Jordan antes de darse cuenta y Hanna saltó del taburete al ver que caían sobre una de las mesas. —¡Arthur! —gritó asustada porque Jordan era mucho más grande que él. Intentó acercarse, pero Henry la cogió por el brazo deteniéndola cuando Jordan le pegó un puñetazo a Arthur tumbándolo de espaldas—. ¡Suéltame!

—Ellos se encargan. Es cosa de hombres.

Atónita le miró y estaba tan tranquilo. —¡Haz algo! ¡Eres el sheriff!

Hizo una mueca. —Mejor no meterse, es un asunto privado.

Para su sorpresa su hermano volvió a tirarse sobre Jordan impidiendo que se levantara. No se defendía mal. ¿Cuándo se había metido su hermano en una pelea? Cada día le daba más sorpresas. Rodaron por el suelo estrangulándose uno al otro y cuando Arthur se puso rojo como un tomate, chilló de miedo dándole un empujón a Henry antes de tirarse sobre ellos. Molly hizo una mueca porque se movieron justo en ese momento, haciendo que cayera a plomo sobre la mesa rota. —Ay... —Se quejó con la mejilla sobre la pata que tenía debajo.

—¡Hanna! —Arthur se acercó a ella de rodillas. —¿Estás bien?

—Chica, ya te había dicho que no te metieras. —Henry puso los ojos en blanco exasperado.

—Ay...

—Nena, ¿estás bien? Tampoco ha sido para tanto.

—Siempre tan sensible.

—¿Qué te has roto? —preguntó su hermano arrastrándose al otro lado para

verle la cara.

—Todo.

—Eres muy delicadita. Es que casi no comes, niña. ¿Te caliento el desayuno?

—preguntó Molly acercándose.

Hanna levantó la cabeza y miró a su hermano al que le sangraba la nariz. Se pasó la manga de su carísima camisa bajo la nariz y ella gimió dejando caer la cabeza de nuevo.

—Nena, me estás preocupando. ¿Quieres levantarte de una vez?

Lo intentó, pero aparte del golpe que había recibido de lleno en el pecho, sentía que algo en la parte baja de la espalda no estaba bien y tenía miedo de moverse. —Llamar a una ambulancia.

Arthur palideció. —¡Llamar a una ambulancia, joder!

Jordan apareció al lado de Arthur preocupado y sus ojos violetas se llenaron de lágrimas. —Algo no va bien.

—¿Puedes mover las piernas? —preguntó Jordan tocándole el muslo sobre los vaqueros.

Ella intentó moverlas y gritó de dolor cuando sintió un latigazo en la espalda.

—No te muevas —dijo Arthur muerto de miedo.

—Ya vienen de camino —dijo Molly con la voz agitada—. Madre mía, niña. Está claro que necesitas unas vacaciones.

—Claro que sí —dijo Jordan—. En el rancho estarás muy bien, ya verás.

—¡Debería echarte a patadas! —gritó Arthur furioso.

Jordan no le hizo ni caso agachándose más hasta ella. —¿Te duele mucho?

—Creo que me han explotado.

—¿El qué preciosa?

—Las prótesis.

—¿Llevas tetas postizas? —preguntó Molly asombrada.

Gimió cerrando los ojos y Jordan hizo una mueca. —Pues te hicieron un trabajo estupendo, cielo. Porque yo no noté nada.

—¡Tenía poco pecho! ¿Qué pasa? —gritó su hermano alterado—. ¡Se las regaló mi padre en su dieciocho cumpleaños porque tenía complejo!

—Pero si es preciosa —dijo Molly sin salir de su asombro—. ¿De verdad no notaste nada? Dicen que eso se nota.

—Sí, se ponen como globos cuando se tumban —dijo Henry haciendo que todos le miraran—. Lo he visto en la tele.

—Más te vale —dijo Molly reprimiendo la risa—. Si no Matilda te pega un tiro.

—¡La cirugía plástica es habitual en el siglo veintiuno, paletos! —Arthur parecía a punto de saltar sobre otro de ellos en cualquier momento.

Jordan pasó de él. —No va a pasar nada. Si tienes que cambiarlas, pues se cambian.

—Como si fuera tan fácil —dijo intentando no llorar—. Ahora no tengo dinero para eso. —Los dos la miraron impotentes. —¡No tengo dinero para nada y todo es culpa vuestra!

—Nena, no llores —dijo angustiado—. Ya verás como aprendes a ser pobre.
—Arthur le miró como si fuera idiota y él gruñó. —¡Intento animarla!

—¡Pues lo haces fatal! ¡Se hace así! —Arthur sonrió. —Cielo, sacaremos el dinero de donde haga falta. Venderemos el piso de nuestros padres. Sabes que nos lo quitarán de las manos y ya seremos solventes de nuevo.

Hanna sorbió por la nariz. —¿Y si lo alquilamos?

Arthur entrecerró los ojos. —Sí... Nos pagarán bien por él. Podemos vivir como reyes en cualquier otro sitio. Y las acciones nos seguirán dando beneficios.

—¡Podéis vivir aquí! —dijo Jordan encantado. Le miraron como si quisieran cargárselo—. ¡Al parecer con vosotros no acierto nunca! ¡Pues aquí se vive muy bien! ¡Papá, díselo!

—El mejor lugar del mundo. Sí señor.

—Ignóralos —dijo su hermano haciéndoles jadear ofendidos.

Escucharon un fuerte ruido y Hanna frunció el ceño. —¿Qué es eso? ¿Un huracán?

—El helicóptero. Es que el hospital está un poco lejos —le explicó Jordan.

—El mejor lugar del mundo para vivir. ¡Si no tienen ni médico!

—Se ha jubilado, pero llegará otro en cualquier momento —dijo Henry intentando ayudar—. Puede que el año que viene...

—Madre mía —dijo ella asustada—. ¿Voy a subir a un helicóptero?

En ese momento entraron dos hombres vestidos de amarillo con maletines de plástico en la mano y se acercaron a ella. —¿Se ha movido?

—No —respondieron todos a la vez.

Apenas se habían arrodillado a su lado, casi forzando que Arthur y Jordan se apartaran cuando Henry preguntó —¿Qué tiene?

—¡Si ni todavía la han mirado!

—Arthur...

—¡Perdona Hanna, pero es que me ponen de los nervios!

El médico le puso un collarín y la volvieron colocándola en una tabla. —
¿Qué tiene doctor? —preguntó Arthur preocupado.

—Puede tener una lesión en el coxis o una lumbalgia muy fuerte. Aparentemente no tiene nada roto, pero el dolor bajo de la espalda.... Veremos qué dicen las pruebas. —El médico miró a Jordan y a Arthur. —¿Ustedes necesitan atención?

Ambos negaron con la cabeza mirando a Hanna. —Entonces nos vamos.

Dieron un paso hacia ella casi chocándose entre ellos y Hanna parpadeó.

—Mejor te quedas, que no conoces la ciudad y puedes perderte.

—Acércate a mi hermana y te capo.

El médico la miró divertido. —¿Un problema familiar?

—Algo así.

La sacaron del bar y varios parroquianos ya estaban allí cotilleando. Increíble, ¿habían seguido al helicóptero hasta allí?

—Esto es seguro, ¿verdad? —preguntó asustada cuando la estaban metiendo en el helicóptero.

—Totalmente.

Para su sorpresa fue Jordan el que se sentó a su lado. —¿Y mi hermano?

—Le ha empezado a sangrar la nariz de nuevo y no iba a subirse así al helicóptero. Mi padre le llevará. No te preocupes.

—¿Está bien? —Intentó mirar a un lado, pero no podía. —¿Arthur?

—Está bien. —Le cogió la mano sonriendo satisfecho. —¿Cómo estás tú? ¿Te duele?

El sonido del helicóptero aumentó y asustada apretó su mano al sentir que se elevaban. Jordan sonrió encantado y Hanna gruñó mirándole con desconfianza. Solo se estaba apoyando en alguien. Ya era mala suerte que tuviera que ser él. Y hasta que no llegaran a suelo firme no pensaba soltarle. Pero cuando pasó lo que a ella le pareció un montón de tiempo gritó —¿Está muy lejos el hospital?

—¡Enseguida llegamos!

Le acarició la frente y ella miró hacia arriba. —¿Qué haces? —le gritó a la cara.

—Nada.

—Pues eso. ¡No hagas nada que esto no lo vas a volver a catar! —El médico reprimió la risa mientras Jordan se enderezaba diciendo algo entre dientes. —¿Qué? —preguntó agresiva.

—Enseguida llegamos. ¿Verdad, doctor?

Ella miró de reojo al doctor que asintió sonriendo. Gimió cerrando los ojos. ¿Quién le mandaría a ella volver allí? ¿Si la vez anterior había provocado todo lo

que había destrozado su vida? Había perdido su trabajo, su dinero y le habían roto el corazón. Estaba mal de la cabeza. Abrió los ojos y gritó sobresaltada al ver la cara de Jordan sobre ella —¿Qué pasa?

—¿Pensaba que te habías dormido!

—¿Eres idiota!

—Eso, nena. Tú desahógate todo lo que quieras.

—¿No me llames nena!

Jordan miró al médico. —Está dolorida, eso es todo. Normalmente tiene muy buen carácter.

—¿Imbécil!

—Sí, se la ve contenta —dijo el médico divertido.

Jordan sonrió haciéndola parpadear del asombro, pero decidió no decir nada a ver si se callaba.

—Cielo, creo que eso de que te mudes a la granja es lo más correcto.

Nada, que no se callaba. —Sigue soñando.

—Allí estarás mucho más cómoda, te lo aseguro. —Él miró a su alrededor y sonrió. —Estamos llegando.

—Gracias a Dios.

—¿Qué? —Le fulminó con la mirada y él forzó una sonrisa. —Vale, lo hablamos luego.

—¿Desaparece de mi vista! —gritó a los cuatro vientos.

—No.

—¿Cómo que no?

—Ahora que has vuelto y que ya no nos tienes tanto rencor, no te me escapas. Además, ya no tienes trabajo en Nueva York, así que puedes quedarte.

No se lo podía creer. Había perdido un tornillo si creía que iba a tener algo con él, pero el helicóptero aterrizó y enseguida la sacaron de allí, colocándola en una camilla rodeándola personal médico, así que no pudo responderle como correspondía.

Respondió a las preguntas que le hicieron y le realizaron varias pruebas. Mientras esperaba los resultados, pensó en lo que Jordan le había dicho. ¿Cómo podía ocurrírsele semejante locura? Ni loca volvía a caer en la trampa de sentirse atraída por él. Ya le había hecho bastante daño. Asintió todo lo que le dejó el collarín, diciéndose a sí misma que la próxima vez que le viera iba a dejarle las cosas bien claritas, cuando se abrió la cortina y Jordan entró sonriendo. — ¿Cómo vas, nena?

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó fríamente.

—Le están arreglando la nariz. —Hizo una mueca. —Fíjate, la tenía rota.

—¿Le has roto la nariz a mi hermano? —gritó furiosa.

—Fue sin querer. No pasa nada. No necesita cirugía.

—¿Qué no pasa nada?

En ese momento llegó el médico e hizo una mueca revisando unos papeles que tenía en la mano. —Vamos a ver. Empecemos por el principio.

Jordan perdió la sonrisa. —¿Qué quiere decir?

—Su novia tiene una anemia severa que debe empezar a tratar de inmediato.

—¿Tienes anemia? —preguntó él furioso—. ¡Ya sabía yo que no comías!

Se sonrojó intensamente. —Claro que como. —El médico levantó una ceja.

—Bueno, últimamente he comido menos. ¡Pero tenía mucho estrés!

—Pues eso se acabó y hablo en serio —ordenó el médico—. Te daré unos complementos alimenticios y unas vitaminas pendientes del próximo análisis.

—Muy bien —dijo Jordan—. ¿Algo más? Le dolía el pecho.

—Eso está bien. Las prótesis no están dañadas, aunque si notas algo raro en las próximas semanas ve a tu médico de inmediato. De todas maneras, necesitas una revisión en un par de semanas. Puede que te salgan morados y quiero que los revises si ocurre.

—Perfecto. ¿Y la espalda?

Le miró furiosa. —¿Sabes que puedo hablar? —Miró al doctor. —¿Y la espalda?

Jordan puso los ojos en blanco mientras el doctor la miraba como si fuera una loca. —Tienes una lumbalgia debido al golpe. Se pasará en unos días. Hasta entonces, calor, antiinflamatorios y descanso. Nada de coger pesos y a descansar. —El médico se acercó a la camilla. —Pero eso no me ha preocupado tanto como el tema de la anemia. Hanna, ¿Vomitas al comer o...?

—No. —Preocupada miró a Jordan.

—¿Evitas comer? ¿Es eso?

—¿Piensa que soy anoréxica? —No salía de su asombro mientras Jordan la

miraba temiéndose lo peor. —¡Qué no! ¡Como menos, eso es todo! Lo he pasado muy mal, ¿sabes?

—Si es algo de origen psicológico deberías pedir ayuda a un terapeuta. Estás poniendo en riesgo tu salud. ¿No has notado que se te rompían las uñas o se te caía el cabello?

—¡Mire, después de lo que me ha ocurrido en los últimos meses, no voy a ponerme a mirar si se me rompe una uña! —gritó furiosa.

—¡Contesta a la pregunta!

—Sí, ¿vale? ¡Pero no le di importancia!

—¡Pues la tiene! —dijeron los dos a la vez exasperándola.

—Le voy a poner un relajante muscular para la espalda y de lo demás tendrás que encargarte tú —le dijo a Jordan como si fuera algo suyo—. Que coma sano y descanse.

—Sí, doctor.

—Enseguida podréis iros.

En cuanto se fue, Jordan tomó aire cruzándose de brazos. —Buena la has hecho.

—¿Que yo he hecho qué? Mira, mira... ¡No me provoques que salimos en el periódico!

—¡Ahora sí que te vienes al rancho!

—¡Es una granja y me iré a donde yo quiera!

Él se acercó peligrosamente como si quisiera darle una paliza y ella se apretó

contra el colchón de la camilla intentando alejarse. —Di lo que quieras. Pero ganaré yo.

—Estás loc... —Jordan atrapó sus labios y Hanna abrió los ojos como platos intentando zafarse, pero al no poder moverse lo tenía difícil. Mierda, qué bien besaba. Cerró los ojos sin darse cuenta y levantó el brazo rodeando su cuello, entrelazando su lengua con la suya.

Jordan se apartó con la respiración agitada y se separó pasándose las manos por su cabello rubio. —¡Quería ir despacio, pero contigo es imposible! O me lanzo o no reconoces las señales.

—¡Oh, sí las reconozco, pero no les hago caso! ¡Si crees que vas a atontarme con tus besos como la última vez, vas listo!

Dio un paso amenazante hacia la camilla y Hanna se puso en guardia. —Ni se te ocurra.

Sonrió divertido. —Acabas de decir que no conseguiría nada, ¿así qué más dará que te bese o no? Eso que me llevo.

—Una hostia, eso es lo que te vas a llevar como te acerques. —Jordan intentó no reírse. —Te juro que como te rías...

Las risitas de unas mujeres al otro lado de la cortina la pusieron como un tomate. —Lárgate —susurró.

—No me muevo de aquí hasta que te den el alta.

—Te odio —siseó con ganas de matarle.

—No, cielo. Lo que quieres es que hagamos el amor y las paces de paso.

Tranquila, en cuanto estés bien, te daré el gusto.

—¡Decidido, estás de atar! —Entrecerró los ojos. —¡Despedido!

Jordan se echó a reír. —¿Vas a atender tú la granja?

—Podría si quisiera. —Cerró los ojos sintiéndose agotada y suspiró dándose por vencida. No estaba en condiciones de enfrentarse a él.

Él se acercó y apartó su cabello negro de su frente. —Preciosa, no luches más contra lo que tenemos.

—¡No tenemos nada! ¡A mí no me la pegas más!

Una enfermera rubita y muy guapa entró mirando de reojo a Jordan y Hanna la miró con desconfianza al verla sacar una jeringuilla. —¿Qué es eso?

—Un relajante muscular. —Sonrió a Jordan de oreja a oreja.

Jordan correspondió a su sonrisa y Hanna le fulminó con la mirada, haciéndole carraspear dando un paso atrás cuando la enfermera se volvió para salir después de inyectarla. Se acercó peligrosamente a él asombrándola. Menudo descaró.

—Enseguida le traen los papeles para el alta —dijo sensualmente—. La paciente puede ir vistiéndose. —Le guiñó un ojo y Hanna apretó los puños con fuerza. —Enseguida vuelvo.

Él la siguió con la mirada y cuando volvió la cabeza hacia ella carraspeó de nuevo. —Venga, preciosa.... Vamos a vestirme.

—¿Te pone esa tía? —preguntó con rabia.

—Claro que no. A mí solo me pones tú. —Reprimió la risa cogiendo la

camisa que le habían quitado al llegar.

—No, si a mí me da igual.

—Tu tono indica que no te da igual en absoluto. Tienes unos celos que estás a punto de saltar de la camilla y lo hubieras hecho si estuvieras en condiciones.

Jadeó ofendida. —¡Perdona, pero eso es mentira!

—Claro, cielo.

—No me des la razón como a los locos.

Él miró su gotero que estaba a punto de acabarse. —¿Eso te dejará K.O.?

—Quieres que me calle, ¿verdad?

Se agachó dándole un rápido beso en los labios. —Lo que quiero es que descanses. Te veo algo exaltada.

—Que te den.

—¿Qué tal si te pongo los pantalones?

—¿Qué tal si te largas?

Mirando sus ojos violetas susurró —Eso no va a volver a pasar.

Sin poder evitarlo se emocionó porque parecía sincero. —¿De verdad?

—De verdad.

Se agachó para besarla de nuevo, pero Hanna le agarró de la oreja tirando con fuerza. —Ni se te ocurra besarme otra vez —dijo con voz heladora—. ¡Vuelve a tocarme y te capó!

—Hanna —gimió con la cabeza de lado—. Suéltame... —Al darse cuenta de que no le soltaba susurró —¿Por favor? —Le soltó con rabia y Jordan entrecerró

los ojos frotándose la oreja. —Nena, eso no ha estado bien.

—¡No soy una niña, imbécil!

—¡Te aseguro que de eso ya me he dado cuenta! ¿Te ayudo a vestirme o quieres irte en bata hasta casa?

—Que me ayude una enfermera.

—Como si no tuvieran algo mejor que hacer. —Se acercó rodeando la camilla y la cogió por el brazo que no tenía la vía. Juró por lo bajo al ver que no podría quitarle la bata sin que le quitaran eso, pero parecía que el suero de la botella se había acabado. —Ahora vuelvo.

—Por mí como si no regresas nunca más.

Se apartó de la camilla refunfuñando por lo bajo sobre lo complicadas que eran las mujeres y Hanna se mordió la lengua por no replicarle que él estaba para hablar. Volvió con la rubita dos minutos después que no se cortaba en mostrarle que estaba pero que muy interesada en conocerle a fondo. Cuando le quitó la vía Hanna chilló y la enfermera miró hacia su brazo. —¿Le ha dolido?

—¿Tú qué crees, bonita? Igual si estuvieras atenta a tu trabajo...

La cortina se corrió y miró asombrada a su hermano que tenía un apósito enorme en la cara. —¡Arthur! ¿Qué te ha pasado?

—¡Esta bestia, que me cogió desprevenido cuando se iba la camilla y me noqueó para que no pudiera ir contigo en el helicóptero!

Jordan se encogió de hombros. —¿Estás seguro de que fui yo?

Le miró asombrado. —¡No lo sé! ¡Solo vi un puño antes de perder el

sentido!

Jordan sonrió con inocencia a Hanna. —No puede asegurarlo.

—Déjame sola con mi hermano.

—Ah, ¿ya te ha visto desnuda antes?

Arthur se sonrojó debajo de aquella cosa. —Mejor te ayuda la... —Miró a su alrededor. —¿Dónde está la enfermera?

—Será mejor que nos esperes fuera —dijo Jordan satisfecho ganándose una mirada de odio de los dos—. Estamos perdiendo el tiempo y tengo trabajo en la granja.

Arthur gruñó acercándose a su hermana y cogiéndole la mano. —¿Qué tienes?

—Nada de importancia. Una lumbalgia.

—¡No, una lumbalgia no, que tienes una anemia de caballo! Y debe revisarse las prótesis próximamente.

—¿Anemia? —Arthur negó con la cabeza. —Has comido muy mal últimamente.

—Y eso es otra cosa que voy a solucionar —dijo Jordan cogiendo la blusa de nuevo.

—¿Tú? ¿Vas a solucionarlo tú? ¡Este tío empieza a tocarme los huevos, Hanna!

Temiendo que se pelearan de nuevo susurró —Espérame fuera.

Arthur salió de allí a regañadientes y Jordan se acercó dejando la blusa sobre

la camilla. —Vamos, preciosa... Se te nota mucho más relajada.

—Me duele menos la espalda.

La cogió del brazo con delicadeza y la ayudó a sentarse. Sintió como sus dedos abrían los lazos de la bata por la espalda y se estremeció sin darse cuenta cuando las yemas de sus dedos recorrieron su columna vertebral. —¿Tienes frío?

—preguntó él con voz grave.

—Estoy bien.

—Nena, ¿no tienes sujetador? Da igual. De todas maneras, no creo que debas ponértelo.

Ella miró distraída la camisa y puso los ojos en blanco antes de decir —Ese horror no es mío. A mí me cortaron toda la ropa.

Asombrado la miró y después miró la silla que debía ser del box de al lado. —Pues ahora sí que debemos darnos prisa, nena —susurró—. Porque no tenemos otra ropa.

Le miró asombrada. —¿Se la vamos a robar?

—Es una emergencia. —Se la puso con cuidado y Hanna intentó ignorar sus dedos abrochando los botones. Cuando su pulgar rozó su seno se le endurecieron los pezones con fuerza y Jordan carraspeó —Joder, nena... Cuando vuelva a tenerte en la cama no vas a salir de allí en una semana.

—¡Deja de decir estupideces!

Atrapó sus labios sujetando su nuca y la besó como si quisiera devorarla, saboreándola tan intensamente que Hanna pensó que se moriría sin sentir eso de

nuevo. Jordan se apartó y se miraron a los ojos. —No puedo cambiar el pasado, pero te aseguro que en mi futuro estarás tú. —A Hanna le dio un vuelco el corazón y medio atontada vio como le bajaba las piernas con cuidado antes de meterle unos pantalones que eran cuatro tallas más grandes de lo que necesitaba. Se los estaba abrochando cuando llegó la enfermera con los papeles.

—Enseguida les traen una silla...

—No es necesario. —Jordan la cogió en brazos y Hanna susurró —Mis botas.

El miró a su alrededor y la enfermera vio sus botas en una bolsa. La cogió poniéndosela en la mano. —Gracias.

—De nada, guapo.

—Oye tú no te das por vencida, ¿no?

—No. Es por si se arrepiente de que le pongan verde. —Le guiñó un ojo a Jordan. —Si quieres conocerme, me llamo Katy. Ya sabes dónde encontrarme.

—¡Mira qué fresca!

—No me arrepentiré.

—Tú te lo pierdes porque en la cama soy una fiera.

—¡La madre que la parió! ¿La has escuchado? —Jordan ya la sacaba de allí a toda prisa.

—Sí, nena. ¿No tienes sueño?

—Esa fresca me ha espabilado del todo.

—No te tenses que es peor. —Su hermano y su padre estaban en el

mostrador hablando con una mujer vestida con un pijama azul. —¿Nos vamos?

—Espera que tengo que dar los datos del seguro de viaje para el ingreso. Acabamos de empezar —dijo Arthur exasperado—. Van a estar encantados cuando se enteren de esto.

—¿Nosotros estábamos asegurados? —preguntó Henry asombrado.

—No, a vosotros solo os compramos los billetes, pero nosotros siempre que viajamos contratamos un seguro para el extranjero. Nos obligaba papá. —Apoyó la cabeza en el hombro de Jordan.

—Me la llevo al coche.

—Te acompaño —dijo su padre.

—Enseguida voy —dijo Arthur mirando preocupado a su hermana que parecía que se dormiría dentro de poco—. Por favor, ¿puede darse prisa?

—Sí, enseguida.

Jordan y Henry salieron de urgencias. —Espera, que lo traigo hasta aquí.

Su hijo asintió mirando a Hanna que había cerrado los ojos. La besó en la frente y ella suspiró. Arthur salió con unos papeles en las manos cuando Henry frenaba ante ellos y corrió hasta la puerta de atrás para que Jordan la metiera. El hermano de Hanna frunció el ceño al ver como lo hacía con extrema delicadeza, para después sentarse a su lado abrazándola por los hombros intentando que no se despertara. Cerró la puerta pensativo y abrió la puerta del pasajero, sentándose al lado de Henry. —Increíble —dijo en voz baja.

—No, no es tan increíble como crees. Saltaban chispas entre ellos antes de

toda esta mierda. —Henry metió la marcha antes de arrancar.

—Ella lo ha pasado realmente mal. Estaba destrozada.

Henry apretó los labios. —Pues ya va siendo hora de que se recomponga.

Capítulo 9

Solo se detuvieron para comprar la medicación de los dos y cuando Henry aparcó ante el bar, Arthur dudó mirando hacia atrás. Jordan supo lo que pensaba.

—Os venís a la granja. ¿Puedes conducir?

Molly salió del bar corriendo y se acercó al coche. —¿Qué tiene?

—Te lo explico en casa. ¿Puedes librar ahora?

Arthur suspiró encogiéndose de hombros. —Claro, total no me voy a hacer rico con ese negocio.

—Gracias, jefe.

Molly corrió hacia su camioneta y Arthur advirtió a Jordan con la mirada. —Esto no le va a gustar.

—De momento solo quiero que se recupere cuanto antes y cuando vuelva a ser ella, la mujer que conocí hace meses, ya veremos lo que ocurre.

Arthur asintió saliendo del coche y Henry dio marcha atrás. —Joder, hijo. Qué huevos tienes. Después de todo lo que ha ocurrido... ¿Has pensado en Ariel?

—Pues si te digo la verdad, es la primera vez que no pienso en ella desde que nació. Puede ser egoísta, pero yo también quiero ser feliz. Tendrá que acostumbrarse.

—No es egoísta, hijo.

—Se sentirá incómoda un tiempo o puede que no le sorprenda. No lo sé. No lo he hablado con ella porque no imaginaba que después de todo lo que había ocurrido iba a sentir...

Henry miró por el retrovisor. —Te entiendo, hijo. Da igual el tiempo que pase o lo que ocurra. Yo lo siento cada vez que veo a tu madre. Pero a ella le hemos hecho mucho daño. Solo tienes que ver el rencor que nos tiene su hermano y su aspecto. Ha tenido que pasarlo muy mal.

—Nosotros también hemos perdido.

—Sí, pero por nuestra responsabilidad. Por no darnos cuenta de que Ariel mentía.

Jordan asintió acariciando el brazo de Hanna. —Tienes razón. Ella no tenía la culpa de nada y voy a hacer todo lo posible para compensarla.

—Espero que puedas, hijo. Lo espero de veras.

Hanna abrió los ojos sintiéndose dolorida y al ver la habitación, rodó poniéndose de costado. La decoración era para morirse. La cama era de latón y el somier chirriaba a cada movimiento. Pero eso no era lo peor. El papel pintado de las paredes se estaba despegando sobre la puerta y era de un ochentero que daba miedo, con colores ocre y verdes de formas geométricas. Los muebles no es que fueran antiguos, es que eran de pino pintado y parecían de segunda mano. —Madre mía, no quiero ver el baño.

Gimió bajando las piernas al suelo y se miró la ropa. ¡Llevaba un camisón de

abuela hasta los tobillos! Gruñó caminando como un robot hasta la puerta y la abrió haciendo que las bisagras chirriaran más que la cama. Caminó sobre el linóleo gris y suspiró de alivio al ver el baño al fondo, porque tenía la puerta abierta y se veía el lavabo. Estaba usando el wáter cuando la puerta se abrió sobresaltándola y Jordan solo vestido con vaqueros, apoyó el brazo en el marco observándola como si nada. —¿Quieres salir de aquí?

—Eres muy remilgada, ¿no?

—¡Al menos cierra la puerta!

Él suspiró entrando en el baño y cerrando la puerta como si fuera una pesada. ¡Ese hombre era increíble! Cada día le soportaba menos. —¿No sabes lo que es la intimidad? —preguntó cogiendo el papel rápidamente.

—Cielo, nosotros hemos tenido la mayor intimidad posible. Te aseguro que no me voy a asustar por verte ahí sentada. ¿Te duele mucho?

Se limpió a toda prisa cerrando las piernas todo lo que podía y dio gracias por llevar ese camisón porque así no le vería nada. —Estoy dolorida.

Cuando se iba a levantar, él se acercó cogiéndola en brazos. —¡No soy una inválida!

—Tienes que esforzarte para levantarte cuando no es necesario. Yo estoy aquí.

—¿Dónde está mi hermano?

Una puerta se abrió y su hermano salió con un pantalón del pijama, pasándose una mano por su cabello moreno como si estuviera agotado. —Joder,

qué colchón. Tío, el que no sé cómo no tiene lumbalgias eres tú.

—Sí, habría que cambiarlos. Estaban en la casa cuando la compré. Pero ahora la casa no es mía. No sé qué harán los nuevos dueños.

—Muy gracioso.

La puerta del fondo del pasillo se abrió y Ariel apareció con unos pantalones cortos y una camiseta rosa de tirantes. Abrazaba una muñeca y agachando la cabeza, pasó ante ellos para bajar las escaleras corriendo.

—¡Ariel vuelve aquí!

—Jordan...

—¿Ariel?

La niña subió los escalones a regañadientes y se detuvo ante ellos con la cabeza gacha. —¿No tienes nada que decirle a Hanna?

—Lo siento.

Estaba muy avergonzada y Hanna sabía que era consciente que le había hecho daño a toda la familia con su actitud. Una carga un poco dura de llevar para una niña de doce años. —Hola Ariel

La niña levantó la vista lo suficiente para echarle un vistazo. —Hola.

Se le rompió el corazón al ver la tristeza en sus ojos. —Te dejaste la muñeca. Está en mi casa. Haré que te la envíen.

—¡No la quiero!

Bajó las escaleras corriendo. —¡Ariel! —Jordan la llamó de nuevo. —¡Ariel, vuelve aquí!

—Déjala. Lo está pasando mal.

Jordan apretó los labios entrando en la habitación y dejándola sobre la cama.

Arthur se sentó a su lado suspirando. —Pobrecita.

Sonrió mirando a su hermano que tenía un corazón de oro y cogió su mano.

Jordan les observaba pensativo y susurró —Voy a ver si ha llegado mi madre.

—Ah, ¿pero no vive aquí?

—No, solo se quedan si vienen a cenar o cuidan a Ariel —respondió distraído saliendo de la habitación.

—Una situación complicada —dijo su hermano.

—Y nuestra presencia no ayuda nada. ¿Qué hacemos aquí?

—Así estarás más cómoda.

—Te aseguro que el colchón del hostel es mucho más cómodo que éste. —Se acercó y susurró —¡Y no estaría viendo a Jordan todo el tiempo! ¡Y a Ariel!
¡Esto no es bueno para la niña!

Arthur hizo una mueca. —Ayer después de acostarte nos reunimos todos.

—¿Qué? —preguntó asombrada—. ¿Y yo?

—Estabas fuera de juego. No seas quisquillosa.

—¡No soy quisquillosa! —Entrecerró los ojos. —¿De qué hablasteis?

—De los negocios principalmente. Y de la casa del pueblo. Henry se ha ofrecido a pagarme un alquiler.

—¿Un alquiler?

—No es muy alto, pero teniendo en cuenta la zona donde está la casa, es para

tirar cohetes.

—Muy bien. La casa ya está colocada de momento. ¿Y lo demás?

Arthur se mordió el interior de la mejilla y Hanna se tensó porque solo hacía eso cuando intentaba desviar el tema. —¿Y lo demás?

—Pues verás.... He hablado con Jordan y me ha presentado los libros.

—Esto es una ruina, ¿verdad?

—Pues no. —Parpadeó sorprendida. —Todo lo contrario. Pero como quien dice está empezando porque apenas acaba de pagar el crédito hipotecario que tenía sobre la casa y los terrenos. Además, tuvo que pedir más dinero por unos desperfectos debidos a una tormenta...

—Eso lo sé.

—Bueno, el hecho es que ha pagado todo esto en doce años. —Levantó las cejas. —¿Qué opinas?

—Así que da beneficios.

—Muy buenos beneficios, pero hasta ahora no se veían, pagando lo que debía.

—Y ahora que podía salir a flote, pasa esto. —Cerró los ojos y se pasó la mano por la frente. —Joder.

—Todos hemos perdido con esta situación. Jordan lo ha asumido.

—¡Pero ellos lo han perdido todo, Arthur! Estoy empezando a arrepentirme de esta decisión.

—Por eso he pensado en hacerle socio.

Miró sus ojos azules y se dio cuenta de que hablaba en serio. —¿Socio?

—Al cincuenta por ciento y podrá seguir viviendo aquí. Él conoce el trabajo y al menos si todo va bien, en unos años podrá devolvernos el dinero y la explotación regresará a su nombre.

—¿Lo sugirió él?

—No. Lo he consultado con la almohada.

Tenía que pensar en ello. —¿Y el bar?

—No he visto los libros, pero como no tiene cocina, Molly me ha dicho que saca unos dos mil dólares al mes limpios. Lo que para ella viviendo aquí es mucho dinero. He pensado en ello y si le tenemos que pagar un sueldo, el local ya no será rentable para nosotros.

—Si... Entiendo lo que quieres decir.

—Pero venderlo será un problema y dejaremos a Molly sin trabajo ni donde vivir.

—Así que ahora somos todos una gran familia —dijo con ironía.

—Pues sí. Y eso no es todo. —Miró a su alrededor y Hanna gimió tapándose la cara con las manos, entendiendo lo que quería decir. —Somos los propietarios y todo debe estar en condiciones para su uso.

—¡Así que ahora tenemos que invertir dinero! ¡Pero si no tenemos!

—Por eso tenemos que alquilar la casa de Manhattan cuanto antes.

Le miró asombrada. —Quieres mudarte aquí, ¿verdad?

—¡Aquí podemos tener un futuro, Hanna! ¿Qué nos queda en Manhattan

aparte de las acciones y el piso?

—¡El centro del mundo!

Su hermano se levantó de la cama y paseó de un lado a otro. —¡Lo he pensado mucho, te lo aseguro, y esto es un buen negocio! Y conseguiré que el bar funcione de alguna manera.

—¿Y yo qué hago aquí? —preguntó con horror.

La miró como si fuera tonta. —Ayudarme.

—¡Soy editora! Y por cierto tu libro de viajes tiene posibilidades. Eres una persona de carrera, ¿qué coño vas a hacer en el culo del mundo? ¡No pienso invertir dinero aquí para que dentro de un año te canses y quieras regresar! — Arthur sonrió de oreja a oreja. —¿Qué? —preguntó poniéndose nerviosa.

—Tengo la solución.

—¿No me digas?

—Puedes ser editora desde aquí. Una editora online. —Le miró sin comprender. —Tu trabajo consiste básicamente en encontrar un libro de éxito, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues eso puedes hacerlo desde aquí. Después te pones en contacto con las editoriales y se lo vendes. Tienes la reputación para ello, ¿no me digas que no?

—Después de lo que ha pasado...

—Todo el mundo editorial sabe que tienes olfato para ello. Y si se enteran de lo ocurrido, puedes bromear con que habías encontrado un bestseller pero que

llegaste tarde cuarenta años.

Hizo una mueca. —Mejor no digo nada. —Miró a su alrededor. —No podemos vivir aquí con ellos.

—Podemos ampliar la casa. —Arthur miró el papel pintado. —Y adecantar esta parte para nuestro socio.

Le miró con desconfianza. —Como te arrepientas...

—Intenta probar un tiempo. Siempre podemos regresar a Nueva York.

Hanna no estaba nada convencida. Sobre todo porque por culpa de los Hersey su vida había dado un giro total. ¡Por Dios, si estaba en Australia! Empezaba a tener la sensación de que estaba siendo arrastrada por la marea y que ya no tenía fuerzas para volver a casa.

Arthur vio el miedo en sus ojos y se acercó a ella sentándose a su lado. —¿Qué ocurre? Dime lo que se te pasa por la cabeza.

—No lo sé. ¡Es por todo! ¡Desde que les conozco mi vida ya no es la misma! ¡Mírame! ¡Estoy tirada en una cama en una casa en ruinas en medio de la nada cuando estaba en la cumbre del mundo! —dijo con pánico sin darse cuenta de que su respiración se alteraba—. ¿Cómo voy a quedarme a vivir aquí? Yo no soy como tú, que te acostumbras a todo.

—Hanna, tranquilízate.

—¡Aquí no hay Starbucks!

—¡Hanna!

Jordan entró en la habitación y vio como Arthur intentaba incorporarla para

que respirara mejor. Se sentó a su lado y la cogió por las mejillas para que le mirara a los ojos. —Nena, respira. No pasa nada.

—¿No?

Jordan sonrió. —No, no pasa nada. Ahora respira despacio. —Él respiró con ella y poco a poco sus respiraciones se acompasaron. Una lágrima cayó por su mejilla y él se la borró con el pulgar sin dejar de respirar. —Eso es. Lo haces muy bien.

—¿Jordan?

—No pasa nada. Has tenido mucho estrés últimamente y tu cuerpo lo está pagando. Te pondrás bien en cuanto descanses un poco.

Matilda entró en la habitación con una bandeja mirándola preocupada. —¿Está bien?

—Se pondrá bien. —La besó en la frente abrazándola y Hanna se dejó casi sin fuerzas.

Matilda y Arthur se miraron preocupados. —Os he traído el desayuno.

—Gracias, no tenías que haberte molestado. Podía haber bajado a desayunar.

—No es molestia. Ya que se lo traía a ella....

Hanna levantó la vista sobre el hombro de Jordan. —Hola Matilda.

La madre de Jordan sonrió. —Hola, niña. Bienvenida. Al parecer habéis entrado en el país con el pie izquierdo.

Sin darse cuenta Hanna sonrió. —Sí, debe ser eso.

Dejó la bandeja sobre la cama al lado de Jordan que se apartó de ella y

asintió al ver las tostadas con una tortilla y algo de fruta. —Gracias, mamá.

—Va, no me cuesta nada.

Jordan cogió un bote de la mesilla y lo abrió. —Estas son las pastillas para el dolor. Una cada seis horas y una de estas y otra de estas todas las mañanas.

—¿Qué son?

—Para la anemia.

Vio que Arthur cogía su plato y empezaba a comer con ganas a pesar de esa cosa que tenía en la cara. Pero ella no tenía ningún apetito. Como todos la observaban, cogió el plato colocándolo sobre los muslos y cortó un pedacito de tortilla suspirando.

—Nena, no me voy a mover de aquí hasta que te lo comas todo.

Sonrojada miró a Matilda de reojo, que también la miraba fijamente con los brazos cruzados.

—¿Qué vas a hacer hoy, Jordan? —preguntó Arthur antes de morder una tostada.

—Pensaba ir a los pastos del norte y dejar allí el rebaño. ¿Quieres venir? ¿Sabes montar a caballo?

Arthur abrió los ojos como platos. —Un poco. Me encantaría acompañarte.

—¿Cuándo te has subido tú a caballo? —preguntó Hanna asombrada.

—En Egipto monté en camello.

Jordan reprimió la risa. —No sé si será lo mismo. —Al ver que solo había comido un pedacito, le cogió el tenedor y le cortó otro pedazo, haciendo sonreír

a Matilda mientras asentía. Hanna que seguía mirando a su hermano como si le hubieran salido dos cabezas no se daba ni cuenta mientras masticaba. Tragó a toda prisa. —Ni hablar. ¡Llevas un día aquí y ya te has roto la nariz! ¡Si te montas a caballo, puede que tenga que devolverte a los Estados Unidos en un ataúd!

—No exageres.

—Mejor montas por delante de casa para ver cómo lo haces y si pasas la prueba...

Le metió la tortilla en la boca antes de que Hanna pudiera protestar. Le fulminó con la mirada masticando y Jordan sonrió. —Preciosa, no dejaría que le pasara nada.

—¡Le pegaste tú!

—Eso fue ayer. Y se puso en medio. No hay que ponerse en medio, que luego pasan estas cosas.

—Estupendo. Y Hanna puede ayudarme a hacer las pastas para la misa del domingo —dijo Matilda provocando que la mirara con horror. No se había metido en la cocina en la vida. Para eso estaba el servicio a domicilio.

Jordan carraspeó. —Dicen que la cocina relaja mucho y ya sabes lo que te ha recomendado el médico. Mientras soportes estar sentada, puedes amasar.

Abrió los ojos como platos. —¡Necesitamos internet!

—Claro, preciosa. Ahora come. —Le metió de nuevo el tenedor en la boca mientras Arthur reprimía la risa.

Masticando les miró con desconfianza. ¿Por qué tenía la sensación de que todos se habían aliado contra ella? ¿Se estaba volviendo paranoica? Sí, igual necesitaba un descanso. Cocinar no podía ser muy difícil y a algunas personas les relajaba.

Capítulo 10

Uff, qué aburrido era aquello. Y le empezaba a doler la espalda bastante. Matilda metió otra bandeja en el horno y se preguntó cuántas pastas se tenían que hacer. Distraída vio una sombra a su derecha y miró por la ventana, chillando al ver a Arthur sobre el caballo dando botes de un lado a otro sobre la silla como si fuera un dibujo animado.

—¡Arthur! —chilló corriendo al porche pálida. Suspiró del alivio al ver que Jordan se acercaba a caballo y le cogía las riendas dominándolo sin esfuerzo.

Una risita tras ella hizo que se volviera y vio sorprendida que era Ariel. —
¿No tienes colegio?

—Aquí se empieza el diez de febrero y estamos a ocho.

—¿Se empieza qué?

—El curso escolar —dijo peinando a una Barbie pelirroja, quitándole los rizos tan bonitos que tenía.

—¿El curso escolar no empieza en septiembre?

Ariel se encogió de hombros. —Aquí no.

—Por supuesto —dijo por lo bajo acercándose y se sorprendió de que la Barbie tuviera el vestido tan nuevo—. ¿Es nueva?

—Me la ha regalado la abuela por mi cumpleaños —susurró sin mirarla—. A mí me gusta.

—Claro, es muy bonita.

—Algunas de mis amigas no piden muñecas, pero a mí me gustan todavía.

—No tienes que justificarte. A mí me gustan con mi edad.

La miró sorprendida. —¿De verdad?

—Claro, ¿no viste lo que disfruté cuando visitamos esa tienda en Nueva York? —Ariel agachó la mirada avergonzada. —Te fuiste sin ver la Estatua de la libertad.

—Da igual.

—¿Quieres que hablemos de ello? No me lo tomé muy bien en el aeropuerto.

—Te mentí.

—Sí, y me hizo daño, pero todos cometemos errores.

—Yo hice daño a mucha gente. La granja ahora es tuya. Papá lo ha perdido todo por mi culpa. Soy peor que mi madre. No sé por qué me quieren todavía.

—Eh...—La cogió por la barbilla para que la mirara a los ojos y se le rompió el corazón al ver que los tenía llenos de lágrimas. —¿Cómo se te ocurre decir algo así? Lo que hiciste fue por intentar ayudar a tu padre.

—Sí, pero todo ha salido al revés. ¡Soy mala! ¡Tan mala como mi madre!

Se levantó y entró en la casa antes de que pudiera evitarlo. Hanna miró a Jordan que sobre el caballo debía haberlo visto todo. Ella apretó los labios sintiéndose impotente por el dolor de la niña antes de levantarse del banco y entrar en la casa. Fue hasta la cocina, pero escuchó el portazo en el piso de arriba. Suspiró porque subir los escalones era un suplicio, pero no tenía otro

remedio. Agarrada a la barandilla subió escalón por escalón y fue hasta el fondo del pasillo para escucharla llorar. Giró el pomo sin llamar y se quedó de piedra porque era la habitación que toda niña deseaba. Hasta la cama tenía un dosel blanco de encaje que era una maravilla. Estaba claro quién era la prioridad en aquella casa. Se acercó a la cama y se sentó en silencio viendo una bola de nieve en la mesilla de noche. Representaba una pareja del siglo dieciocho bailando y era preciosa. Sin poder evitarlo la cogió y le dio la vuelta para girar la mariposa. Empezó a sonar Para Elisa y la nieve rodeaba a los bailarines que bailaban mirándose a los ojos.

Sonrió recordando cuando era niña. Aquellas cosas le encantaban. —¿Sabes? Mi madre me regaló una muy parecida a ésta cuando era pequeña y como me gustó tanto, me regalaba una cada vez que se iban de viaje. —Perdió la sonrisa poco a poco. —Murieron en uno de esos viajes y jamás volví a verlos.

Ariel dejó de llorar y levantó la vista para mirarla. —¿No tienes padres?

—No. Arthur y yo los perdimos a los dos a la vez.

—Qué triste.

—Pero tú tienes mucha suerte.

—¿De verdad?

Sonrió mirando sus ojos azules. —Claro que sí. Tienes a tu padre que te quiere más que a nada y a tus abuelos. Y a ninguno le gusta verte triste. ¿A ti te gusta ver triste a tu padre? —Ariel negó con la cabeza. —Cielo, todos cometemos errores. Algunos son más graves que otros, pero lo que importa es la

intención y todos sabemos que tú no querías nada de lo que ha ocurrido. Solo querías ayudar a que tu padre no perdiera la casa, ¿verdad?

—Sí. Y que tuviera dinero para comprar más ganado y que así pudiera contratar a otra persona. Y así tendría más tiempo para mí.

Mira con la empresaria. Sonrió sin poder evitarlo. —Una causa muy noble.

—Pero me di cuenta de que tendría que copiar otro y después otro...

—Y la mentira aumentaba más y más.

Ariel asintió. —¿Te ha pasado a ti alguna vez?

—Cuando mientes suele pasar. No a este nivel, claro... pero eso ocurre hasta con la más pequeña mentira... que crece y crece. Después da mucho miedo decir la verdad.

—Sí. Tenía miedo a que papá se disgustara.

—¿Pero sabes qué? Rectificaste y eso es bueno.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. —Le apartó los rizos de la frente—Has aprendido la lección y sé que no volverás a mentir.

—No. —La miró insegura. —¿Me has perdonado?

—Claro que sí, pero solo si me das un beso y un abrazo enorme.

Ariel sonrió poniéndose de rodillas y la abrazó con fuerza besándola en la mejilla. —Uhhh, el mejor abrazo del mundo. ¿Puedes hacerme un favor? —La niña se apartó sonriendo. —Tengo que tomar otra pastilla para la espalda.

—Nena, todavía no han pasado seis horas.

Se sobresaltó y al girarse le dio un tirón encima de los glúteos que le hizo gemir de dolor. Jordan se acercó a toda prisa. —¿Hanna?

—Ya se me pasa.

—No ha sido buena idea que te levantas.

Todavía recuperando el aliento asintió. —Sí, será mejor que me acueste un rato.

La cogió en brazos. —Ariel trae un vaso de agua.

—Sí, papá.

—Uff, ha sido como un cuchillo. —La tumbó sobre la cama y le quitó las bailarinas que llevaba, sentándose a su lado. Ella abrió los ojos. —Tienes una hija maravillosa.

—Lo sé.

Sonrió divertida y Ariel llegó corriendo mirando el vaso para que no se le derramara y se lo dio a su padre. —¿Será bastante?

—Más que suficiente. Vete a ayudar a la abuela con las galletas.

—Vale. —La miró de reojo. —Pero puedo quedarme con ella.

—No, ya me quedo yo.

Hanna levantó ambas cejas viendo salir a la niña cerrando la puerta. —Tú también tienes trabajo.

—Joder, han pasado solo cuatro horas. Debería llamar al médico.

—Dame la pastilla, Jordan. —Él la sacó del tubo y se la metió en la boca antes de darle de beber como si la niña fuera ella.

Cuando reposó la cabeza en la almohada preguntó —¿Por qué haces esto? Deberías odiarnos.

—Creo que tú deberías odiarnos a nosotros y aun así estás aquí. Saldremos adelante como hemos hecho siempre. Ahora las cosas serán distintas, eso es todo.

—No me voy a quedar. —Jordan se tensó, pero intentó no demostrarlo. —Yo no puedo vivir aquí —susurró avergonzada.

Él cogió su mano. —Nena, sé que es muy distinto a la vida que estás acostumbrada...

—¿Qué si es distinto? Es opuesto, Jordan.

—Pero si le dieras una oportunidad...

—¿A la vida que puedo llevar aquí o a ti?

—¡A los dos! —Se levantó yendo hacia la puerta. —Será mejor que descanses.

—¡Te estás empeñando en algo imposible! ¡Te va a ocurrir lo mismo que con la madre de Ariel y cuando te des cuenta, me largaré!

—¡Pues es un riesgo que voy a correr!

Cerró de un portazo y la puerta crujió antes de caer a plomo en la habitación. Jadeando se sentó apoyándose en el codo y miró la puerta en el suelo. —¡Jordan! ¡Mira lo que has hecho! ¡Me has dejado sin puerta! —Se tumbó en la cama exasperada y frunció el ceño al ver lo que parecía una humedad en el techo sobre ella. Suspiró antes de cerrar los ojos. Mejor se dormía un rato.

Un sonido insistente la despertó y se giró para ver que por la ventana se veía llover con fuerza. ¿Pero no se suponía que allí llovía muy poco? Pues aquello parecía el diluvio. Escuchó un crujido y frunció el ceño poniéndose de espaldas. Tenía hambre. Mejor se levantaba. Les escuchó hablar en el piso de abajo y reír. Suspiró mirando el techo. Si estaban cenando, debía darse prisa. No quería que Matilda se molestara en subirle la bandeja. De repente el techo se desprendió, cayendo sobre ella una tromba de agua y gritó cubriéndose la cara con los brazos antes de sentir como varias cosas caían sobre ella.

Gritó histérica una y otra vez hasta que algo se le cayó en la boca y escupió antes de atragantarse. Alguien le quitó parte del techo que la cubría y gritó — ¡Hanna! ¿Estás bien?

Miró a Jordan asombrada sin darse cuenta de que le llovía encima. —¡Se me ha caído el techo encima! ¿Cómo crees que estoy?

Le quitaron algo de las piernas y Arthur dijo —Una teja le ha hecho un corte.

—Estoy viva —dijo asombrada mirando el techo que tenía un boquete enorme. —¡Estoy viva!

—Santa madre de Dios —dijo Matilda impresionada mirando el techo.

—Esto es una señal —dijo con ojos de loca.

—Sí, una señal de que hay que arreglar el tejado —dijo Arthur impresionado.

—¡Pero si lo arreglamos hace año y medio! —Jordan apartó cascotes de ella

a toda prisa suspirando de alivio al ver que estaba más o menos bien. —Nena, ¿qué te duele?

—¡La espalda! —le gritó a la cara—. ¡Me duele la espalda! —Con una agilidad impropia para alguien en su estado, apartó las piernas para levantarse de la cama. —Yo me largo de aquí.

Jordan la cogió por la cintura y antes de darse cuenta la había subido en brazos. —¡Suéltame, Jordan! ¡Esto ha sido una señal! ¡Siempre que vengo, me pasan cosas malas! ¡Cómo me quede, no duro ni tres telediarios!

—Mamá, llena la bañera.

—¡Por algo dicen que es el país más peligroso del mundo! ¡No era solo por la fauna no! Aquí pasan cosas...

—¿Alguien tiene un calmante? —preguntó Arthur como si nada—. ¿No? En Nueva York los llevan en el bolso.

—¿Ves? ¡Ni a las drogas puedo recurrir! ¡Sácame de aquí Arthur o acabaré en el otro barrio!

—Hanna, tienes que calmarte. —Jordan la metió en la bañera y todos se dieron cuenta de que temblaba. Él juró por lo bajo abriendo más el grifo del agua caliente. —Mamá, trae la botella de whisky.

Ariel apareció en la puerta del baño con la barbie en brazos. —¿Estás bien?

Hanna la miró asombrada. —¿No habéis sacado a la niña de la casa?

—No va a pasar nada —dijo Jordan—. Nada más, quiero decir.

Le pusieron la botella de whisky ante la cara y Jordan la cogió sujetándola

por la nuca. —Bebe, nena.

—No me gusta.

La obligó a beber y parte se le fue por la comisura de la boca hasta atragantarse. Él apartó la botella y Arthur la cogió para beber un buen lingotazo. Cuando tragó cerró los ojos. —Joder, como lo necesitaba.

—Arthur, mi padre estará al llegar. Ir al granero. Necesitamos una lona para tapar el agujero del tejado —dijo sin quitarle ojo a Hanna, que suspiró seguramente porque el agua caliente la estaba relajando—. ¿Estás mejor?

Ella le miró con sus preciosos ojos violetas. —Ahora sí que te digo que esto no va a funcionar.

Sonrió cogiéndola por la nuca y besándola rápidamente en los labios. —Claro que sí. Con unos arreglos en la casa y no tirarse en plancha, todo irá bien. Ahora te dejo con las chicas, ¿vale?

—¿Vais a subiros ahí arriba?

—Todo irá bien. Confía en mí.

Matilda llegó con una bata de boatiné de flores, un camisón y unas zapatillas. —Vamos a lavarte el cabello y después ya verás cómo te encuentras mucho mejor. Ha sido mala suerte o buena, dependiendo de por dónde lo mires.

Jordan la besó en la frente antes de levantarse. —Estaré fuera. Si vuelve a alterarse...

—No te preocupes, hijo. Le daré otro lingotazo de whisky antes de cenar.

—¿Tendréis cuidado?

—Claro que sí. No queremos más accidentes.

Preocupada vio como salía del baño. —Últimamente estamos algo gafados, ¿no creéis? —dijo la niña sonriendo—. Parece que nos ha mirado un tuerto.

Matilda se echó a reír y sin poder evitarlo Hanna negó con la cabeza sin poder creérselo todavía mientras una sonrisa se formaba en sus labios.

Duchada y calentita en la cama, miraba hacia arriba cada poco sin poder evitarlo mientras cenaba el rosbif que Matilda se había empeñado que comiera. Ariel también en camisón se tumbó a su lado con su muñeca. —A papá se le dan bien esas cosas.

—¿Qué cosas?

—Lo que hay que arreglar. Siempre lo utilizamos todo hasta que ya no se puede arreglar.

—Ya me he dado cuenta —dijo por lo bajo antes de comer unos guisantes. Miró hacia la ventana—. ¿Aquí siempre llueve así?

—Cuando hay tormentas, pueden ser muy fuertes. Por eso llevó el rebaño al norte. Allí papá tiene una nave.

—¿No me digas?

—Sí, también hay una casa y un granero. Allí guarda la maquinaria.

—¿Y por qué no vivís allí?

—Aquella casa es mucho más bonita, pero es más vieja. No hay ni agua caliente.

Hanna se detuvo en seco con el tenedor en alto. —¿Mucho más bonita?

—Como las de las princesas. Tiene torre. Y una parte es de ladrillo rojo. Era de un colono. ¿Sabes lo que son los colonos? —Hanna asintió asombrada. —Pues eso. Pero se fueron hace mucho y sus herederos le vendieron las tierras a papá muy baratas. Esta era la casa del capataz. El que cuidaba las tierras, por eso está más nueva.

—Entiendo.

—Papá dijo que algún día viviríamos allí. Pero ahora ya no es nuestro, así que... —Se pegó la barbie al pecho y se encogió de hombros.

—¿Tan bonita es?

Los ojos de la niña brillaron. —Mucho. ¿Quieres que te lleve a verla mañana? ¿Si te encuentras bien?

—Hecho. Me muero por una excursión. Pero en coche.

Ariel asintió. —Mañana es mi último día sin clase. Será genial ir de excursión.

—¿Acabo de oír lo que creo que has dicho? —Jordan entró en la habitación quitándose la camiseta negra que llevaba que estaba empapada. Hanna dejó caer la mandíbula al ver su musculoso pecho mojado. —Creo que ya habéis hablado demasiado. Cielo, a la cama.

Ariel le dio a Hanna un beso en la mejilla antes de saltar de la cama. —Hasta mañana. —Jordan se agachó y le dio un beso corriendo hacia la puerta, pero antes de salir se dio la vuelta sonriendo. —Te va a encantar, ya verás.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Cerró la puerta y Hanna miró a Jordan, que se desabrochó los vaqueros antes de sentarse ante sus piernas para quitarse las botas. —¿Qué haces?

—Prepararme para ir a la cama. —Dejó caer la bota al suelo y se giró poniendo una mano a cada lado de sus piernas antes de mirar su bandeja. —
Cómete la fruta.

—No desvíes el tema. ¿A qué cama te refieres?

—Nena, mis padres se han quedado esta noche. Tu hermano ocupa la otra habitación y la tuya está hecha un desastre. ¿Dónde crees que voy a dormir?
Pues en mi cama.

Hanna entrecerró los ojos. —¿Será una broma?

—Me conoces. Bromear no se me da muy bien. —Se levantó y se bajó los pantalones mostrando toda su desnudez. A Hanna se le secó la boca al ver que se volvía mostrándole su endurecido trasero antes de encender la luz del baño y entrar en la ducha. Desde allí tenía una vista perfecta del espectáculo y casi se le cayó la baba viendo cómo se enjabonaba las axilas. Dios, era lo más erótico que había visto jamás. Cuando la esponja bajó por su pecho hasta su sexo, se lamió el labio inferior. Cogió la alcachofa de la ducha y se aclaró dejando que la espuma cayera en la bañera. Se volvió de espaldas y Hanna suspiró profundamente al ver como esa espuma resbalaba por sus muslos hasta desaparecer.

Salió secándose con una minúscula toalla. Aquello era una provocación en toda regla. Él miró su bandeja secándose el cabello. —La fruta.

—Capullo —dijo por lo bajo antes de meterse un pedazo de manzana enorme en la boca.

Él hizo que no lo había oído y fue hasta la cama apartando la sábana antes de tirar la toalla al suelo. —Preciosa, como sigas así se te va a juntar la cena con el desayuno. Por cierto, nada de excursiones mañana. Tienes que descansar, ¿recuerdas?

—¿Y si voy en coche?

—Ya me imagino a donde te quiere llevar Ariel, pero no creo que debas conducir hasta allí.

—Pues me llevas tú.

—Sí, claro. Como no tengo nada que hacer...

—¡Tendrás que ir a darle de comer a los bichos! Es una orden.

Jordan levantó una ceja. —¿Me das órdenes a mí?

—Si te pones tonto sí. —Rio por lo bajo cogiendo un pedazo de manzana y metiéndoselo en la boca. —¿Intentas seducirme? —preguntó ella excitándose sin poder evitarlo.

—Como si pudieras seguirme el ritmo. —Cogió su bandeja y la puso sobre la mesilla de noche antes de apagar la luz. Volvió a encenderla de inmediato girándose. —¿Te has tomado las pastillas?

—Sí.

Él le dio un rápido beso en los labios. —Perfecto. A dormir. —Se giró de nuevo para apagar la luz y ella se quedó allí sentada mirando al vacío. —Si te tumbas, estarás más cómoda.

—He dormido casi todo el día —dijo molesta. Se cruzó de brazos mirándole y él suspiró cogiendo su mano. —¿Qué haces?

—No podemos hacer el amor. Puedes empeorar la espalda. Será mejor que te duermas.

—¿Quién te ha dicho que quiero hacer el amor?

—Cielo, eres transparente. Como el día que fui al motel. Intenté resistirme, pero cuando ya me invitaste...

—Muy gracioso.

—Sabes que somos un poco intensos al hacerlo y no quiero dejarte peor de lo que estás —dijo con ganas de reírse—. Además, gritas demasiado. Tanto como para escandalizar a toda la casa.

Se puso como un tomate. —Menuda mentira.

—Si se le quejó un camionero a Molly por tus gritos. Le dijo que parecía que estaban matando a alguien, pero que cuando gritaste pidiendo más, colgó el teléfono y no llamó al sheriff. —Jordan se echó a reír a carcajadas y ella gruñó tumbándose. —Vamos nena, no te cabrees. Es halagador que te haga disfrutar tanto.

—Serás capullo.

Se escuchaba viento y preocupada preguntó —No se caerá el resto del techo,

¿verdad?

—¿Crees que os dejaría dormir en casa si hubiera peligro?

Giró la cabeza y se miraron a los ojos. Él se puso de costado y le acarició la mejilla. —Todo irá bien.

—Pero...

Besó suavemente sus labios. —No hay peros. Dame seis meses. Si en seis meses no te hago feliz... —Parecía que le costaba decirlo. —Joder nena, te haré feliz. Te lo prometo.

Hanna se emocionó al escucharle. —¿Seis meses?

Él sonrió. —No te arrepentirás, te lo juro. —La besó saboreando sus labios y Hanna rodeó su cuello con el brazo, pero Jordan se apartó de golpe. —Mejor la semana que viene, preciosa. Que descanses. —La besó de nuevo antes de tumbarse dándole la espalda y Hanna suspiró. Le miró otra vez e hizo una mueca. Se tomaría seis meses. Necesitaba unas vacaciones y si no funcionaba siempre podía irse a Nueva York y reiniciar su vida de nuevo.

Escuchando el ruido de la lluvia se quedó dormida mientras le daba vueltas a si estaba haciendo lo correcto.

Se despertó cuando Jordan se levantó casi al amanecer y abrió los ojos para ver como agotado cogía ropa del armario.

—Vuelve a la cama, estás cansado.

La miró y sonrió negando con la cabeza. —No puedo, nena. Tengo mil cosas

que hacer. —Se abrochó los vaqueros y se sentó en la cama para ponerse las botas. Hanna se sentó con cuidado comprobando que tenía mucho mejor la espalda. —Duérmete —dijo él en un susurro antes de levantarse y coger la camiseta.

—Llevo durmiendo mucho tiempo.

—Lo necesitabas. —Se acercó y se agachó para darle un beso en los labios. Ella cogió sus mejillas besándole con pasión y cuando se apartó le dijo con voz ronca —Lo que necesitaba para empezar bien el día. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Ahora a ver lo que resisto de pie.

—No te fuerces o lo retrasarás. —La besó en la punta de la nariz antes de enderezarse y ponerse la camiseta.

—¿Arthur va contigo?

—¿Y despertarle ahora?

Ella entrecerró los ojos. —¿Acaso no quiere esta vida? ¡Pues que mueva el culo!

—Hanna...

—Éste se va a cagar. —Apartó la sábana y se levantó pasando ante él. Caminó hasta su habitación y abrió la puerta de golpe para verle tumbado boca arriba con una pierna fuera de la cama roncando en sueño profundo. —Arthur —susurró—. ¡Arthur!

Nada, que no se despertaba. Jordan reprimió la risa tras ella. —Nena, déjale.

—De eso nada. Y quiero que le deslomes a trabajar —siseó con mala leche.

Le mostró las manos—. Que vengan llenas de callos y que no le quede un músculo sano. Quiero que sepa cuanto antes lo que es el trabajo en el campo y como le oiga protestar... —Pasó el dedo por el cuello de un lado a otro. —Me lo cargo. —Resuelta se acercó a la cama y le dio un pellizco en el brazo. Arthur se sentó de golpe y les miró como si no entendiera lo que hacían allí. —¡A trabajar!

—¿Qué?

—¿No querías esta vida? Pues la vas a vivir a tope. Te va a encantar. — Sonrió maliciosa. —Bienvenido al campo, hermanito. —Levantó la barbilla como una reina y salió de la habitación. —Que lo paséis bien.

—Siempre ha tenido muy mala leche cuando quiere dar lecciones —dijo su hermano con voz somnolienta.

—Tienes cinco minutos. Voy a preparar un café.

—Sí, ahora ponte de su parte.

Jordan miró el pasillo y ella le lanzó un beso haciéndole reír.

Capítulo 11

Sentada en el asiento del copiloto, abrió la puerta alucinando sin dejar de mirar la casa que se suponía que iban a ver. ¿Casa? Aquello era como la mansión de los Adams. ¡Incluso tenía la torre en el centro! Fascinada bajó del coche. Era de ladrillo rojo, pero era cierto que necesitaba mil reformas más que donde vivían, porque no tenía ni la mitad de las ventanas. Ariel se puso a su lado sonriendo. —¿Te gusta?

—Me encanta la familia Adams.

La niña chilló —¡A mí también!

Matilda se echó a reír. —La verdad es que es una casa preciosa, pero por dentro habrá que reformarla entera.

—Me muero por verla por dentro —dijo dando un paso hacia la casa, pero Matilda la cogió por el brazo—. ¿Qué? ¿Tan mal está?

—No es que esté mal del todo, pero con la suerte que tienes tú, igual se te cae encima.

—Cierto... —Gimió mirando la casa de nuevo. Le encantaban esas ventanas estrechas que terminaban en semicírculo. ¿Dónde se comprarían? Tendría que llamar a un especialista en vidrios. Los tesoros que habría dentro. —Me arriesgaré.

Las chicas se echaron a reír viéndola ir hacia los cuatro escalones que subían

al enorme porche de piedra que rodeaba la casa. Chilló mirando el suelo. —
¡Tiene un escudo!

—Es que era una familia de posición en Inglaterra —dijo Matilda—. Un lord
o algo así.

—Fascinante —dijo con los ojos como platos.

La puerta era una pena, pero intentaría que se la hicieran igual. Ya vería
cómo. Empujó la puerta que ni estaba cerrada e impresionada miró hacia arriba
porque la torre central iluminaba un hall enorme que tenía una escalera doble en
forma de U. Miró hacia la derecha para ver que el salón tenía una chimenea de
piedra labrada y caminó hacia el centro del hall.

—No entres más, por favor. Tengo miedo de que se caiga el techo o...

—Abuela, yo entro mucho. —Ariel la cogió de la mano. —Ven, ya verás la
cocina.

—¿La cocina?

—Es tan grande como nuestra casa.

Al final la recorrieron entera, excepto el desván donde Matilda la amenazó
con los bichos que podía haber allí para que no entrara. El argumento la
convenció. Miles de ideas se le ocurrieron para las distintas estancias. Había que
tener en cuenta que aquello era una casa en medio de una granja y además
criaban ovejas. No podía dejarla tan lujosa como una casa en Nueva York,
porque había que hacerla funcional, pero quedaría preciosa. Al mirar alrededor
frunció el ceño al ver un establo demasiado cerca para su gusto y la nave más

allá. No, eso no iba a quedarse ahí. Había encontrado un proyecto para sus meses en aquel sitio y nadie se le iba a interponer.

Cuando los chicos llegaron a casa, ella estaba en la mesa de la cocina rodeada de papeles y de planos con bocetos de decoración.

Jordan se agachó a su lado. —Hola, preciosa.

—Hola —dijo distraída haciendo números. Tenía que ajustar el presupuesto lo máximo posible.

Jordan levantó una ceja al ver que no le hacía ni caso y cogió un dibujo de la fachada reprimiendo la risa. —Veo que al final sí has ido de excursión.

Levantó el rostro ilusionada. —Es preciosa. Con unos arreglillos quedará perfecta.

Un gemido desde la puerta hizo que se volviera y su hermano entró casi arrastrándose con toda la ropa marrón. Hasta el apósito de la nariz lo tenía marrón.

—¿Qué te ha pasado? —Asustada se levantó al ver que caminaba con las piernas separadas. —¿Por qué estás marrón? ¿Y qué te ocurre en las piernas?

Jordan se echó a reír y Arthur gruñó. —No, es del caballo. Y lo marrón es que me caí sobre un lodazal.

—Ahhh. —Se volvió sentándose de nuevo y su hermano la miró alucinado.

—¡Gracias por tu preocupación!

—Hermanito, la vida del campo es dura. Ve a ducharte. Hueles a perro

mojado.

—Muy comprensiva —siseó antes de alejarse.

Miró maliciosa a Jordan y él levantó las manos. —Nena, te aseguro que no tuve que apretarle las tuercas. Se lo hizo solo. Mañana no sé si me valdrá de mucho.

—Estoy segura de que tampoco habrá hecho mucho hoy. No está acostumbrado a trabajar. Cualquier cosa le dejaría hecho polvo.

—Al menos lo intenta. —Se acercó a ella y susurró —¿Por qué no me saludas como Dios manda?

Ella besó sus labios tomándose su tiempo y cuando acarició con la lengua su labio inferior, Jordan gimió cogiéndola por la nuca para devorar su boca. Se apartó dándole pequeños besos como si no quisiera dejarla y Matilda soltó una risita. —Hijo, ¿no deberías ducharte tú también?

Sorprendido se volvió para ver a su madre con la ropa en las manos. — ¡Mamá, estás aquí!

—Sí, he decidido que estos días me quedo con vosotros, para cuidar a tu chica. Papá llegará para la cena. —Como si nada salió con la ropa en la mano. —Por cierto, ¿vais a arreglar el tejado o...?

—Joder, tengo que llamar a Martin. Se me ha olvidado.

—No pasa nada. No necesitamos esta casa. —Levantó el dibujo de la casa Adams y sonrió radiante. —Nos vamos a ésta.

—Nena, no podemos tener un agujero en el tejado hasta que esa casa esté

lista. Voy a llamar a Martin.

Matilda entró corriendo. —Tengo una idea —dijo entusiasmada.

—¿Una idea? —Hanna se volvió encantada de oír sugerencias.

—¿Y si papá y yo nos venimos a vivir con vosotros? De todas maneras, estamos más tiempo aquí que en nuestra casa. Y Harry Ernest busca casa para su hija. Si le vendemos la nuestra, que está al lado, estará encantado.

—Y yo que pensaba que no se vendería nada.

—Me lo comentó el otro día y se me pasó por la cabeza, pero aquí estaríamos muy apretados. Sin embargo, en la casa grande... Además, Henry se va a jubilar y ya no tenemos que vivir en el pueblo.

—¿Y cómo no os habéis venido antes?

—Porque Jordan quería hacerlo todo solo al principio —dijo con reproche haciendo que Jordan se sonrojara—. Después la niña iba al colegio y la casa estaba vacía excepto para la cena. Pero ahora estáis vosotros y hay mucho más trabajo.

Hanna se dio cuenta de que Matilda era más feliz ahora que ellos estaban allí. Se sentía útil y la casa estaba llena de gente. Entrecerró los ojos. —Ven Matilda, vamos a hablar.

—Nena... Acabamos de empezar.

—Ya, pero esto son negocios. —Sonrió de oreja a oreja. —Y si puedo vender la casa del pueblo para arreglar la que yo quiero, es lo que voy a hacer. ¡Es la única satisfacción que tengo!

—¿La única satisfacción? —preguntó indignado.

—¡No tengo ni sexo, así que déjame entretenerme en algo!

Jordan hizo una mueca mientras su madre se sentaba a su lado y empezaban a hablar de los pros y los contras de vender la casa. Estaba claro que lo que opinara su padre o él les daba igual. —Voy a ducharme.

No le hicieron ni caso y al salir de la cocina se cruzó con Molly que llevaba una tarta en las manos. Pasó ante él sin saludarle y gritó —¡Adivinar! Sé quién puede poner las ventanas igualitas.

Cuando se tumbaron en la cama, ella suspiró satisfecha aún con varias ideas a las que le daba vueltas sin poder evitarlo. Era la primera casa que pondría a su gusto y no podía tirar el dinero, así que tenía que tenerlo claro.

—Nena, ¿estás segura de lo de la casa?

—Sí. —Giró la cabeza para mirarle. —¿Por qué?

—Porque vas a hacer una obra y llevas aquí dos días. ¿Y si en seis meses cambias de opinión?

Parecía molesto y frunció el ceño viendo su perfil. —¿Por qué no dices lo que piensas en realidad, en lugar de darle vueltas para que no me cabree? Lo de dar rodeos no es lo tuyo, cielo.

La fulminó con la mirada. —Ni me has preguntado. ¡Lo das todo por hecho!

—¿Qué doy por hecho? —preguntó asombrada.

—¡También será mi casa! ¡Será nuestra casa!

—Pero si todavía no he hecho nada.

Él se acercó bajando la voz. —¡Has metido a mis padres en casa! Mañana Molly también se vendrá a vivir con nosotros.

Se puso como un tomate y él gruñó siseando —Ya la has invitado a vivir allí ¿verdad?

—Es que está tan sola... Y tendremos otra habitación para alquilar en el motel.

—¿Y quién va a vigilar el motel de noche? —preguntó con ironía.

—Pues...

—Suéltalo de una vez. No te andes con rodeos —dijo con ironía.

—Voy a demolerlo y hacer un bar restaurante con una gasolinera.

Parpadeó como si no se lo pudiera creer. —¿Qué? ¡Eso cuesta una fortuna!

—Ya, por eso lo haré el año que viene con las ganancias de las acciones de la editorial. Y además voy a seguir trabajando. Ya veré cómo. Y tú también aportarás. Aunque tus ganancias debemos reinvertirlas en la granja. Sí, creo que eso es lo que haremos.

—¿Y el motel?

—Molly me ha dicho que hay otro a dos kilómetros. Los camioneros tendrán donde dormir. ¡Y además me da igual donde duerman! ¡Ayer solo se ocuparon dos habitaciones! ¡Ganaría más con un par de cenas!

—Al parecer tomas tú las decisiones —dijo furioso—. ¿Y Arthur qué dice?

—Está muy ocupado jugando a los vaqueros. —Se cruzó de brazos. — ¡No

entiendo por qué te cabreas!

—¡No me cabreo! ¡Pero si somos una pareja, estas cosas se hablan!

—¿Y qué estamos haciendo?

Él suspiró sentándose en la cama. —Nena, lo que no quiero es que dentro de tres meses te des cuenta de que has metido la pata y que encima inviertas dinero en todo esto.

—¡Mira, si quieres que esto funcione, como tú dices, no puedo quedarme en casa como un ama de casa del siglo dieciocho esperando a que mi hombre vuelva a casa! ¡Yo necesito estresarme! ¡Soy neoyorkina!

—¡Hanna, acabas de llegar y ya quieres abarcarlo todo cuando deberías descansar!

Le miró atentamente. —Ya entiendo por dónde vas.

—¿Ah, sí?

—Tú quieres que me aburra como una ostra para comprobar si aun así sigo contigo.

—No sé lo que quieres decir. —Molesto se acostó dándole la espalda. —Encima que lo digo por tu bien. ¡Quiero que descanses de una vez! ¡Cuando antes te recuperes, mejor!

Hanna reprimió la risa. Ahora lo entendía. —Cielo, ¿quieres sexo?

La risa al otro lado de la pared la hizo sonrojarse y él miró sobre su hombro como si quisiera matarla. Hizo una mueca y susurró —En la casa grande las paredes son más gruesas. Ya verás como sí. Además, podemos aislarlas para que

pueda gritar todo lo que quiera. Podremos hacer el amor todo lo que nos apetezca. —Suspiró mirando al techo. —Uy, que ganas. Y ahora dormir.

Él gruñó dándole un golpe a la almohada antes de apoyar la cabeza de nuevo y Hanna reprimió la risa sintiéndose feliz. Y realmente era feliz. Abrió los ojos sorprendida porque no se sentía así desde antes de la muerte de sus padres. Giró la cabeza para mirar a Jordan y alargó la mano para acariciar su espalda hasta llegar a su hombro. Sonrió cuando él cogió su mano como si necesitara tocarla. —¿Sabes, cielo? Creo que esto va a funcionar. Hoy no ha habido ninguna desgracia que me espante.

—Ya verás. Te acostumbrarás a vivir aquí.

Tres días después estaba en la casa Adams con el constructor, cuando Arthur llegó en la nueva camioneta que se habían comprado. Roja para que se viera bien. Sonrió a su hermano que salió cerrando de un portazo. Ella sin perder la sonrisa le tendió la mano al constructor. —Esperaré su presupuesto impaciente, señor Tarner.

—Me pondré a ello cuanto antes. Es un proyecto fantástico que estoy deseando hacer. —Le guiñó el ojo. —Lo ajustaré lo máximo posible.

—Y yo le recompensaré con publicidad porque pienso poner la foto de la casa en mi página web.

—Perfecto. La llamaré esta tarde.

—Al fijo, por favor. Mi móvil aquí no funciona.

Arthur esperaba impaciente. —De eso quería hablar contigo.

El constructor no se alejó cruzándose de brazos. —Ya me imagino lo que va a decir.

—¿De veras? —Sorprendida miró a su hermano. —¿Qué pasa? ¿No tendremos internet? Habías ido a la ciudad para eso, ¿no?

—Exacto. No hay señal en la zona y les he reclamado la asistencia. Poner un repetidor no les sale rentable. Así me lo han dicho.

El constructor que tenía la edad de Henry reprimió la risa. —Me lo imaginaba.

—Es un problema terrible. ¡Necesito internet para trabajar! ¡Y lo necesito cuanto antes!

—Este problema ocurre a menudo por aquí. Y tengo la solución —dijo el hombre. Los hermanos le miraron. —Una vez renové una casa y el dueño se puso en contacto con una empresa que trabaja por internet. No recuerdo el nombre, pero eso no es problema. Te colocan una especie de parabólica en el tejado y listo. Ya hay señal por satélite para la vivienda.

Ella chilló encantada y Arthur sonrió cuando abrazó al constructor para besarle en la mejilla. El pobre se puso como un tomate y carraspeó. —Bueno, mejor me voy antes de que Jordan me pille por aquí.

—¡Mike! —Se volvieron hacia el establo. —¿Qué haces dando besos por ahí, mujer? —gritó furioso Jordan desde la puerta del establo con una pala en la mano.

Parpadeó sorprendida al ver que el constructor casi salía corriendo. Ella puso los brazos en jarras. —¡Jordan Hersey, a mí no me controles! ¡Te lo aviso!

—Uy, uy, uy —susurró Arthur al ver que entraba en el granero de nuevo tirando la pala a un lado con mala leche.

Hanna bufó caminando hacia el establo. Lo que le faltaba, que se pusiera celoso de un hombre que podía ser su padre. Entró y parpadeó al ver que le estaba dando de comer a su caballo de mala manera.

—Muy bien. Se acabó.

La miró sorprendido. —¿Qué quieres decir? ¿Me dejas?

Se abrió la camisa de corchetes de golpe mostrando sus pechos que aún tenían algún moretón amarillento y Jordan dejó caer el cubo al suelo. Hanna llevó las manos al cierre del pantalón corto y lo abrió lentamente, pero Jordan reaccionó y se acercó en cuatro pasos, cogiéndola por la cintura y elevándola para besarla intensamente. Hanna se abrazó a su cuello enterrando los dedos en su cabello, queriendo retenerle. La sujetó por los glúteos elevándola y atrapó un pezón con la boca chupando con ansias, haciéndola gritar cuando sintió que una descarga la atravesaba de arriba abajo. Ida de placer ni se dio cuenta de que la tumbaba sobre un lecho de paja y sin dejar de besarla, tiró de su pantalón hacia abajo arrastrando las braguitas con él. Jordan volvió a sus brazos besándola de nuevo casi con desesperación y Hanna gritó cuando entró en ella de un solo empujón.

Él apartó su boca. —¿Demasiado?

—¡Sigue! —gritó deseando que se moviera en su interior. Salió lentamente de su cuerpo para volver a entrar con fuerza en su ser. El placer era tan exquisito que Hanna gimió deseando más y apretó su interior intentando retenerle, proporcionándoles un placer aún mayor. Jordan perdió el control y aceleró sus embestidas hasta que Hanna creyó que se moriría si no se liberaba. La necesidad controló su cuerpo y gritó arañando su espalda. Jordan entró en ella con fuerza y gritó de felicidad cuando el éxtasis llegó estremeciendo su cuerpo de arriba abajo.

Jordan con la respiración jadeante se tumbó a su lado. —Nena... ha sido...

—Sí...

Sintió algo en el brazo y gritó paralizándose al ver una araña enorme sobre él. Jordan levantó la cabeza y sin darle importancia le dio un manotazo haciendo que le mirara con asombro. —Esa no es venenosa.

Ella saltó de su improvisada cama y le señaló. —¡La próxima vez en la cama!

Jordan reprimió la risa. —Lo que tú digas. —Puso un brazo tras la cabeza tan tranquilamente y Hanna vio cómo su sexo se endurecía de nuevo.

Carraspeó dando un paso hacia él. —Bueno, si no era venenosa... Cariño, ¿no te quitas los pantalones?

Capítulo 12

Dos meses después

Hanna miró por la ventana de la cocina y vio a Ariel ante la casa con el pony que le había sacado baratísimo a un hombre que le debía una factura del local. Colocó el teléfono sobre el hombro y miró las facturas. —No, o me bajas un cinco por ciento de la factura de la cerveza o cambio de marca. Además, cuando reforme el local vamos a renegociar todo esto. Espero que me regales los grifos.

Miró distraída por la ventana al escuchar ladrar a los perros, pero no les veía. Igual Matilda los había encerrado de nuevo para que no la molestaran. Cuando vio algo negro que se dirigía a Ariel, se tensó y dejó caer el teléfono porque se dio cuenta de que era un perro y no era de los suyos.

Asustada salió corriendo de la casa y saltó las escaleras del porche gritando. Ariel se volvió con las riendas en la mano y la cogió en brazos subiéndola al pony justo cuando el perro se lanzó sobre ella. Hanna cayó al suelo y gritó intentando patearle, pero él mordió su pierna a la altura del muslo. Gritó desgarrada de dolor y vio que Jordan corría hacia ella traspasando al perro en el vientre con la pala de uñas. El perro gimió soltando su pierna y cayó a un lado.

Jordan asustado se arrodilló a su lado viendo la sangre que salía de su muslo. —¿Estás bien?

Impresionada susurró —Me ha mordido.

Matilda salió corriendo de la casa y Jordan gritó —¡Trae un cinturón!

—¿Un cinturón? —preguntó confundida antes de sentarse gritando histérica al ver la herida pues tenía parte de la carne desgarrada.

Se puso a temblar de manera incontrolable y Jordan la cogió en brazos gritando algo mientras corría hacia la casa. Ariel lloraba temblando sobre el pony sin moverse. La sentó en el porche y cogió algo que le tendían.

Jordan la miró a los ojos. —Te vas a poner bien. —Rodeó su pierna con el cinturón antes de cerrar con fuerza metiéndole el resto del cuero por dentro para que se sujetara.

Pálida no entendía lo que ocurría. —¡Está en shock, Jordan!

Sintió que la cubrían con una manta y dejó que la tumbaran en el suelo.

Jordan a su lado apartó el cabello de su cara. —Enseguida viene el helicóptero, nena. —Cogió su mano apretándosela con fuerza y se la besó mientras Matilda lloraba. —Están al llegar. Mamá, Ariel.

Sin darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor solo podía pensar que esa vez si podía haber muerto de verdad y el miedo la hizo temblar de arriba abajo con fuerza sin ser consciente de que Jordan le hablaba.

Se sobresaltó cuando un hombre se colocó a su lado gritando algo a otras personas. Jordan la cogió en brazos de nuevo y corrió con ella hacia un helicóptero. Cerró los ojos mareada cuando la tumbaron y el ruido la molestaba. Abrió los ojos y Jordan estaba sobre ella cogiendo su mano. —Quiero irme a casa. Quiero ver a Arthur. —Una lágrima rodó por su sien y Jordan apretó los

labios limpiándose la con el pulgar.

—Claro que sí, nena. Enseguida estarás en casa.

Ella miró el techo y sintió que la pinchaban en el brazo y manipulaban su pierna, pero ella solo quería ver a su hermano. Mirando los ojos de Jordan de nuevo, perdió el sentido.

Se despertó cuando la bajaban del helicóptero y ahí ya fue consciente de todo, aunque seguía mareada. El médico le dijo que iban a hacerle una transfusión y le preguntó su grupo sanguíneo, pero no lo sabía. Estaba rodeada de médicos y no veía a Jordan. Un hombre se puso sobre su cara. —¿Hanna? ¿Te llamas Hanna?

—Sí.

—Estás en el hospital de Fremantle. Soy el doctor Scully. Voy a hacerte algunas pruebas por si tienes el hueso astillado, ¿de acuerdo? No ha tocado ninguna arteria importante. No debes preocuparte.

—Jordan...

—¿Es tu novio? Hablaré con él.

—Está en la sala de espera, doctor —dijo una mujer que ella no llegó a ver.

—Si todo va como espero, podrás irte a casa en unas horas.

Ella le hizo un gesto con la mano para que se acercara. —¿Qué me ha pasado?

—Te ha mordido un perro.

—Sí... —Asintió con la cabeza. —Era negro.

—Te has llevado un buen susto. Estás algo mareada porque te han puesto un calmante.

—Ah...

Cuando sintió dolor de nuevo horas después, volvieron a ponerle algo que la dejó medio grogui y así salió del hospital sentada en una silla de ruedas con el muslo fuertemente vendado hasta la rodilla. Jordan se agachó ante ella y sonrió.

—¡Hola! —Pasó la mano por su cara de arriba abajo acercándose a él. — Estoy borracha.

—No, preciosa. No estás borracha. Estás drogada.

Soltó una risita. —¿Crees que soy preciosa? Pues no has visto nada. En pelotas gano mucho.

Alguien se rio tras él y Jordan miró sobre su hombro diciendo algo que ella no entendió. Sonrió tontamente y se le cerraron los ojos cayendo su cabeza hacia atrás. Se sobresaltó a sí misma abriéndolos de nuevo y parpadeando antes de susurrar —¿Dónde estoy?

Jordan la cogió por la barbilla para que le mirara. —Ahora vamos a casa. Mi padre ha venido a buscarnos.

—¡Tu padre! —Sonrió radiante. —¿Va a meterme en la cárcel?

—No, no voy a meterte en la cárcel —dijo Edward sonriendo tras su hijo.

—¡Sheriff! ¿Ha traído la pistola? ¿Me la deja?

Jordan puso los ojos en blanco incorporándose para rodearla. Ella miró hacia

atrás. —¿A dónde vas?

—Nos vamos a casa.

—¡A Nueva York! —Levantó los brazos emocionada.

—Hanna vamos a nuestra casa.

—No. A tu casa no.

—Sí, a mi casa sí.

—Vale, quiero sexo.

Una mujer la miró escandalizada y Edward dijo —Está drogada.

—Deténgala de inmediato.

—A eso voy.

—¡Me van a detener! ¡Necesito a Peter!

—¡No, no necesitas a Peter! Mira como de ese te acuerdas.

Ella soltó una risita. —Quería sexo. Como tú.

—No, como yo no.

—Sí, dijiste que...

—Hanna dejémoslo.

—No, niña. Dime lo que dijo Jordan. Me interesa mucho.

—Oh, pues dijo que follo de miedo y que a nadie le amarga un dulce. No quería nada conmigo. —Abrió los ojos como platos. —¡Anda, si ya me ha visto desnuda!

Se echó a reír mientras Jordan abría la puerta de atrás. Su padre miraba a su hijo como si fuera idiota. —¿No me digas, Hanna? ¿Qué más te dijo mi

inteligente hijo?

—Que fue un polvo. Bueno en realidad fueron tres, porque tiene una energía...

Jordan la cogió en brazos siseando —Nena, ¿qué tal si duermes un poco? Hay un buen trecho hasta llegar a casa.

Ella puso morritos y Jordan miró de reojo a su padre que no dejaba de observarles. Le dio un beso rápido sentándola en la parte de atrás. Cerró la puerta advirtiendo a su padre con la mirada.

—Serás imbécil.

—Papá... —Abrió la puerta del coche patrulla sentándose tras el volante.

—Tengo que llevarlo yo.

—¿Quieres subir de una vez?

Ella gritó sobresaltándoles. —¡Estoy detenida!

Edward se echó a reír rodeando el coche y Jordan se volvió. —¡Hanna! ¡Duérmete!

Entonces ella le miró a través de la pantalla de separación con los ojos como platos y los dos vieron como sus preciosos ojos violetas se llenaban de lágrimas.

—No, no, no. No llores, preciosa. No pasa nada.

—¡Quiero irme a mi casa! —Se tumbó sobre el asiento llorando a lágrima viva. —¡Quiero a Arthur!

—Está en casa, esperándonos. —Salió del coche y abrió la puerta de atrás sentándose con ella.

—Vaya, ¿qué hago aquí?

—Te ha mordido un perro.

—¿Me ha mordido un perro? Ah, sí. Negro —dijo sintiendo que quería dormir—. Me arruino, se me cae la casa encima y ahora me muerde un perro. Australia me odia.

—No cielo, no te odia. Te quiere mucho.

—Pues mira como lo demuestra. Como siga así la palmo antes de los treinta.

—Se apoyó en su hombro.

—Has tenido mala suerte. —Jordan miró por el espejo retrovisor a su padre que apretó las manos en el volante. —Pero todo saldrá bien.

Algo la molestó en la nariz y pasó la mano por ella intentando apartarlo. Escuchó una risita y abrió los ojos para ver a Ariel sentada en la cama al estilo indio con una pluma azul en la mano. —Hola...

—Hola. ¿Estás mejor? —Gimió cubriéndose la cara con la almohada y Ariel rio. —¿Te duele? La abuela dice que nos libramos. Ese perro llevaba rondando la finca varios días. Si hubieran estado los perros sueltos no habría pasado nada, pero la abuela los encerró porque te daban miedo. Ahora no te quitará el miedo nada.

Apartó la almohada. —¿Eso crees?

—Tuviste suerte. Eso dice la abuela porque el otro día ese perro mató a una oveja. Podría haber sido mucho peor. ¡Abuela, se ha despertado! ¡Y tiene cara de

que le duele mucho! ¡No habla casi! ¿Tendrá la rabia?

—¿La rabia? —preguntó asustada.

Jordan entró en el dormitorio preocupado. —Ariel, cielo... ¿no tienes deberes?

—No.

—Pues vete a leer un rato.

Ariel la miró. —Gracias por salvarme.

—De nada —susurró sintiendo que le faltaba el aire.

La niña le dio un beso en la mejilla y saltó de la cama. Hanna y Jordan se miraron a los ojos mientras salía de allí. Él cerró la puerta lentamente viendo que estaba muerta de miedo. —¿Tengo la rabia?

—No, nena. No tienes la rabia. Tendrás que ponerte unas inyecciones para prevenir, pero no tienes la rabia. Es solo por tu seguridad.

Sus ojos se llenaron de lágrimas del alivio mientras que él se acercaba a la cama y se sentaba a su lado cogiéndole la mano. —Jordan...

—No lo digas, cielo. Por favor. —Una lágrima cayó por su mejilla negando con la cabeza y él le besó la mano con desesperación. —Has salvado a Ariel. Y por eso ha ocurrido esto. No sé cómo darte las gracias, pero fue un accidente.

—¿Un accidente? —Frunció el ceño al ver que parecía muerto de miedo. — Me estás ocultando algo.

—No, nena. Te juro que estás bien.

—¿Entonces por qué tienes tanto miedo?

—Porque no quiero que te vayas, preciosa. Haré lo que quieras, pero no me dejes. Podemos mudarnos a la ciudad si el campo te da miedo. Yo vendré todos los días.

—¿Dejarte? No voy a dejarte.

Jordan la miró sorprendido. —¿Ah, no?

—¿Con lo que te quiero cómo me voy a ir? —Emocionada le acarició la mejilla con la mano libre. —¿Estabas asustado por eso? No voy a dejarte, mi amor.

Jordan la abrazó a él con fuerza. —Te amo, nena. Más de lo que creí nunca amar a nadie. Te juro que te haré feliz.

—Me haces feliz.

Se apartó para mirarle a los ojos. —¿De verdad?

Se echó a reír. —Sí, cielo. Me haces muy feliz. Y no me importa que me haya mordido el perro a mí porque Ariel está a salvo.

—¿Te sentirás a salvo aquí? No quiero que tengas miedo de salir de casa.

—Como hemos comprobado cuando se cayó el tejado, eso no es garantía de nada. Estoy bien. —Jordan la besó con desesperación y Hanna se dio cuenta de que necesitaba tiempo para creerse que no le iba a dejar. —Cariño... estoy bien, ¿pero te han dado algo para el dolor?

Jordan asintió apartándose. —Te quiero.

—Más te vale. —Consiguió hacerle reír y sonrió porque estaba más relajado.

—Nos quedan muchos desastres a los que hacer frente juntos.

—Espero que hayamos cubierto el cupo. Juntos los superaremos. Te lo juro.

—Por supuesto. El amor lo puede todo.

La miró de tal manera que a Hanna se le cortó el aliento porque no dudó ni un momento en que sus ojos le decían que la querían por encima de todo. —No puedo creer la suerte que tuve el día que te conocí. Al parecer todo ocurre por una razón.

—Al final vamos a tener que darle las gracias a Ariel.

—No nos pasemos —dijo él haciéndola reír.

—Te quiero. Tendrás que casarte conmigo.

—¿Quieres ser la señora Hersey?

—¿Es una proposición?

—Por supuesto, mi vida.

Todos estaban llevando la comida a la mesa del jardín ante la casa Adams como la llamaba todo el mundo cuando Arthur miró a su alrededor. —¿Dónde está mi hermana?

Jordan se tensó mirando a un lado y al otro. —¿Hanna?

—Hijo, estará en el baño de abajo. O hablando con uno de sus autores. A veces son muy pesados. No te pongas de los nervios porque no esté aquí. No le ha pasado nada.

Molly carraspeó dejando el bol de ensalada de patata. —Yo miro en el establo. Tú al garaje. Arthur piso de arriba. Ariel piso de abajo. —Señaló a

Henry. —Tú al teléfono por si hay que llamar a alguien.

—Menudo operativo —dijo Henry divertido volviéndose hacia la casa cuando escucharon un grito.

Jordan corrió hacia la casa a toda prisa seguido de Arthur. Subieron las escaleras uno por cada lado casi chocándose al llegar arriba y corrieron hacia donde oían el chillido. Al abrir la puerta del baño Hanna se volvió con una prueba de embarazo en la mano y sonrió radiante. —Nos ha costado dos años, mi vida... pero al fin voy a darte un hijo.

Arthur y Jordan suspiraron del alivio y Hanna frunció el ceño. —¿No te alegras?

—Te juro que no hay nada que me alegre más. Pero deja que me recupere del susto.

Les miró sin comprender hasta que se dio cuenta de lo que ocurría. —Oh, ¿os he asustado por el grito? —Se encogió de hombros. —Estoy bien. —Se acercó emocionada y le abrazó besándole ruidosamente. —¡Vamos a tener un hijo!

Jordan sonrió. —Es maravilloso.

—Por cierto, ¿puedes sacar la serpiente del wáter? Casi me muerde el culo al hacerme la prueba. —Volvió a sonreír. —Voy a decírselo a los demás. ¡Se van a morir!

Salió corriendo de la habitación y Jordan le dijo a su cuñado —Parece que se ha acostumbrado.

—Vaya que sí. Pero igual no es una serpiente muy grande. —Ambos se acercaron al wáter y cerraron la puerta. Jordan alargó el pie levantando la tapa ligeramente con la punta de la bota, dejando caer la tapa de golpe perdiendo todo el color de la cara.

—¿Qué? ¿Qué era?

—Necesitamos un especialista.

—¿De veras?

—Venenosa. Mucho.

Arthur palideció. —Se ha librado por los pelos.

—Sí, pero esta vez no le ha pasado nada. —Jordan suspiró del alivio.

—Cierto. —Arthur sonrió. —La suerte ha cambiado.

—Cariño, ¿bajas o no? ¡Tenemos hambre!

Los hombres salieron del baño cerrando la puerta de nuevo, pero se miraron.

—No podemos dejar eso ahí —dijo Arthur.

—Vale tú levantas y yo le pego un tiro.

—Bien.

Hanna que estaba sirviendo la limonada con una jarra de cristal, escuchó el disparo y se sobresaltó dejando caer la jarra sobre su pie. Gimió de dolor y Henry la sentó en el banco. —Vaya, con lo bien que iba todo.

Ariel levantó una de sus cejas rubias al ver que iba en sandalias y que su dedo gordo empezaba a sangrar gritó —¡Papá! ¡Baja! ¡Tienes que llevar a Hanna

al médico! ¡Otra vez!

Jordan llegó corriendo medio minuto después y preguntó asombrado —¿Qué ha pasado?

—¿Qué has disparado! ¡Eso ha pasado! —Gimió mirando su pie. —Creo que me roto el dedo gordo.

—Va, eso no es nada. Cuando te caíste por las escaleras el año pasado con las zapatillas que te regaló la niña en Navidad, sí que nos pusiste los pelos de punta —dijo Molly sirviéndose ensalada de patata.

Arthur entrecerró los ojos. —¿Os dais cuenta de que todos sus accidentes están relacionados con algo que hacéis vosotros?

Le miraron como si hubiera dicho un sacrilegio. —Sí, le mordió el perro para salvar a Ariel y hace tres meses se golpeó en la cabeza cuando Molly abrió la puerta del horno. Cinco puntos.

—¿Y el tejado? ¡Eso fue la tormenta! —dijo Matilda ofendida.

—Jordan no quiso sustituir esa parte del tejado porque disparaba el presupuesto. —Todos miraron a Hanna que puso los ojos en blanco. —¡Y ahora Jordan dispara y se rompe un dedo!

—¿Estás diciendo que nosotros le damos mala suerte? —preguntó Henry mosqueado—. ¡Es una Hersey! ¡Nosotros cuidamos a los nuestros!

—¡No, estoy diciendo que vuestras acciones a veces tienen consecuencias en Hanna! ¡Y es cierto como acabamos de comprobar!

Todos pensaron en ello y Hanna se echó a reír. —Vale, lo que tú digas.

Cariño, ¿nos vamos? Ha dejado de sangrar, pero...

—Sí, vamos.

Iban en la camioneta minutos después cuando se miró el pie de nuevo. Jordan apretó los labios. —¿Y si tiene razón? Ahora estás embarazada.

—Cariño, es una tontería. Tú me das la vida, no me la quitas. —Se echó a reír y gritó cuando un camión pasó a su lado haciéndoles salir de la carretera. Jordan dominó el vehículo y lo detuvo a un lado. Pálida le miró. —¿Ves? Nos has salvado, como siempre. ¿Si no estás conmigo qué hubiera pasado?

Jordan la abrazó con fuerza. —Te quiero tanto...

—Como yo a ti. —Le acarició la nuca y se apartó para mirar sus ojos azules.
—Para siempre.

Epílogo

Jordan rodeó el coche corriendo y abrió la puerta. —Vamos, nena. Ya te están esperando.

—Sí, claro. —Alargó la mano para coger la suya y poder sacar su enorme barriga de la camioneta. Jordan estaba de los nervios y Hanna para tranquilizarle sonrió. —Todo va muy bien. Vamos a traer más Herseys al mundo.

Todos los coches se detuvieron tras el suyo, pero Ariel no frenó a tiempo y golpeó la camioneta. Su padre la fulminó con la mirada. —¡Por poco nos pillas dentro!

—Pero no ha pasado, cielo. Matilda, ¿las niñas?

Sus tres hijas salieron del coche de su hermana y corrieron hacia ella. Jordan gruñó al ver a su hija de cuatro años correr hacia su madre mientras Ariel carraspeaba. —Están bien. Pagaré el arreglo.

—Va... —Hanna miró a su marido mientras Molly cogía a Stella en brazos y Matilda a Daisy que acababa de cumplir seis. Henry cogió a la mayor de ocho de la mano. —Ya estamos todos.

—Falta el tío Arthur —dijo la pequeña aún en pijama.

—Está de luna de miel con la tía Cris —le contestó Ariel—. Volverá mañana.

—Se lo va a perder, mamá. Aguántalas.

—No sé si podré, nenita. —Sonrió a su marido que la cogió en brazos para

meterla en la clínica. —Te veo impaciente.

—Impacientes estarán ellas por salir. Llevas con contracciones desde la hora de la comida.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te controlo. Por si acaso.

Hanna se echó a reír. —¿Dejarás de hacerlo alguna vez?

—No, mi vida. Te amo demasiado.

—Igual que yo a ti. Y te querré siempre. Has cambiado mi vida.

—Y tú la mía, mi amor. Y tú la mía.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Tú eres mi estrella” o “Cada día más”. Próximamente publicará “Oblígame a amarte” y “Te cuidaré siempre”.

Si quieres conocer todas sus novelas publicadas en formato Kindle, sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon o ir a su página de autor. Tienes más de noventa títulos para elegir entre distintas categorías dentro del género romántico.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.